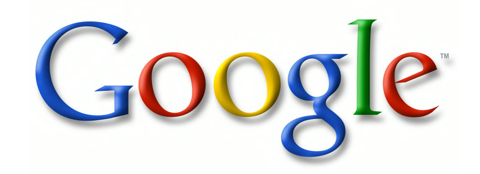
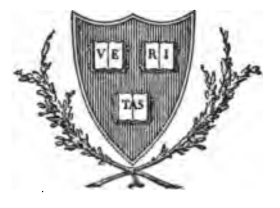


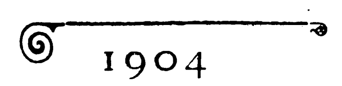

VE
RI
TAS

ALGO DE ARRIBA

POESIAS

DE

ANTONIO DE LA CUESTA Y SAINZ



1904

LBAO IMP. DE LA CASA DE MISERICO



Antonio de la Cuesta y Sáinz

ALGO DE ARRIBA

(POESÍAS)

Al invicto adalid de la causa
católico-española Don Ramón Nocedal
su entusiasta admirador y el más inú-
til de los integristas

El Autor

Agosto 7-1905

Antonio de la Cuesta y Sáinz

ALGO DE ARRIBA

POESIAS

(CON LICENCIA ECLESIÁSTICA)



BILBAO
Imprenta de la Casa de Misericordia
1904

Á GUISA DE PRÓLOGO

A falta de quien, asiéndome de la mano, tenga la bondad de presentarme al público, voy á tener la osadía de presentarme yo mismo. Es audacia que seguramente no estará comprendida en el conocido adagio *audaces fortuna juvat;* pero en estos menguados tiempos en que cada uno hace lo que mejor le viene en talante y puede salir á la plaza con libros plagados de flasfemias y de asquerosa pornografía capaz de ruborizar á la diosa misma que llamó Horacio *madre cruel de los impuros deseos,* no creo que deba sorprender ni llamar la atención de nadie que yo, en uso perfectísimo de la libertad de que tanto se abusa, me presente también al público con este libro diciendo: Aquí estoy, y aquí tienen ustedes ALGO DE ARRIBA.

—¿Qué nos trae usted? ¿versos?

—Sí, señores; pero refrenen esa sonrisita burlona; no son versos *modernistas,* esto es, que están reñidos con la métrica, con el buen gusto y hasta con el sentido común. Tienen además la ventaja de que respiran moralidad y hasta pecan (si eso es pecar) de religiosos.

—¡Versos... y, por añadidura, religiosos?

—¿Y á qué viene, señores míos, esa carcajada mefistofélica? ¿No es poesía lo bello? ¿No es el fin del poeta traducir en rimas la belleza contemplada en sus éxtasis ó en los momentos de su inspiración? Y ¿qué cosa más bella que Dios, fuente de toda belleza, la belleza suma? ¿Qué hay de bello en el barro de la tierra, si no tiene un reflejo siquiera de la belleza de *allá arriba?* ¿Y habrá nadie tan necio que moteje á quien, por beber agua más limpia, acuda al origen mismo del manantial?

—Pero en estos tiempos apegados á lo positivo, á lo real, á lo.....

—¡Alto, señores! Ustedes son unos ladronazos (y permítanme la *indirecta)* que, habiéndonos robado á los católicos la *propiedad* de las palabras más hermosas, torciendo su castizo significado, han pretendido desarmarnos, y nos tachan de lo que no somos. ¿Quiénes más liberales que nosotros, en el recto sentido de la palabra? ¡Tan amantes somos

de la libertad, que hasta á las bellas artes las hemos llamado *artes liberales* por antonomasia! Y ¿quienes más amantes de lo real y lo positivo cuando es bueno? Porque ¿habrá contrasentido más absurdo que el de ustedes, señores positivistas, que no quieren creer en la Religión de Cristo porque, como decía Castelar, no son partidarios de ninguna religión *positiva?* ¿Dónde está la lógica?

Y, mal que les pese á ustedes, si en poesía ha de haber belleza, preciso es que se recurra á la que atesora la Religión. En ella, en la Religión, se encuentran imágenes brillantisimas (y *reales, positivas);* en ella hay ángeles, hay cielos, hay paraísos de inenarrables venturas que la fantasía, por mucho que se esfuerce, no podrá nunca bosquejar. De esas bellezas, para conseguir que sus concepciones no carecieran de poesía, se han valido hasta poetas heterodoxos, materialistas y ateos, como Víctor Hugo y el mismo Voltaire.

Sí, lo repito; nos han robado ustedes la *propiedad* de las palabras; y se ha dado el caso de que un orador que peroraba contra toda *religión,* llegase á decir para ponderar la honradez de su persona: «Soy un hombre que siempre pagó *religiosamente* á sus acreedores.» Luego si la *religión* es mentira y él pagaba *religiosamente,* su honradez...

El *gracias á Dios, soy ateo* de cierto personaje de zarzuela y la conocidísima sátira

El pensamiento libre
proclamo en alta voz,
y muera el que no piense
igual que pienso yo,

son la síntesis apologética de positivistas, realistas y de todos los que tanto se *preocupan* por aparecer *despreocupados.*

Las bellezas del parnaso greco-romano eran bellezas heladas; no arrebataban el corazón; no hablaban al alma; no saciaban la infinita ambición que todos alimentamos en nuestro pecho. A lo más, ofuscaban los sentidos; eran acicates de las pasiones de la carne; pero... no *llenaban*, como no llenan las paganas poesías de muchos poetas contemporáneos, verdaderos *retrógrados.* Y es que *en vano querremos adoptar la antigua sabiduría que del sobrio Epicuro ha hecho un semidios,* porque tendremos que repetir con Alfredo de Musset:

No puedo; á pesar mío,
lo infinito me atormenta.

Esa real y positiva sed de lo infinito, ansía un infinito real y positivo. Luego, señores positivistas, no hay por qué soltar la carcajada al presentaros

mis versos. En ellos descubriréis esa sed real y positiva de un infinito positivo y real. ¿Y no es consolador que, al suspirar, no suspiremos á la macilenta luna, como ciertos poetas románticos, porque la luna es *sorda* y no ha de hacer maldito caso de nuestras querellas, sino que nuestros suspiros traspasen la esfera celeste y trasciendan á lo infinito, y en lo infinito hallen la esperanza de poseer para siempre y sin zozobra el bien real y positivo que nuestro gigante corazón ambiciona?

Por eso os ofrezco *algo de arriba:* para que endulcéis lo amargo de *abajo.*

En días mejores, dando por bien apreciado y guardado por todos el tesoro de la fe, nuestros clásicos se entregaban al honesto desvarío de vagar por pastoriles Arcadias, hechos unos Nemorosos, soñando dichas y fingiendo amores. Este entretenimiento no es ya propio de nuestra época; en vez de fantasear buscando temas para nuestas canciones en los *misteriosos* murmullos de arroyuelos y brisas, y en las soledades, no menos *misteriosas,* de sombrías florestas, debemos cantar los casi olvidados *misterios* de la Religión, debemos buscar *algo de arriba,* pues todo lo de *abajo,* por poético que sea, es transitorio, y lo que es fugitivo y transitorio apenas merece ser calificado de real y posi-

tivo, y, claro está, no deberá ser del agrado de los *positivistas.*

Por aquí, pues, ha de reconocérseme un mérito: el mérito *objetivo.* Del mérito *subjetivo,* esto es, de lo que en sí valgan mis versos, no soy el llamado á juzgar; hemos convenido en que *nemo judex in propria causa.* No tendré la pretensión, no, de que se les repute modelos; eso sería soberana inmodestia; pero ¿ha de ser falta de humildad (ya que la humildad es la verdad, como dice la Seráfica Doctora) que les juzgue superiores á muchísimos *modernistas* y no modernistas que leo en ciertas revistas *ilustradas?* Así los han juzgado personas peritas en el bello arte, y así me atrevo á juzgarles yo; pues me ha de ser lícito, como al alcalde de Zalamea, hacerme la justicia que habría de hacer á otros. ¡Qué caramba, no son tan malillos mis versos! Léanlos y lo verán.

A lo menos, ALGO DE ARRIBA no ha de causar mal (que esto no es de pequeña monta en la fiebre literaria que tantos contagiados cuenta).

Si no fuera fruto mío esta obrita, diría á los lectores: Pasen ustedes la vista por este libro y notarán bastantes composiciones premiadas en certámenes públicos; prueba de que los versos de mi amigo Cuesta no son despreciables. Mas ¡ay de mí! esto

mismo que pudiera alegar como título honorífico y carta de recomendación, ha de ser para algunos un nuevo motivo de risa. ¡Versos religiosos y, para alivio de penas, premiados en certámenes literarios!..

Porque no falta quien por sistema (pues no se ve razón alguna que convenza) habla mal de los certámenes y los ridiculiza.

Los que así opinan me ponen en la tentación de sospechar ó que no son capaces de disputar el codiciado lauro en semejantes justas literarias, ó que tienen á menos sujetarse al fallo de jurados que no estiman competentes, ó que han tenido que sopotar la postergación ante otros autores por manifiesta injusticia del tribunal. Nada hablemos de lo primero, que es pleito fallado. Respecto á lo segundo, de más valía es el dictamen de esos pocos, generalmente los más calificados en cada población para entender de crítica literaria, que la fama adquirida entre la turbamulta á fuerza de estampar la firma en periódicos ó revistas muy populares. En cuanto á lo tercero, no habré de negar que puedan existir parcialidades en los jurados calificadores (y alguna vez hubiera deseado no tocar el desengaño); pero ¿es regla general? Y aunque así fuera, siempre quedará el consuelo que nos dió el Príncipe de los ingenios, diciéndonos por boca del hidalgo man-

chego que el primer premio se lleva el favor y el segundo la justicia, y el tercero viene á ser el segundo.

Yo no veo por qué se han de disparar sátiras contra esos torneos literarios. Lo único que merece ridiculizarse es que los premios no correspondan, por lo común, á la excelencia del tema y al mérito del trabajo; pues es de admirar que, muy lejos de los miles de sestercios con que en los antiguos juegos del Lacio se enriquecía á los poetas, se den hoy... *flores naturales;* flores que en buen romance pudiéramos llamar *flores cordiales*. Este es el único *pero* de los certámenes modernos.

Voy á curarme en salud de lo que acaso parezca defecto: de que tengo en mi libro temas muy repetidos. A los que pongan tal reparo, les diré que de la abundancia de miel nunca debemos quejarnos, si no tenemos extragado el paladar. Los que saben gustar las dulzuras que encierra el *Ave María,* no se cansan de repetirla ciento cincuenta veces en el Rosario. ¡Y cada vez encuentran más dulzura en ella, y no les hastía ni empalaga!...

Sí; mil veces invoco á Dios; mil veces digo que padezco nostalgia de otra vida, y mil y mil veces me dirijo á la Virgen Inmaculada. ¿Y qué? El amor no tiene más que una palabra, y el verdadero aman-

te no se cansa en repetírsela al objeto amado. ¿Cómo cansarme en cantar á María Nuestra Madre, en invocarla y amarla cuanto puedo, si ella tiene títulos infinitos para ser amada y alabada? Si eso se ha de juzgar *defecto,* si de eso peco, con tanta razón como San Agustín comparando la caída del primer hombre con los frutos de la Redención, puedo exclamar: *¡O felix culpa!* ¡feliz culpa! ¡feliz defecto! ¡Sea ese el único defecto de mi libro y el único pecado de que me acuse el diablo cuando Dios me llame á juicio!

Y basta de prólogo, escrito casi exclusivamente por seguir la costumbre; ya que un libro sin prólogo parece cosa desairada, y está bien que cada casa tenga su zaguán.

Antonio de la Cuesta y Sáinz.

El Numen increado
Trazándome el destino,
Clamó: ¡Surge, adivino,
Del Universo rey!
Domina cuanto existe;
Pregona mi grandeza:
Tu fin es la belleza,
Y amar tu dulce ley.

Y á mi lira arrancando variadas notas,
Forjo mundos de ensueños arrobadores;
Auras de otras esferas, vagas, ignotas;
Suspiros de inefables, puros amores.

Y doy forma y matices al pensamiento,
Y á la tosca materia la idealizo;
Y, al influjo que ejerce mi sacro aliento,
Arrebato, subyugo, ciego, electrizo.

Cuantos rumores entre las flores
Tiene dormidos la selva umbría;
Cuantos sonidos vibran perdidos
Entre los huecos del barrancal:
Todos los ecos, blandos ó secos,
Que en la anchurosa región vacía
Y en la desierta vega despierta
La suave brisa primaveral,
Yo sujeto al amuleto
De mi omnímodo querer;
Y hago mío
Cuanto ansío
Por mi mágico poder.

Las notas hondas que entre las frondas
Van modulando leves quejidos;
El ritmo blando con que rodando
Gimen las ondas del manantial;
La catarata que se desata
Por entre riscos ennegrecidos
Y se derrumba y hórrida zumba
Por los breñales del peñascal,
Yo reflejo en el manejo
De acordado diapasón;
Y no hay ruido,
Ni latido,
Ni concento,
Ni lamento
Que me niegue su expresión.

Y brotan prodigiosas concepciones
De mi rica, fogosa fantasía;
Y en rimas de poéticas canciones
A torrentes derramo la armonía.

Los senos tenebrosos del abismo
Franquéanse al ardor de mi deseo:
Sorprendo arcanos, y en mi anhelo mismo
Canto, adivino, profetizo y creo.

El ave que trina,
La fiera que ruge,
La caña que cruje
De estío al calor;

La mar que ensordece,
La ronca tormenta
Que en rayos revienta
Sembrando el terror;
Débil susurro,
Ruda batalla,
Tromba que estalla,
Fiero volcán;
Fragor horrendo
Del terremoto,
Bramido ignoto
Del leviatán;
Ayes, suspiros,
Sombra, alegría,
Luz, ambrosía,
Vida, pasión:
Cuanto en los aires
Y en tierra mora,
Cuanto atesora
La creación,
Al conjuro
Del poeta
Se sujeta
Dando tema á su canción.

Mi ardiente pupila registra el profundo;
Cruzando el espacio, domino el confín;
Sus hondos arcanos descúbreme el mundo;
No encuentra mi genio ni valla ni fin.

¿Y qué es lo que alcanza mi lira y mi estilo?

¿Qué canto, qué pinto, qué logro inventar?
¡La misma de siempre tragedia de Esquilo:
Constantes engaños, constante llorar!

Veo los sueños de oro y de rosa
Que en incesante, ciega inquietud,
Tierna doncella forma anhelosa,
Juzgando eterna su juventud.

Miro al avaro cómo se engaña
Sufriendo mísero zozobras mil;
Cómo la envidia su propia entraña
Se va royendo, mudo reptil.

Cómo se engríe feroz tirano
Muelle en el carro de triunfador,
Que hambriento arrastra vencido hermano
Con cien esclavos en derredor.

Cómo pasaron tantas naciones
Sin dejar huella de su existir;
Cuál unas á otras generaciones
Vánse empujando para morir.

Imperios, coronas,
Laureles, riquezas,
Placeres, bellezas,
Honores, poder...
Brillaron un día;
Cayeron; pasaron...

¡Ni rastro dejaron
Del rápido ayer!
Fué quimera
Pasajera,
Devaneo
De un deseo,
Sueño leve, una ilusión:
Chispa vaga
Que se apaga,
Sombra inerte...
¡De la muerte
La fatídica expresión!

Trasunto completo del mundo y su historia,
Arrastra cada hombre su breve existir.
¡De tristes recuerdos llenar la memoria;
Soñar con la dicha, y en llanto vivir!

Y al flujo y reflujo de ciega demencia
Que agita al ardiente mortal corazón,
Se va envenenando la propia existencia,
Jamás aquietando la ansiosa pasión.

Y en vértigo horrible soñando y llorando
Redobla sus ansias, redobla el sufrir,
Verdugo que vive su ser devorando....
¡Vivir engañoso que acaba en morir!

Mas no! ¿qué dije? mi sacro aliento
Salva la tumba, de un cielo en pos.

Tras los celajes del Firmamento,
Lleno de gloria me espera un Dios.
¡Dios! cuya imagen adorna mi alma,
¡Dios! quien la esencia presta á mi ser,
¡Dios! causa eterna de eterna calma,
Único centro de mi querer.
Me ha ennoblecido su amor intenso;
Para Él creado por su bondad,
Él solo puede, porque es inmenso,
Llenar lo inmenso de mi ansiedad.

¡Victoria! El Prometeo
Pintado por Esquilo,
Levántase tranquilo
Sin rudo torcedor;
Y, rotas las cadenas
De la pagana roca,
Un mundo eterno invoca,
Sublime, arrobador.
La Cruz venció al abismo;
Y un rayo de esperanza
Dibuja en lontananza
La entrada de un edén:
El nimbo de venturas
Soñado por mi anhelo:
El infinito cielo
Del infinito Bien.

Quédese el barro de la tierra oscura
Para quien viva de grosera tierra;

Yo, noble, aspiro á la eternal dulzura,
Á la belleza que mi Dios encierra.
  Que, avivando mi amor y anhelo tierno,
Me dice sin cesar la musa mia:
¡Poeta: ensalza lo inmortal, lo eterno!
¡Sin amor y sin fe no hay poesía!
  Es muy pequeño para tí este mundo;
Remóntese tu aliento soberano;
Y, arrebatado en éxtasis profundo,
Canta á Dios, todo amor, vate cristiano.





LAS FLORES

I

ALEGRE iba la niña
Camino de Begoña,
Delante de su madre
Saltando como corza.
Un grito de alegría
Lanzaba como loca
Cuando en la linde hallaba
Alguna flor hermosa.
El cielo sonreíase;
Naturaleza toda
Decirle parecía
Con voces misteriosas:
«Reimos y gozamos
En verte á tí gozosa.»

II

De vuelta del Santuario,
Vistiendo negras tocas,
Hoy baja lentamente
La pobre niña sola.

En frente al cementerio
Suspira, reza y llora;
Iguales florecillas
Contempla silenciosa...
El cielo no sonríe;
Naturaleza toda
Le dice murmurando
Con frase misteriosa:
«Para los ojos tristes
¡Qué tristes son las rosas!»





¡AVE, GRATIA PLENA!

Fiat mihi secundum verbum tuum.

¡María!... la hermosísima doncella,
De todas la más santa criatura;
Más que el albor de la mañana, bella;
Más que el matiz de la azucena, pura.

¡María!... forma corporal de un beso
Con que Dios, de su amor en el abismo,
Tradujo la dulzura y embeleso
Que mirándose á sí causa en sí mismo.

Supremo sello que el Eterno imprime
Después que al Universo ha contemplado,
Diciendo: «¡Hasta aquí llega lo sublime
A que puede llegar un ser creado!»

Imagen de la ingénita belleza;
Dueña de Dios y de su Dios esclava,
Donde el amor del Creador empieza,
Donde el amor del Creador acaba.

Orgullo arrobador del Bien eterno;
Del Numen increado excelso encanto;

Después del mismo Dios, el ser más tierno;
Depués del mismo Dios, el ser más santo.

¡Miradla! No soñó la fantasía
Más hermosa y perfecta criatura.
Dios, al formarla, derrochó en María
Los tesoros sin fin de la hermosura.

Extática en profundo arrobamiento,
La purísima Virgen nazarena
Medita en el ansiado advenimiento
Del Prometido á la mansión terrena.

Descifra las proféticas dicciones
De tantos siglos de anhelar constante;
Los suspiros de tantas sucesiones
Condensa en un suspiro penetrante.

¿Cuándo aparece la gentil doncella
De quien nazca el caudillo omnipotente;
La que deje aplastada con su huella
La cabeza de la hórrida serpiente?

De súbito rasgando los espacios
El paraninfo que el Señor envía,
Entre nubes de aromas y topacios
Humilde se prosterna ante María.

«¡Salve! le dice con melifluo acento:
Tú, en presencia de Dios, de gracia llena;
Tú la elegida para el gran portento;
En tí el remedio de la humana pena».

«¡Habla, Señora!... De tus labios rojos
Depende la derrota del profundo;
En tí están puestos los divinos ojos;
En tí la vida y salvación del mundo!»

María, vacilante en sus rodillas,
Abísmase turbada y ruborosa,
Y el nácar que da esmalte á sus mejillas
Toma los tintes de encendida rosa.

Interna inspiración descorre el velo
Que prodigio tan alto le ocultaba;
Y con voz que nos vale todo un cielo
Responde: «Obre el Señor; yo soy esclava».

Y un horrible rugido prolongado
Retumbó en las cavernas del Averno.
¡El Hijo del Eterno se ha humanado!
¡El hombre se ha fundido en el Eterno!

¡Quien llena los abismos del espacio,
Quien los cielos formó con su mirada,
Quien tiene el Universo por palacio,...
¡Todo un Dios, por los hombres se anonada!

¡Enigma de ternura incomprensible
Que mi razón interpretar no sabe!
¡Tal delirio de amor inconcebible...
En la mente de un Dios tan sólo cabe!

¡Débil raza de Adán!... alza la frente;
Prorrumpe en himnos de alegría santa;

El dragón infernal ruge impotente
De la excelsa Judit bajo la planta.

De la eterna Sión las áureas puertas
Que el pecado primer cerrado había,
Hoy han quedado para siempre abiertas
Al *Fiat* pronunciado por María.

¡Oh labio sacrosanto y bendecido
Que tamaño prodigio realizara!
Si Dios tanto poder te ha concedido,
De su inmenso poder ¿qué te separa?

Un *hágase* lanzó el Omnipotente,
Y de la nada los obscuros senos
Miles de mundos en raudal fulgente
Brotan, de vida y armonía llenos.

Otro *hágase* pronuncias, oh María,
Y el autor de esos mundos soberano
Deja su solio por la tierra umbría
Para morir por el linaje humano.

Y diste vida al que la vida infunde,
Trocando de los hombres el destino:
Con el débil mortal Dios se confunde,
Y el hombre se sublima á lo divino!...

¡Ave, María! Con tu dulce nombre
A los cielos encantas y recreas;
¡Lazo de unión entre el Señor y el hombre!
¡¡Madre mía y de Dios!... ¡bendita seas!!

MENDIGO DE AMOR

Es de noche. La alba luna
Vierte en lánguido desmayo
Un melancólico rayo
Sobre humildísima cuna.

Allí, entre pobres pañales,
Sonríe el divino Niño,
Brindando puro cariño
Sus miradas celestiales.

¡Qué humildad! ¡cuánta pobreza!
Y es el Rey del Alto cielo,
Aquél de quien es el suelo
Escabel de su grandeza!

Alza el tiernecito brazo
Con infinita dulzura,
Y á su Madre, Virgen pura,
Que le arrulla en su regazo,

Parece decirle así:
«Di á los hombres, madre mía,

Que deseo en este día
Que vengan todos á mí.

«Que vengan los corazones
Que gimen en el dolor;
Yo ansío en mi inmenso amor
Colmarles de bendiciones.

»Soy todo amor y ternura;
Por ellos bajo á este mundo:
¿Dónde un raudal más fecundo
Encontrarán de ventura?

»Quiero verles en redor
Y que en mi fuego se inflamen:
Que vengan todos y me amen...
¡Yo soy avaro de amor!

»Que se fundan en la llama
Del volcán con que los amo
¿Quién no vendrá, si le llamo?
¿Quién, amándole, no me ama?»

. . . .

¡Que un Dios al extremo llegue
De mendigar el amor
Del mísero pecador!...
¡Y aún habrá quien se lo niegue?





A LA SANTIDAD

ODA [1]

Sanctus, Sanctus, Sanctus.
(APOC. IV, 8)

Ecce Deus meus et omnia!
(KEMP, Lib. III, c. 34)

PRÉSTEME el ángel su melifluo acento;
Deme el querube su dorada lira;
Deme el arcángel su argentino acento
Digno del tema que á mi mente inspira:
Que toda la armonía de la tierra,
Todos los sones que atesora el viento,
Cuantas notas exhala el mar sonoro,
Y cuanto ritmo el universo encierra,
Fuera horrísono acorde, rudo canto,
Débil remedo del sublime coro
Que en la eterna Sión entona: «¡Oh, Santo!»

---

[1] Laureada con el primer premio, consistente en una *palma de plata con el escudo de las Escuelas Pías*, en el Certamen literario celebrado por el Colegio de Padres Escolapios de Yecla en honor del B. Pirroti. (Mayo 1890).

«¡Santo!... ¡Santo!» resuena
Por la infinita bóveda del cielo;
Y su ámbito sin límites se llena
De raudales de luz y melodía,
Cataratas de incienso y ambrosía
Jamás soñados en el térreo suelo.

Allá en la excelsa cumbre,
Sobre altísimo trono diamantino,
Entre áureas nubes de fulgente lumbre
Oculta el SANTO su esplendor divino.
El serafín ardiente
Vela su rostro con las níveas alas,
Y su rosada frente
Prosterna humilde y tembloroso, en tanto
Que en las empíreas salas
Cantan mil coros sin cesar: «¡Oh, Santo!»

¡Suprema Santidad!... ¿Quién es el hombre
Que ose alabarte con terreno labio,
Si al quererte ensalzar te hiciera agravio,
Si tiembla el ángel al oir tu nombre?
¿Quién acercarse hasta tu trono llega,
Si todo ante tus plantas se doblega?...
Mas no, Dios mío, no; nada me asombre;
Quiero acercarme á Tí porque Tú quieres:
Que eres de inmenso amor inmenso abismo,
Y me amas, casi más que Tú á Tí mismo!

¡Oh, sí!... tan sólo un Dios, como quien eres,

Pudiera contener el amor todo
Que tienes á este ser de sucio lodo!
Y ya que mi bajeza
No es capaz de acercarse á tu grandeza,
Esclavo de mi amor dejas tu cielo
Para unirte conmigo en este suelo!

¿Quién soy yo?... negro fruto del pecado,
El hijo de la ira y de la muerte,
Indigno de invocarte y conocerte,
Y más indigno aún de ser amado.
Mas Tú, Dios mío, la fulmínea tea
De la venganza apagas;
Y, haciendo tuya la miseria mía,
Por innúmeras llagas
Deseas derramar tu sangre un día:
¡Y espías, siendo el Juez, mi culpa fea!
¡Y consientes que yo con mano impía
El hierro afile y el verdugo sea!!...

¡Oh Dios!... ¡Supremo Ser!... ¿no me confundo?
¡Tú espirando en la cruz, rasgado el pecho?
¡Verter tu sangre por salvar un mundo
Tú, á cuya voz el universo es hecho?...
¡Divina Caridad!... mi vida entera,
Si por siglos de siglos existiera,
En tu honor inmolada
En suplicios sin fin ¿qué fuera?... ¡nada!

Ebrio tu pecho de cariño tierno,

Tu diestra mano me ofreciste amigo,
Me has libertado del horrible averno;
Y con un cielo de placer eterno
Me brindas siempre, do reinar contigo.
De tal fineza, de cariño tanto
¿Qué pides en retorno? ¿qué me quieres?
¡Que desprecie tan rápidos placeres;
Que te ame cuanto pueda y sea santo!

«Mi yugo es suave, mi exigencia leve:
»Que me ames mucho; que mis huellas sigas;
»Mas Yo te daré fuerza en tus fatigas
»Y un lauro eterno tras la vida breve.»
¡Qué me dices, Señor?... que sufra un poco,
Que te ame, y tras la vida transitoria
Goce por siempre de tu misma gloria?
¡Santo debo de ser, ó soy un loco!

Huid, amargas dichas terrenales:
Huid, vanos hechizos de la vida;
¡Un Dios entre deliquios paternales
Con su cielo y su gloria me convida!
De la existencia en el fugaz momento
Él me da fuerza y poderoso aliento;
Él mismo me consuela en el quebranto;
Él mismo se me da por alimento!...
¿Quién, costando tan poco, no es un santo?





Á LA CARIDAD

ODA [1]

Deus charitas est

HERMOSA Caridad! .. fúlgida estrella
Mensajera de dicha y de consuelo:
Fuego sagrado, emanación del cielo:
De la esencia de Dios viva centella!
Si del seno del Bien bajaste al suelo
Cual venero de vida y de ventura,
¿Qué virtud puede haber más grande y bella?
¿Qué dulzura mayor que tu dulzura?

Gran pléyade de espíritus geniales,
Raudos batiendo las gigantes alas,
Lograron tras esfuerzos colosales
Cernerse allende las cerúleas salas.
Salvando audaces la región en donde
El santuario destaca de Minerva,

[1] Premiada con una *escribanía de plata* en el certamen literario artístico celebrado el 2 de Mayo de 1890 por el Colegio de las Escuelas Pías de Yecla.

Y escalando el alcázar que reserva
El hondo arcano que el saber esconde,
Rebuscan los elíxires secretos
Que dieran á los hombres paz y calma:
Empíricas virtudes y amuletos,
Salud del cuerpo y santidad del alma.

Mas ¡ay! rendidos, con las alas rotas,
Seca la fuente del saber humano,
Descendieron de esferas tan remotas
Consigo mismos y su ciencia en guerra,
Sin encontrar el codiciado arcano
Donde el elíxir celestial se encierra.
Sin la ignota virtud, buscada en vano;
Sin el rico amuleto de ventura;
Sin el mágico antídoto que cura
Las hórridas miserias de la tierra,
¿Qué era entonces la vida?
Abismo tenebroso de dolores
Do luchaban, sañudos gladiadores,
El crimen rudo y la virtud mentida.

Ansia febril de estimación y gloria,
Presuntuosa demencia, orgullo ciego:
Eso fué la virtud que el *sofo* griego
Nos lega en los becerros de su historia.
Pero, esquivando estimación terrena,
Perdonar sonriendo al enemigo,
Llamarle hermano y abrazarle amigo,
Y dar la propia por la vida ajena...

Esa es virtud divina:
Y no es posible que la humana mente
Tan ruin y tan mezquina,
Inventara virtud tan peregrina,
¡Un amor tan sublime y tan ardiente!

¡Mi Dios es Caridad!... y al ver al mundo
Esclavo de la muerte y del averno,
Desciende humilde, y con amor profundo
Vierte su sangre en holocausto tierno.
¡Oh! mirad todo un Dios ¡un Dios eterno!
Velar su gloria con terreno lodo,
Y, siendo el ofendido,
Espirar en la Cruz escarnecido...
¡Morir el que da aliento y ser á todo!
Y más ¡pásmese el cielo!... mientras muere
Y al mundo del infierno le rescata,
Bendice ¡oh caridad! al que le hiere:
¡Da vida al que le mata!!

Esa es la Caridad, fúlgida estrella
Mensajera de dicha y de consuelo;
Fuego sagrado, emanación del cielo:
De la esencia de Dios viva centella!
Esa divina llama
Del seno del Eterno se desprende,
El pecho de los mártires inflama,
Renueva al mundo y en amor le enciende.

En vano los satánicos Nerones,
En vano los sangrientos Dioclecianos

Tremolaron rugiendo sus pendones
Contra el amor y caridad cristianos.
Mil hombres y mujeres ignorantes,
Mil doncellas y cándidos infantes
Confunden á tan bárbaros tiranos,
Y se ofrecen riendo á las hogueras,
Y entonan sacros himnos de contento
Mientras hierve su sangre en el tormento
Ó destrozan su cuerpo hambrientas fieras!

¡Oh santa Religión, de Dios hechura:
Puro vergel de célicos amores:
Manantial de consuelo en los dolores:
Criadero del bien y la ventura!
De tu ardorosa caridad al fuego
Se funden del esclavo las cadenas,
Y libertado de crueles penas
En tu regazo le acaricias luego.
Tú del náufrago eres norte y faro;
Tú das al miserable luz y abrigo;
Solaz al triste y al enfermo amparo...
¡Sólo en tu seno la virtud germina:
Sólo tú grande, colosal, divina!

Moderno liberal, malvado ateo,
Del soberbio Satán legión precita:
Oh!... ¿por qué maldecís mi fe bendita,
Y por qué blasfemáis de lo que creo?
¡Callad!... enmudeced!... sellad la boca!...
Y si queréis que de mi Dios reniegue

Y què insensato, cual vosotros, llegue
A sostener vuestra heregía loca,...
Alzad vuestra bandera:
Presentadme un Nolasco:
Un mártir del amor... ¡uno siquiera!

¡Mi Dios es Caridad!... De Dios emana.
Por ella el ignorado Religioso,
De ardiente amor el corazón henchido,
Deja el hogar querido,
Cruza el mar proceloso,
Y con las fuerzas que le presta el Cielo
Intérnase por ásperos parajes
En santos convirtiendo á los salvajes
A fuerza de regar con sangre el suelo.
Por ella el Mercenario
Se ofrece esclavo del feroz corsario;
Y por ella mil vírgenes se ofrecen
A cuidar del doliente moribundo,
Sin mirar que perecen
De horrible pestilencia en foco inmundo!

Yo he visto entre el horror de la batalla
Cuando el cañón la inmensidad aterra,
Y cubre la mortífera metralla
De lívidos cadáveres la tierra,
Yo he visto una mujer pobre y sencilla
Con heróico valor, con pecho fuerte,
Arrostrar los peligros de la muerte;
Y en do la bomba con fragor retumba

Recoger al soldado entre su manto,
Vendar su herida y consolarle, en tanto
Que otra bomba á sus pies le abre su tumba.
¡Una Hermana!... ¿quién es? ¿cuál es su nombre
Para que siempre la gloriosa fama
Le pregone doquier y al mundo asombre?
¡Ah!... no busca laureles ni renombre,
Y no quiere decir cómo se llama!

¡Hermosa Caridad, de Dios centella,
Del mísero mortal sostén y abrigo:
Estático te ensalzo y te bendigo:
Solo tú grande, sacrosanta, bella!



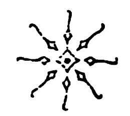


¡MI MADRE LLORA!

Llora la Virgen sin mancha;
Llora mi madre querida
Porque arrebaté la vida
Al hijo que ella dió el ser!
Y dulcemente mirándome
Me dice con triste acento:
«¡Hijo!... ¡basta de tormento!
¿En qué te pude ofender?»

¡Casta, inocente paloma,
Candorosa criatura,
Madre de inmensa dulzura,
La de mejor corazón!
Confundido por mi crimen,
Llenos de llanto los ojos,
Yo te suplico de hinojos
Que me concedas perdón.

Si ataracé con puñales
Forjados en el averno
Tu corazón, el más tierno,
Que no sabe más que amar,
¡Cuánto me pesa, Señora!
¡No llores más, oh María!
¡Madre!... mil vidas daría
Por no verte á Ti llorar!



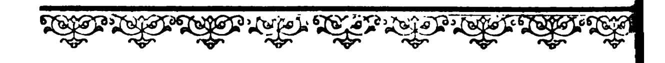


¡ES DE MI TIERRA!

(SONETO)

DESTÁCASE en la cumbre del Carmelo,
Envuelta en los destellos de la aurora,
Fundida en el amor de Aquél que adora,
De fe prodigio, de virtud modelo.
Atónito la admira el térreo suelo
Y sus favores sin cesar implora;
La Iglesia la proclama su Doctora;
Los ángeles la aplauden en el cielo.
Mientras los hombres en absorto pasmo
Cantan su amor y su saber profundo,
Toda la gloria que su nombre encierra,
Dejad que en mi legítimo entusiasmo
Diga llenando con mi voz el mundo:
¡Teresa de Jesús... es de mi tierra!!





SOLILOQUIO

Soy errante peregrino
Que cruza con paso incierto
El desolado desierto
Que me señaló el destino.
Jadeante, mi camino
Sigo á través de los años;
En vano á endulzar mis daños
Soñando mi dicha voy;
¡A cada paso que doy
Lloro nuevos desengaños!

Si atrás miran mis enojos,
¡Ay! ¿qué dejé en pos de mí?
Las lágrimas que vertí
Al ir pisando entre abrojos.
Si en torno mío los ojos
En busca de calma giro,
¡Infeliz de mí! ¿qué miro?
¡Igual yermo desolado,
Y todo el dolor pasado
Condensado en un suspiro!

Si la doliente mirada
Tiendo á vislumbrar mi fin,
Veo dudoso confín
Envuelto en noche cerrada.
El *ayer* se hundió en la nada;
El *hoy* es sombra fingida;
El *mañana* la mentida
Realidad de mi deseo...
¡Humo, llanto y devaneo
Es en resumen mi vida!

La muerte de una ilusión
Es la vida de otra nueva,
Que en sí el desengaño lleva
Por natural condición.
De entre ficción y ficción
Brota agudo el dolor fuerte;
Y así vivo, de tal suerte,
Que bien pudiera decir
Que mi efímero vivir
Se alimenta de la muerte.

Mi afán, jamás satisfecho,
Sus duelos engendra y llora,
Y el corazón se devora
Preso en la cárcel del pecho.
Prometeo es que, á despecho,
Fijo por férrea cadena
A la roca de la pena,
Su seno á rasgar se atreve,

Y su propia sangre bebe,
Y con ella se envenena.

¡Ay!... Pero, necio de mí,
¿Por qué, insensato, me abismo,
Y verdugo de mí mismo
Soy con ciego frenesí?
Si el mundo no fuera así
Centro de miseria y duelo,
Si aquí encontrara mi anhelo
Su plena satisfacción,
¿Sabría mi corazón
Que existe para él un cielo?

¡Arriba, alma mía,... avanza!
Grande eres, de Dios imagen;
Jamás las penas atajen
El vuelo de tu esperanza.
¡Lucha y ora!... En lontananza
Brilla una luz celestial.
¡Eres un ser inmortal!
¡Tu vida se halla en la altura!
¿Qué es un día de amargura
Ante una dicha eternal?



Á SANTA TERESA DE JESÚS

ODA [1]

Dilectus meus mihi et ego illi.
(Cant. cant: cap. II, 16)

Y de tal suerte he trocado,
que mi amado es para mí
y yo soy para mi amado.

(La Santa)

DIVINO aliento de eternal ventura;
Único centro donde el bien anida;
Manantial infinito de hermosura;
Venero de dulzura;
Amor!... divino amor!... tú eres la vida.
Fuego sagrado á cuyo ardor fecundo
En las entrañas de la nada yerta
El germen de la vida se despierta,
Y el abismo profundo
Arroja en sorprendente catarata
Miles de soles de granate y oro,

[1] Laureada con el premio ofrecido por S. M. la Reina Regente del Reino en el certamen científico-literario celebrado en Avila en Octubre de 1894, bajo la presidencia del Excmo. Sr. D. Manuel del Palacio.

Miles de mundos de brillante plata,
Miles de seres que en perenne coro,
En piélagos sin fin de luz é incienso,
De un Dios pregonan el amor inmenso.

¡Amor!.. sublime amor!... llama bendita!
Vital latido á cuyo impulso santo
Se estremece y palpita
Lleno de vida y singular encanto
Cuanto en la vasta creación se agita.
Si eres el lazo cuyo nudo fuerte
De los orbes mantiene la existencia;
Si eres de Dios la sustancial esencia;
Si la vida y el bien es poseerte,...
¡Oh sacrosanta llama!
«¡Desdichado el que no ama!»
¡Es su vida la vida de la muerte!

El radiante querub que en lo alto mora
Engolfado en abismos de armonía,
Si no pudiera amar, maldeciría
Su existencia en mansión tan seductora.
Que es causa del placer el amor tierno,
Transformándolo todo, de manera
Que el cielo sin amor fuera un infierno,
Y el infierno con él un cielo fuera.

¡Amor!.. Si es en verdad crisol ardiente
Donde templa su ser el alma humana;
Si Dios es del amor la única fuente;

Si quien ama más pura y tiernamente
Más á Dios se avecina,...
No es hipérbole vana:
Casi me atrevo á apellidar divina
Á la mística virgen castellana.

Divina, sí: que por sublime modo
Fundida su alma en encendido anhelo,
El amor de su Dios era su cielo,
Alma de su alma, su pasión, su todo.
Y tiene tal vehemencia su cariño,
Tal fuerza ejerce su abrasada llama,
Que arrebata al Dios-Niño;
Y ambos al fuego que su pecho inflama
Se buscan con afanes singulares,
Y en íntimos coloquios amorosos,
Como los dos esposos
Del melífluo Cantar de los Cantares,
Ella Teresa de Jesús se llama,
Y Él Jesús de Teresa se proclama.

En cruz las níveas manos, de rodillas,
Extática en sublime arrobamiento,
Fijo en Dios su abismado pensamiento
Y en luz reverberando sus mejillas,
Yo la contemplo suspirar de amores,
Alzarse sobre el duro pavimento,
Y luego, ya rendida á los ardores
Del volcánico fuego que la abrasa,
Caer desfallecida y anhelante

En tanto que con dardo flamëante
Alado querubín raudo desciende
Y su virgíneo corazón traspasa
Y más el fuego de su amor enciende.

¡Oh regalada esposa
Del divino Jesús! Paloma pura
Que tiene su almo nido en la abertura
De donde emana la salud preciosa
Del libertado mundo!
¡Oh! quién me diera la sin par dulzura,
Ese raudal fecundo
Que tu espíritu anega y embrïaga!
¡Quién me diera beber en esa llaga
Del costado divino
El codiciado vino
Que toda sed de lo carnal apaga!
Entonces, sí, mi terrenal acento
Con néctar tan balsámico aromado,
Diera en acordes al ligero viento,
Sin manchar con mis frases tu memoria
Ni el santísimo nombre de tu amado,
El tierno idilio de tu hermosa historia.

Historia heróica que la tierra admira;
De prodigios y amor inmensa suma;
Digna de ser escrita por tu pluma,
Digna de ser cantada por tu lira.
¿Y cómo no, si tu Jesús te inspira;
Si Él es de tus acciones el modelo;

Si es su voz quien te alienta y enamora;
Si todas las dulzuras que atesora
Sobre tí derramó, para que el suelo
Tuviera en tí su angelical doctora?

Aun eras niña, y en tu seno casto
Ya fomentabas el afán profundo
De vivir en un círculo más vasto
Que el círculo mezquino de este mundo.
Inmortal te sentías,... soberana;
Faltaba aire á tu espíritu gigante;
El ciclo estrecho de la vida humana
No era á tu excelsa aspiración bastante;
Y devorabas en tu pecho tierno
La nostálgica fiebre de lo eterno.

¿Qué es esta vida para el alma pura
Que presiente otra vida más arriba?
Hediondo erial de tétrica amargura,
Vida que en llanto y en dolor estriba.
¡Infeliz el que pone su fe viva
Del siglo en los hechizos seductores!
En vano corre tras soñadas flores
Que engañosas aumentan sus antojos;
Sin encontrar la apetecida calma,
Verá con llanto en los dolientes ojos
¡Ay! si no muerta, envenenada su alma!

Teresa busca con afán creciente
Más grandes, más profundos manantiales:

En su anhelo inmortal quiere otra fuente
De amores y deleites inmortales.
Como cierva que corre hacia el torrente
Para apagar su sed abrasadora,
Vuela ansiosa á Jesús, fuente bendita,
¡La que puede bastar, por lo infinita,
A la infinita sed que la devora!

Y embrïagada con el néctar suave
Que el seno amante de Jesús le ofrece,
La seráfica virgen desfallece,
Y ¡amar! tan sólo amar! nada más sabe!

Mira á su Dios, de caridad henchido,
Cubrir su inmensidad con térreo velo;
Nacer en un establo solitario;
Cargar con las miserias de este suelo;
Y, siendo el ofendido,
Verter toda su sangre en el Calvario
Para comprar á su verdugo un cielo!
Y Teresa se abisma y anonada
A tanto bien como de Dios recibe.
¡Oh! ¿quién tan grande caridad concibe?
¿No es negra ingratitud, más que infinita [1]
Ver morir á su Dios y que ella vive?...
«¡Señor!.. ¡morir ó padecer!» le grita.

¡Morir ó padecer! ¿Qué hacéis, mortales,
Que no rasgáis, en lágrimas deshechos,

[1] Permítaseme la frase por lo gráfica.

Vuestros culpados, miserables pechos?
¿Hay quien piense en placeres terrenales?
Dame morir contigo en tu martirio
Ó junta en mí los corazones todos
Para amarte, Señor, de cuantos modos
Puedo inventar en mi febril delirio.
Sólo yo quiero á quien me quiere tanto:
Mi alma en el horno de tu amor fundida,
Padecer por tu amor sea mi encanto;
Morir, morir de amor sea mi vida.

Alma sublime, corazón de fuego,
En éxtasis constante arrebatada,
Abrázase á la Cruz con afán ciego,
De amor enajenada.
Pero al ir á engolfarse en los dolores
Y el cáliz apurar de la amargura,
Vé los abrojos de la tierra dura
Mudarse en suaves, olorosas flores.
¡Que son virtudes de la Cruz divina
Trocar en rosa la punzante espina;
Y el llanto que á sus pies el hombre vierte,
Tornar en perlas de inmortal diadema
Y en vida eterna la instantánea muerte!

¿Cómo pintar la llama abrasadora
Que arde en Teresa, ni el volcán fogoso
Con que el Divino Esposo
Ama también á quien así le adora?

Jesús rendido al amoroso exceso
De la insigne, seráfica Teresa,
Él mismo se confiesa
Esclavo de ella, en sus amores preso.
¡Y con cuánta fineza la regala!
¡Qué raudales de célica ambrosía!
¡Qué mares de placer, al que no iguala
Cuanto puede soñar la fantasía!

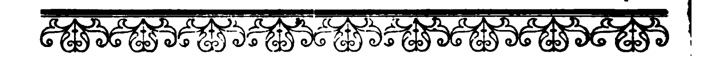
En piélagos tan hondos de ternura
La sumerge y abisma,
Que Teresa, saliendo de sí misma
Con sublime locura,
No pudiendo sufrir la violencia
Del incendio voraz que la derrite,
¡Basta, basta! repite:
¡Que ya no puede más mi humana esencia!
¡Venga cuanto antes la anhelada muerte!
¡Que es tan grande el amor con que te quiero,
Tan grande es la ansiedad de poseerte,
Que muero, mi Jesús, *porque no muero!*

¡Teresa de Jesús! Estrella de Alba:
Florón y timbre de mi amada tierra:
Fulgente luz, como la luz del alba
Que el negro paso de la noche cierra!
Al consagrarte á tu Divino Esposo,
Bella aurora dibújase en el cielo,
Feliz nuncio de día esplendoroso;
A tu paso mil flores brota el suelo

De virginal, vivificante aroma,
Y nueva vida y lozanía toma
La cumbre solitaria del Carmelo.

Déjame, oh Santa, que en absorto pasmo
Te bendiga y admire;
Déjame que delire
En mi noble, en mi férvido entusiasmo.
De mi cariño en la explosión extraña
Hago mío el fulgor de tu aureola;
Que tengo, como tú, sangre española,
Y es tu gloria la gloria de mi España.

Gloria eternal que inmarcesible brilla
Cual sol radiante en el inmenso cielo:
¡La honra envidiable de mi patrio suelo!
¡El legítimo orgullo de Castilla!
Tu doctrina arrebata y maravilla;
Son tus libros idilios singulares;
Es tu vida un poema de ternura
Que encanta y enamora:
El de la bella Sulamita pura
Del sublime Cantar de los Cantares.
La Iglesia te proclama su Doctora;
El mundo te venera en sus altares,...
¡Teresa de Jesús!... Dios es contigo:
Goza por siempre de él!... Yo te bendigo!



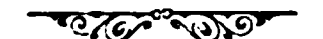
Á LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN

Del sol de la Justicia bella aurora,
Sin mancha de pecado concebida:
Sobre toda mujer la bendecida,
La Virgen, de las vírgenes señora.

Santuario augusto do el Eterno mora,
Fuente sellada que brotó la vida,
Criatura entre todas escogida,
Del linaje de Adán corredentora.

Forma tu veste el sol; tu pie se baña
De la alma luna en los reflejos de oro,
É impotente Luzbel ruge en su saña.

Si es tu blasón, cual singular tesoro,
Ser la Patrona de tu amada España,
¿Qué haces, Señora, que no ves su lloro?





LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

HUÉRFANO triste, sin apoyo humano,
Quedó el Apostolado en este suelo:
El Divino Maestro voló al cielo
A sentarse en su trono soberano.
¿Qué hará esa pobre grey, sola en el mundo?
¿A quién volver los suplicantes ojos?
El revuelto huracán ruge iracundo;
Todo es sombra en redor, llanto y abrojos.

«No temáis, Jesús dijo; al seno eterno
Torno de Aquél que me envió á la tierra.
Del mundo y del infierno
Siempre en continua guerra,
Iréis á predicar mi Augusto Nombre:
Renovad en la fe los corazones;
Recorred las naciones
Haciendo ver al hombre
Que mi excelso reinado ha comenzado;
Y unidos en mi amor pobres y reyes,
Sólo la caridad les dicte leyes.»

Y ved que aquellos pescadores rudos,
Derramando su sangre generosa,
Al soplo santo que envióles Cristo,
Realizan, sin armas, sin escudos,
La epopeya más grande y más gloriosa
Que en los siglos jamás el mundo ha visto.

Demúdase la faz de las naciones,
Siéntese nueva vigorosa vida;
Los mitos del grosero paganismo,
Deidades de selváticas pasiones,
Confundidos rodaron al abismo;
Y agrupados gozosos los humanos
De la Cruz á la sombra bienhechora,
Gritaron en su fe consoladora:
¡Somos hijos de Dios; somos hermanos!





¡FELIZ INOCENCIA!

(DOLORA)

(A MI AMIGO JOSÉ MARÍA IBÁÑEZ DE ALDECOA)

—Abuelo, ¿qué es inocencia?
—Eso: tu ignorancia hermosa.
—¿Y conciencia?
—Es una cosa...
De que no tienes conciencia.

—No entiendo; explícate más.
—Ya te lo dirán los años
Con sus crueles desengaños;
Por desgracia, lo sabrás.

—¡Cuándo saldré de mi infancia!
—¡Quién tuviera tu inocencia!
—¡Oh, cuánto envidio tu ciencia!
—¡Más envidio tu ignorancia!

Ignoras lo que no ignoro:
Lo que es vivir, nieto mío.
—Sé que vivo, pues me río.
—Sé que vivo... ¡porque lloro!

—¿Que no sé lo que es vivir?
Dílo, pues, por vida mía.
—Es una larga agonía
De un instantáneo morir.

—¿Eso es vivir?
—Sí, por cierto.
—Abuelo, no lo concibo.
—Es que eres un vivo vivo.
—¿Y tú?...
—Soy un vivo muerto.

—Pues si eso enseña tu ciencia...
—Nunca salgas de tu infancia
Ni sepas en tu ignorancia
Lo que pesa la conciencia.





A LA VIRTUD

ODA [1]

(DEDICADA Á D. ALFREDO ORTIZ DE VILLACIÁN)

In semita justitiæ, vita: iter autem devium ducit ad mortem.

(Prov. XII. 28.)

SURGE el coloso. Con mirada altiva
Los ámbitos abarca de la tierra;
Inflámase el afán que le cautiva;
Y á su imperioso acento,
Como á un conjuro que al espacio aterra,
Se levantan en torno mil legiones
Que indómitas se lanzan á la guerra.
«¡Guerra!» les grita; y al fragor profundo
De los roncos, horrísonos cañones,
Prostérnanse medrosas las naciones,
Y en árbitro se alzó de todo el mundo.

[1] Obtuvo *Mención honorífica* en el certamen literario-pedagógico celebrado en Burgos el 4 de Septiembre de 1899 con motivo del 5.º Congreso Católico-nacional, bajo la Presidencia del Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad.

¿Qué te falta, coloso giganteo?
Arrastras, como á esclava, la victoria;
La fortuna se rinde á tu deseo;
Soberano en tu inmenso poderío,
Al orbe eclipsas con tu ingente gloria;
Bien puedes exclamar: «¡El mundo es mío!»
¿Qué te falta en tu omnímoda grandeza?
¡Oh grandeza ilusoria!
Humilla esa cabeza,
Gigante sin segundo:
La muerte hiela tu insaciable anhelo,
Y á tus pies un abismo
Por una eternidad se abre profundo.
¡No has podido ser dueño de tí mismo
Tú que eras dueño singular del suelo!
¿Qué te ha valido conquistar un mundo,
Si no has sabido conquistar un cielo?

Emporios de riquezas orientales,
Mar de deleites que á gozar invita,
Explosión de placeres saturnales
Soñados por el muelle sibarita:
Cuanto á la mente arrebatada agita,
Cuanto al deseo juvenil inquieta,
Gloria, poder, amor... todo el retrato
Del ardiente delirio de un poeta,
No es más que la ilusión de un insensato.
Hechicera visión de un desvarío
Que al quererla abrazar se desvanece
Y al alma deja de dolor transida

Y al pobre corazón yerto y vacío.
¡Felicidad!... quimera fementida,
Leve sonrisa, apenas dibujada,
Que en sarcástica mueca
La muerte horrible trueca
Para burlarse cruel de nuestra nada!

¡Sí!... Pero hay algo venturoso y bello
Que no es sombra fugaz á nuestros ojos;
Algo que lleva de inmortal el sello,
Que la muerte no arrastra en sus despojos.
Es la santa Virtud, de Dios destello,
Aspiración excelsa que aletea
Sobre el polvo y miseria de la vida,
Luz que todo lo inunda y hermosea
Y sin engaños con placer convida.
Aliento que traspasa lo finito,
Vivífico perfume que embalsama,
Rico venero que solaz derrama,
Esperanza del mísero proscrito.
Nada hay grande sin tí; todo es pequeño,
De fuego fatuo vagarosa llama,
Realidad del no ser, sueño de un sueño.

Mas si tú anidas en el pecho humano
Y en tu afán sus anhelos acrisolas,
La vida no es un mar de amargas olas
Ni es un ensueño enloquecido y vano.
No es mágico espejismo
De encantos que forjó la fantasía

Para falaces halagar un día
Y perderse después en el abismo
De las tinieblas de la tumba fría.
Hija del cielo, como el cielo bella,
Los dolores endúlzanse á tu encuentro;
Emanación de Dios, de Dios centella,
Tu vida es lo inmortal, Dios es tu centro.

Hundióse para siempre en el olvido
Aquel soberbio genio de la guerra,
El que fué tan odiado cual temido
Por todos los confines de la tierra.
Del nombre esclarecido,
La cifra de una edad, de un pueblo gloria,
Apenas si consérvase memoria
Para baldón acaso
De una efímera historia
Que los siglos maldicen á su paso.

Sólo tú, Virtud santa, perseveras;
Triunfante y soberana,
Sobre las ruinas y el olvido imperas
Salvando el ciclo de la vida humana.
De los tiempos recorres el proceso;
Y al realizar heroica tu destino,
Sólo tu rastro impreso,
Mientras todo se borra y desparece,
Deja indeleble tu eternal camino
Que en luz inextinguible resplandece.

Testigos nuestras viejas catedrales,
De la cristiana Fe raros portentos:
Sus agujas son himnos inmortales,
De titánicos genios monumentos.
Entre ruinas legárannos su nombre
Los pueblos de otra edad; el peregrino
A mirarlas se para en su camino,
Y sólo encuentra en ellas que le asombre
Elocuente epitafio en que está escrita...
La ciega vanidad que engaña al hombre!
Mas contempla los muros de la ermita,
Los ábsides caídos del convento,
Y el vïajero siente
Sublimársele absorto el pensamiento,
Y dobla la cabeza reverente
Y arrobado prosternase de hinojos.
Es que allí escucha misterioso acento
Que le dice: «¡Mortal! ¿qué ves? ¿despojos?
Eleva más arriba esos tus ojos:
Verás flotar sobre las mustias ruinas
Un eterno ideal, un puro anhelo,
Que, al deshacerse en el terreno suelo,
Del horizonte rasga las neblinas
Para vivir en el eterno cielo.
Reverencia estas ruinas, peregrino:
Son de santa Virtud reliquia santa;
¡Aquí hay algo que raya en lo divino!»

Flor nacida á la sombra redentora
Del árbol sacro de la Cruz bendita:

Tu fragancia trasciende á la infinita
Mansión del bien donde el Eterno mora.
Tu balsámica esencia
Preserva de la muerte corruptora;
A tu suave influencia
El débil cobra vigoroso aliento
Y llega en su heroismo sobrehumano
La cúpula á escalar del Firmamento.
Cuando el lóbrego erial de la existencia
Cruzamos abrumados de amargura,
¡Cuán grato es escuchar: «Padece y ora»
Y luego en lontananza,
Mostrándonos un cielo de ventura,
Mirar cuál nos sonríe la esperanza!...
Entonces á tu influjo, Virtud pura,
Dulce se torna, cuando tú suspiras,
El llanto acerbo de los tristes ojos,
Y los mismos abrojos
Truécanse flores cuando tú los miras.

Tú coronas empresas colosales;
Tú confundes al bárbaro tirano;
Por tí la virgen y el inerme anciano
En medio de la arena y las hogueras
Entonan en estrofas inmortales
Vigorosas canciones,
Mientras hierve su sangre en las calderas
Ó desgarran sus miembros los leones.

Nada hay grande sin tí, Virtud cristiana.
Sin tí ¿qué fuera el hombre? Un Prometeo.

Sin fe, sin esperanza sobrehumana,
Y amarrado á la roca del deseo,
Imposible jamás de ser saciado,
Furioso devorárase á sí mismo
Hidrópico en su afán desesperado.
Fuera el mundo, sin tí, luctuoso abismo
Do luchara sañudo
Con mentida virtud el crimen rudo

Y tú, mujer, sublime criatura,
Para sentir y para amar nacida;
La que eres el encanto de la vida;
Compendio en el que Dios, sin duda, quiso
Copiar toda la mágica hermosura
Que encerró para el hombre el Paraíso:
¿Qué fueras, dí, sin la aureola pura
De la Virtud, que ensalza y hermosea?
Las paganas historias dan idea:
Esclava de selváticos deseos,
Humilde y despreciable mercancía,
Juguete de salvaje tiranía,
Sentina de brutales devaneos.
¡Mujer... mujer!... Bien haces por instinto
Aspirar al dictado de piadosa,
De la Iglesia acogiéndote al recinto.
La Virtud te hace libre y más hermosa;
Así logras, la Historia te lo enseña,
Ser ángel del hogar, del hombre dueña.

¡Oh Virtud celestial! Tú purificas
Y agigantas las nobles concepciones;

Tú avaloras y ensalzas las acciones;
Al pobre, al miserable dignificas,
Y prestas brillantez á los blasones.
Tú mantienes la paz de las naciones;
Tú impones el amor por soberano
Que nos una en afectos singulares,
Y al esclavo le das nombre de hermano
Y elevas al mendigo á los altares.
¡Tuyo es todo lo santo, lo fecundo!
¡¡Bendita seas tú, sostén del mundo!!





AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

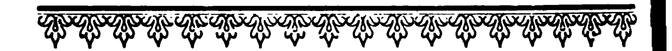
¡Oh Corazón, amante sin segundo:
De paz y dicha inagotable fuente;
De inmensa caridad volcán ardiente;
De eternos bienes manantial fecundo!

Prenda una chispa de tu amor profundo
En la faz de la tierra, oh Dios clemente,
Y, súbita al pasar de gente en gente,
Abrasado en tu amor véase el mundo.

Y, desterrados la ambición y el dolo
Á las hondas cavernas del infierno,
Escúchese doquier de polo á polo:

«¡Humanos! hijos sois de un Dios eterno.
Vuestro Rey es Jesús: que reine Él solo.»
¿Qué mejor Rey que corazón tan tierno?





LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN

Tu honorificentia populi nostri.
(*Judith*, XV, 10.)

SOÑAD, poetas. La encantada esfera
Cruzad de la inefable poesía,
Y fingid la beldad más hechicera
Que se puede forjar la fantasía.

Juntad en una sola criatura
Las bellezas de todas las del suelo:
Presentid la armonía y hermosura
Que allá en su inmensidad esconde el cielo.

Sondad, en imposible desvarío,
Del infinito el piélago profundo,
Y abarcad cuanto abarca el poderío
Del increado Creador del mundo.

Y entonces, derrochando cuantos dones
Pueden brotar del sempiterno numen,
Formad con las más altas perfecciones
Y las más puras gracias un resumen.

Una belleza cuya sombra sea
La luz que esparce la rosada aurora:
Una belleza donde fiel se vea
De todo un Dios la fuerza creadora.

Una mujer que sea el espejismo
De la misma belleza y poesía:
El plácido embeleso de Dios mismo...
¡La Concepción sublime de María!

No halla palabras mi terreno labio;
Perdóname ¡oh María! mi rudeza:
Mi alabanza mayor es un agravio:
¡Es casi blasfemar de tu pureza!

¡Oh mística azucena nacarada,
Del Verbo para ser Alcázar regio,
De la mancha primera preservada
Por único exclusivo privilegio!

¡Oh Virgen, entre todas la más pura,
Raquel perfecta que el querube admira,
Nimbo sagrado de eternal dulzura,
Límpido espejo donde Dios se mira!

¿Quién te podrá alabar? No hay expresiones
Que reflejen lo bello de tu esencia,
Portento de supremas perfecciones,
Alarde de la Suma Omnipotencia.

Toda imagen es pálida y sombría:
Es tiniebla del sol la luz dorada:

Ni es aroma el aroma que Horeb cría,
Ni hay belleza contigo comparada.

En mis sueños ardientes de poeta
Me pierdo en la región de lo infinito,
Sin poder modular frase completa
Al querer ensalzar tu ser bendito.

Ni el genio del Arcángel vislumbrara,
Por el eterno resplandor cegado,
Que tu esencia es la esencia que separa
La increada hermosura y lo creado.

¿Qué podré yo decir, honra del suelo,
Maravilla sin par que á Dios recreas,
Si el paraninfo que enviara el Cielo
Supo apenas clamar: ¡Bendita seas!?

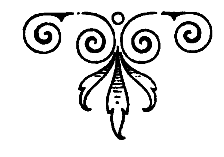
Enmudezca mi tosca poesía,
Y supla al barro de mi lengua impura
El afán que arrebata al alma mía
La excelencia al cantar de tu hermosura.

¡Salve! ¡Salve!.. futura portadora
De la vida y salud del térreo mundo!
¡De la insondable creación Señora!
¡Gloriosa triunfadora del profundo!

¡Salve, María! en armonioso canto
Repitan los espíritus del cielo.
¡Salve, de Dios el singular encanto,
De la prole de Adán gloria y consuelo!

¡Salve, María! por doquier resuene;
Y, en medio del concierto prodigioso
Que los espacios infinitos llene,
Escúchese este acento poderoso:

Ese portento de belleza extraña,
La Concepción sublime de María...
¡Es la excelsa Patrona de mi España!
¡Es la Madre de Dios... y Madre mía!





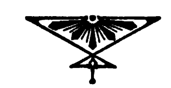
EL GENIO DE TAGASTE

De alma sublime y corazón de fuego,
De rica, prodigiosa fantasía,
En brazos de la gloria se mecía
Soñando goces en delirio ciego.

Inquieto, con febril desasosiego
En balde su genial sabiduría
Codició de este mundo en la falsía
La Dicha doblegar ante su ruego.

Ciencia, gloria, placeres... ¡desvarío!
Luchar en vano sin lograr la palma:
Agrandar el abismo del vacío.

Herido el pecho, acongojada el alma,
Clamó Agustín llorando: «¡Tú, Dios mío,
Tú eres mi centro, mi infinita calma!»





Á JESÚS SACRAMENTADO

ODA [1]

Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet et ego in illo.

(Joan. VI, 57.)

Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sœculi.

(Matth. XXVIII, 20.)

ENCENDIDO querube que te anegas
En sublimes torrentes de armonía:
Si el rostro ocultas con la nívea pluma
De tus alas, que tímido repliegas
Al resplandor de la Belleza Suma;
Si, anonadado y confundido, llegas
A juzgar tu inefable melodía
Indigna de subir al trono santo
Del increado Creador de todo,
¿Podrá mi lengua de terreno lodo
Modular digno canto,
Ni acordes hallará la lira mía
Para ensalzar al Hijo del Eterno

(1) Composición premiada en el Certámen literario, científico y artístico celebrado en Granada en Junio de 1900.

Que, velando su gloria y su hermosura,
Baja del hombre á la mansión oscura
Para ser de mi amor mendigo tierno?

¡Mendigar Dios mi amor!... Alce la frente,
Y abarcando los orbes mi mirada,
Admire la grandeza omnipotente
Que arrancó tantos mundos á la nada.
Esa región del insondable espacio
Que al fulgor de las vívidas centellas
De miriadas de soles y de estrellas
Finge un piélago inmenso de zafiro
Manchado con islitas de topacio;
Ese abismo de luz que absorto miro,
Bóveda hermosa de ideal palacio,
No es más que el polvo del brillante suelo
Donde se alza infinita
La diamantina cúpula de un cielo
Que el soberano Creador habita.

Numen supremo, á cuya voz se inflaman
De la nada los senos impalpables,
Y surgen tantos seres admirables
Que tu poder y tu bondad proclaman:
¿Quién al ver tanta luz no se extasía?
¿Quién al ver tu bondad no se enamora?
¿Quién tu poder sin límites no adora?
¿Quién niega tu inmortal soberanía?

¡Yo creo en tí, Señor! Tu diestra mano
Me arrebató potente

A las entrañas de la nada oscura,
Y un rayo de tu gloria orló mi frente
Para ser de los orbes soberano.
Tú imprimiste en mi ser tu imagen pura
De donde brota creadora idea,
Y me diste, Señor, la luz radiante
Que en mi inquieta pupila centellea,
Y este fogoso corazón gigante
De excelsa aspiración, de excelso anhelo,
Capaz de ambicionar tu mismo cielo.

Siendo tú de tu gloria inmenso abismo
Que en la plena explosión de la ventura
Te gozas contemplándote á tí mismo,
¿A qué hiciste, Señor, tanta hermosura?
¿A qué á mí, tan pequeña criatura,
Me ungiste Rey del universo mundo?
¿Acaso necesitas
De mi ser infecundo
Para aumentar el piélago profundo
De tus propias delicias infinitas?
¿Puedo añadir ni un átomo de gloria
A la gloria suprema de tu nombre?
¿Quién eres tú, Señor, y quién el hombre?

¡Y el mísero gusano de la tierra,
De tu amor esquivando el suave yugo
Que en sí la vida y la ventura encierra,
Osó un día ofenderte,
É insensato le plugo

Entregarse al dominio de la muerte!
¡¡Pecó!!... Las fauces del hediondo averno
Abriéronse con sed devoradora,
Cráter horrible de volcán eterno
De llamas y de noche aterradora.
Oscilando en la sima del infierno
Se ve la Humanidad. El fiero monstruo,
El gran tirano de la grey precita
Enemigo protervo de tu nombre,
Con sañudo placer se precipita
A sepultar al hombre
En el horror de su mansión maldita.
«¡Ha pecado! rugió en su paroxismo;
¡Cumpla su fallo tu Justicia fuerte;
Húndase para siempre en el abismo!»

Es firme, inapelable tu sentencia,
Inflexible el rigor de tu Justicia:
Ninguna expiación la hará propicia
A trocar su rigor en indulgencia.
¿Qué harás, Señor? El báratro profundo
Te conjura y reclama su victoria.
Si el ser justo es la esencia de tu gloria,
¿Cómo salvarse el miserable mundo?
¡Dios de amor! ¡Dios de amor! Yo me confundo:
Ahora sí que mi lengua queda muda,
De tu amor contemplando lo infinito:
¡Luzbel reprime su ambición sañuda!
¡¡Tú cargas con la pena del delito!!

Te veo descender del alto cielo
Donde eres de los ángeles encanto,
Y, ocultando tu gloria con el manto
De las miserias del humano suelo,
Nacer en un pesebre. ¡Tú, Dios mío,
El solo grande, el poderoso, el santo,
En un establo tiritar de frío!...
¡Oh! ¿quién soy yo para que me ames tanto?

Del hórrido pecado engendro infame,
El hijo de la ira y de la muerte,
Indigno de invocarte y conocerte,
Y más aun de que tu pecho me ame.
Mas tú te apiadas de mi triste suerte,
Y por mi amor en arrebato tierno
Contra tí vuelves el tremendo juicio,
Y víctima inocente, escarnecida,
Te ofreces en sangriento sacrificio
Para librarme del perpetuo infierno
Y darme con tu muerte eterna vida.

¡Oh vértigo de amor!... ¡tragedia horrible!
¿Mi Dios, el ofendido Omnipotente,
Expiando mi culpa aborrecible?
¿Morir en una Cruz, hostia inocente,
Quien da á la Creación vida y aliento?...
¡Morir al Juez le plugo,
Y dejó que el infame delincuente,
El reo digno de eternal tormento,
Fuera ¡pásmese el cielo! su verdugo!!...

Contempladle del Gólgota en la cumbre
Escarnio y befa de la plebe impía,
Extinguida en sus ojos la alma lumbre
De los cielos delicia y alegría.
Miradle, confundido entre ladrones,
Las ansias devorar de la agonía,
Y su sangre verter á borbotones,
Y dar su vida por la vida mía.
¡Todo un Dios moribundo
Por rescatar un mundo!
¡Él, que puede al fulgor de su mirada
Aniquilar al orbe en un segundo
Y hacer brotar mil orbes de la nada!

Ya estás en tu Justicia satisfecho:
Con tu sangre mis culpas has pagado:
Con tu muerte tu gloria me has comprado:
¿Has podido hacer más que lo que has hecho?
Si aun fuera poco, tu abrasado pecho
Inventó de su amor heroica muestra,
Y nos legaste el sin igual derecho
De que fuera tu Madre madre nuestra.
¡Oh legado sin nombre
Que el cielo envidiaría!
La pura y tierna y singular María,
La elegida del Verbo al hacerse hombre,
La que es Madre de Dios... ¡es madre mía!

¡Basta, basta, Señor! ¿más todavía?
Señor, ¿no has apurado

De tu amor infinito el hondo abismo?
¿No has querido tú mismo
Morir por el malvado
En holocausto ante el Eterno Padre?
¿Qué falta, si por darme hasta me has dado
A tu Madre amantísima por madre?

Quedarte en inefable Sacramento,
Inmolarte mil veces cada dia
De tu amor en el Gólgota incruento,
Elegir por morada el alma mía,
Ser tu cuerpo y tu sangre mi alimento.
¡Oh milagro de amor inconcebible
Que supera al misterio del Calvario!
¡Jamás, ni un sólo instante abandonarme!
¡Encerrarte por siempre en el Sagrario!
¡Fundirte con mi ser, deificarme!!..

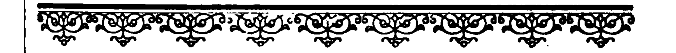
«Acércate, mortal: todo me entrego
En aras de tu amor; tu amor mendigo;
Quiero abrasarte en mi amoroso fuego;
Son mis delicias habitar contigo.
Ven; soy tu padre, tu mejor amigo;
Soy de venturas manantial fecundo;
¿Quién amarte podrá del mismo modo?
¿A qué buscas placeres de ese mundo,
Si teniéndome á mí lo tienes todo?»

¡La excelsa Majestad, el Soberano
De cielos y de tierra;

El que tiene los mundos en su mano;
El que la suma plenitud encierra,
Mendigando el amor de este gusano!
¡Oh delirio de amor! ¿no me enajeno?
¿Que un Dios se humille y que mi amor demande?
¿Y habrá pecho, Señor, que no se ablande
Al verte suspirar, de amores lleno?
¿Quién no te teme, oh Dios, siendo tan grande?
¿Quién no te ama, Jesús, siendo tan bueno?

Dame amarte, Señor, como quien eres;
Abráseme el volcán de tus amores;
Que yo en tí viva, pues que tú lo quieres;
Que tú en mi corazón por siempre mores.
Hijo soy de tu sangre y tus dolores;
No me falte jamás tu amor ardiente;
Y, al terminar mi vida transitoria,
Anéguese mi ser eternamente
En el mar sin orillas de tu gloria.





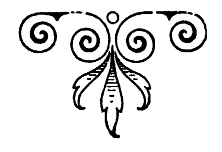
¡VIVA LA PILARICA!

Exclamación sacrosanta:
Símbolo de la ternura
Que atesora la fe pura
Del sencillo aragonés:
Grito del alma salido,
En que se ve condensada
Una epopeya cantada
De los siglos al través.

Grito que al salir del pecho
Le agiganta y le sublima:
Grito que lleva á la cima
Del más heróico valor.
Conjuro á cuya influencia
El débil cobra arrogancia,
Y Zaragoza es Numancia,
Y un baturro un Campeador.

Contad que bramando el Ebro
Hizo enmudecer al Sena

Y una mujer, de fe llena,
Supo al francés humillar,
Y os dirá un zaragozano:
—«¡Otra qué...! yo hago lo mismo:
¿Quién no llega al heroismo
Con la Virgen del Pilar?»



Á LA VIRGEN DEL CARMEN

Benditísima Virgen del Carmelo,
Iris perenne de eternal bonanza,
Reina del mundo, Emperatriz del Cielo,
Tesoro inagotable de consuelo,
Del mísero mortal bella esperanza.

Tu nombre invoco en tan solemne día,
Porque es tu dulce nombre, Virgen pura,
Sagrado talismán de mi alegría:
Basta á mi labio pronunciar *¡María!*
Para en gozo trocarse mi amargura.

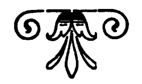
¡María!... calma del humano anhelo:
¡María! .. sin igual, bendito nombre;
Antídoto que endulza el triste duelo;
Fúlgida estrella que conduce al cielo;
Lazo de unión entre el edén y el hombre.

¿Cómo no, si eres, celestial Señora,
El arca sacratísima que encierra
Cuantas gracias sin fin Dios atesora?
¿Si Tú eres el refugio del que llora
Sumido en las miserias de la tierra?

A tus plantas, Señora, me dirijo,
Rasgado el pecho por la pena impía;
Si es que recuerdas que Jesús te dijo,
Pendiente de la Cruz, *¡Ese es tu hijo!*,
Muestra que eres mi madre, madre mía!

¡Muestra que eres mi madre! Cuando insano
Me atormente el punzar de los abrojos
Que el curso cubren del vivir humano,
No desoigas mis ayes .. ¡Que no en vano
Hacia Tí vuelva los dolientes ojos!

Sólo en Tí su esperanza deposita
Quien sólo de Tí espera su consuelo.
Escucha mi oración, Virgen bendita,
Y haz que en el Cielo, como aquí, repita:
¡Gloria á Dios en la Virgen del Carmelo!





EL ESPEJO Y LA LUCIÉRNAGA

(FÁBULA)

Cierto pedazo de espejo
A una luciérnaga dijo:
—«¿Qué vale, según colijo,
Tu luz para mi reflejo?
Triste... exigua... ¡eso no es nada!
Deja que el sol se levante
Y me verás tan brillante
Que cegarás deslumbrada.»
La luciérnaga modesta,
Al verse con tal desprecio
Criticada por un necio,
De este modo le contesta:
—«Cierto es. Mas deja que arguya
Que, aunque obscura, como soy,
Es mía la luz que doy,
Y la que das tú, no es tuya.»

Al plagiario que censure
Mi idea y forma sencilla,
Le cuento esta fabulilla
Para que nunca murmure.



Á MARÍA EN SU NATIVIDAD

VIRGEN sobre todas bella,
Virgen sobre todas pura,
La más gentil criatura,
Delicia de todo un Dios:
Á celebrar hoy tu día
Va mi espíritu absorbido,
De tus gracias atraído
Y de tu dulzura en pos.

No puede crear el Cielo
Una Raquel más hermosa,
Ni concepción más preciosa
Puede en la mente caber.
Para darte la existencia
Plugo al Increado Numen
Agotar todo el resumen
De su infinito poder.

En tu presencia, María,
Pierden su encanto las flores;
Luto son los resplandores

Del matutino arrebol:
Y no brillan las estrellas,
Y la luna palidece,
Y hasta sombra me parece
La fulgente luz del sol.

Las bellezas más sublimes
Que atesora el Paraíso
Dios para formarte quiso
En una sola juntar.
Y en tí el Señor reflejando
La esencia de su hermosura,
Naciste tú, Virgen pura,
Sumo prodigio sin par.

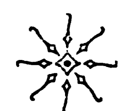
Bendita sea, Señora,
Tu aparición en la tierra.
En tí, María, se encierra
Nuestra dicha y nuestro bien.
Portadora de la vida,
Arca de eterna alianza,
Iris de hermosa esperanza
Que nos conduce al edén.

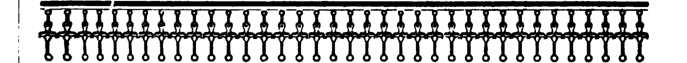
Bendita seas, Señora,
Corredentora del hombre:
Virgen, cuyo dulce nombre
Es de consuelo un raudal.
Madre del Amor Hermoso,
De Dios Madre y madre mía,

Sé mi bien, mi luz, mi guia
En este valle mortal.

Y pues sabes, Madre tierna,
Cuánta es la humana amargura;
Tú que sabes, Virgen pura,
Cómo pena un corazón,
No desoigas mi plegaria;
Te lo suplico de hinojos;
Torna, María, los ojos
Hacia mí con compasión.

Para tu adorada imagen
Siempre, siempre, desde niño
Con ternísimo cariño
Guarde en mi pecho un altar.
No me olvides; sé el refugio
De este pecador que llora,
¡Tú, madre mía y Señora,
Que sabes lo que es llorar!





EL MAYOR HÉROE

CONTEMPLO los laureles que en la guerra
Conquistaron invictos campeones:
Ante César rendirse las naciones,
Ante Alejandro enmudecer la tierra.
Genios fueron los fuertes Escipiones,
Gigantes los Aníbales valientes,
Colosos los soberbios Napoleones,
A cuyos nombres infinitas gentes
Temblorosas doblaron la rodilla
Y prosternaron las altivas frentes.

Mas ¿qué fué su poder, su inmensa gloria?
Su gloria... sombra vana;
Manchas de sangre su borrosa historia,
Y toda su memoria
Triste expresión de la miseria humana.
Tantas hazañas que inspiró el orgullo
¿Qué bienes produjeron? ¡un tirano!
De llanto universal sordo murmullo,
Férreas cadenas do gimió el humano!

No llaméis grande al que lanzó iracundo
Sobre pueblos los rayos de la guerra,
Sembrando de cadáveres la tierra
Para erigirse en dictador del mundo.

Tan sólo es grande quien los vastos mares
Cruza, de fe y de caridad henchido,
Y tras rudos azares
Penetra en los recónditos aduares,
Doquier llevando con heroico celo
El amor y la paz, la luz del cielo.

Tan sólo es grande quien, el alma llena
Del purísimo afecto en que se inflama,
Salva huracanes de abrasada arena
Y á la cabaña del salvaje llama.
«Soy tu hermano, le dice; si es preciso
Vierta mi sangre tu robusto brazo;
Vengo á darte un abrazo
Y á mostrarte un eterno Paraíso.
Yo te perdono; hiere; caiga inerte
Mi cuerpo tinto en sus raudales rojos;
El vapor de mi sangre abra tus ojos,
Y tu dicha sin fin sea mi muerte.»

Grande, sí, grande el que escudado sólo
Con un amor sin límites, profundo,
Vuela de polo á polo
Luz esparciendo por la faz del mundo.
Quien da sustento al infeliz mendigo,

Quien del indio ilumina la conciencia,
Quien despierta la ciega inteligencia,
Quien proporciona al miserable abrigo.
Quien es un foco de virtud y ciencia,
Quien tiende á todos su bendita mano,
Y al pobre encarcelado llama amigo
Y al bárbaro verdugo llama hermano.

Grande, sí, grande quien con alta mira
Rompiendo las esferas de lo humano,
De sí mismo es tirano,
Y sólo al bien de los demás aspira.
¡Renunciar á los goces de este suelo!
¡Sacrificar su vida y propia gloria!..
¡Esta sí que es victoria!
¡Vencer al mundo y conquistar el cielo!

Conjúrense en bastardo maridaje
El torpe error y la impiedad maldita;
Redoble la calumnia su coraje;
El heroico valor del Jesuíta
Descuella más radiante y majestuoso.
¿Qué consigue el furor del oleaje?
¡Cantar la fortaleza del coloso!

Rompa el error y la impiedad sus vallas;
Desátese Satán; sus furias crezcan;
No importa que los malos te escarnezcan;
Si aborrecen al Dios de las batallas,
Justo es que á sus soldados aborrezcan.

¡Soldado de Jesús!.. ¡sigue adelante!
En el cielo te espera una corona.
¿Dónde un héroe mayor? Si no es bastante
Lo que tu ciencia y santidad abona
Para admirar tu espíritu gigante,...
¡El odio del malvado lo pregona!

El nombre al celebrar del gran caudillo
Que te alienta del mundo en la campaña,
Quiero apropiarme de tu gloria el brillo;
Porque es mi orgullo y complacencia extraña
Poder decir altivo: Esa aureola
Que ostentan los soldados de Loyola...
¡Es la gloria de un hijo de mi España!





¡MARÍA! [1]

AL NIÑO ANTONIO DE BARRERA É IBARRECHE

Quam pulchra es, amica mea, quam pulchra es.
(Cant. cant. IV, 1.)
Post te curremus in adorem unguentorum tuorum.
(Ibid. I, 3.)

¡MARÍA!... dulce, sacrosanto nombre,
Venero inagotable de ambrosía;
Para el cuitado corazón del hombre
Cifra preciosa del placer. ¡María!

¡María!... tema de mis tiernos cantos;
Mágica voz que el pecho me dilata;
Tesoro de mis célicos encantos;
De gracias asombrosa catarata.

Bendito nombre que aprendí de niño
De labios de mi madre, allá en la cuna,
Y el objeto formó de mi cariño
Y fué siempre mi norte en mi fortuna.

---

1 Composición laureada en el Certamen celebrado por la Academia Bibliográfico-Mariana de Lérida en 1901.

Cuando la suerte me brindaba flores,
A tí volvía los risueños ojos;
Y á tí alzaba, María, mis clamores
Si las flores trocábanse en abrojos.

Y las flores tornábanse más bellas
Al trasladarlas á tu seno caro,
Y aun dulces se trocaban mis querellas
Al confiarlas á tu amante amparo.

Porque todo lo endulza y embellece
El plácido fulgor de tu mirada.
De amor el alma mía desfallece
Tu belleza al cantar, madre adorada.

No hay mérito en mi afán de bendecirte
Pues recibo ya el premio en alabarte:
Si no hubiera más gloria por servirte,
Bastárame el placer que hallo en amarte.

Te amo, María, con filial anhelo;
Más que puede expresar mi voz terrena.
¡Qué hermoso debe ser verte en el cielo,
Cuando sólo el pensarlo me enajena!

¿Cómo no, si eres, virginal Señora,
De las gracias divinas espejismo;
Si eres luz que á los cielos enamora,
Si eres gloria y delicia de Dios mismo?

Hermosura, virtud..... perfección rara;
Compendio de grandezas acabado:
El límite supremo que separa
La increada existencia y lo creado.

Ser, en todo, sublime y peregrino;
Imagen fiel de la infinita esencia;
Bello prodigio del saber divino;
Alarde de la Suma Omnipotencia.

Del cielo los más altos moradores
Si á la Eterna Beldad la vista giran,
Cegados por tan grandes resplandores
A tí se vuelven y en tu ser la admiran:

Hija bendita del Eterno Padre,
La más santa y más pura y más hermosa:
Del Hijo venerada Virgen Madre;
Del Paracleto regalada Esposa.

Las bellezas de cielos y de tierra
Por su Reina proclámante de hinojos:
Cuanto la inmensa creación encierra
No vale una mirada de tus ojos.

De todos los portentos un portento
De tal sublimidad eres, María,
Que ni puede abarcarlo el pensamiento
Ni lo puede soñar la fantasía.

De Dios reflejo y vívida centella,
Él en tu hermosa concepción se encanta.
Después del mismo Dios, sólo tú bella;
Después del mismo Dios, sólo tú santa.

¿Quién podrá con terrenas expresiones
Ensalzar tus virtudes, ni qué labio
Ponderar tan sublimes perfecciones?
¡Solamente intentarlo fuera agravio!

Agravio es que te llame este poeta
Castísima azucena sin mancilla;
Por lo humilde, escondida violeta;
Paloma, por lo tierna y lo sencilla.

Agravio fuera comparar, Señora,
Tus virtudes con nada de este suelo:
Virtudes cual tu ser las atesora,
No las hay, sino en Dios, en todo el cielo.

El paraninfo que á la tierra umbría
La embajada mayor trajo consigo,
Sólo supo decir: *¡Ave, María!*
¡Llena de gracia estás: Dios es contigo!

Y tú al oir al refulgente paje
Que tu divina dignidad alaba,
Cúmplase en mí tu divinal mensaje;
Hé aquí, dices, *del Señor la esclava.*

Y tiemblas como la alma sensitiva
Al beso de la brisa rumorosa,
Y el rubor, que encendido te cautiva,
El nácar de tu faz convierte en rosa.

¡Esclava te reputas, la más santa,
La bendita entre todas las mujeres!
¡Y aun tu divina dignidad te espanta
Si no has de ser tan pura como lo eres!

¡Oh rasgo de humildad jamás oído!
¡Oh castidad de sin igual belleza!
¿Por cuál más al Señor has atraído:
Por tu grande humildad ó tu pureza?

Tu Fe con inefables resplandores
Sublima tu Esperanza: y en tu seno
Obrando el que es Amor de los amores,
De Caridad tu ser quedóse lleno.

Y abrazaste con la honra el sacrificio:
Si el ser Madre de Dios suma honra era,
Suma pena será ver el suplicio,
Colmo de horrores, en que tu hijo muera.

Pero en todo con Dios te identifica
La viva llama de tu amor profundo,
Y ansiarás, si Jesús se sacrifica,
Morir también por rescatar al mundo.

No habrá nunca pinceles ni colores
Que pinten de esta bella criatura
El cúmulo infinito de dolores:
¡La llama el mismo Dios *Mar de amargura!*

Contempladla en la cumbre redentora;
Vedla, al pie de la Cruz, yerta y transida.
¡Vé morir á Jesús que tanto adora,
Y aun le queda el dolor de estar con vida!

¡Oh casta virgen, sobre todas pura!
¡Oh dulce madre, sobre todas tierna!
¡Espejo de la Ingénita Hermosura,
Reflejo fiel de la Virtud Eterna!

Tu virtud, de belleza clara fuente,
No es ficción de exaltada fantasía;
¿Quién jamás la soñó? virtud viviente
De viviente Verdad que al cielo guía.

A tí corremos los del bajo suelo
Tras el olor que tu virtud derrama:
Asiento de Verdad, Puerta del cielo,
¡Dichoso aquel que te conoce y ama!

Concepciones del arte descreído,
Hechizos que inventó la musa griega,
Cuanto el genio del hombre ha concebido
Y deslumbrante á la mirada ciega.....

Bellezas sin virtud, torpe mentira,
Huid, huid lejos de mí en mal hora:
Nada decís al alma del que os mira:
Nada decís al corazón que llora.

No se aspira en vosotras ese ambiente
De dulce afecto, de anhelada calma;
Dejáis febril á la extraviada mente,
Inquieto al corazón, helada al alma.

Sólo son las virtudes de María
Perfecta plenitud de la grandeza,
Raudal de inspiración y poesía,
Abismo de verdad y de belleza.

Por eso gozo cuando yo te canto;
Por eso espero cuando á tí suspiro;
Por eso, Virgen santa, eres mi encanto
Y en tí la estrella de mi dicha miro.

Por eso te amo con filial anhelo
Más que puede expresar mi voz terrena.
¡Qué hermoso debe ser verte en el cielo,
Cuando sólo el pensarlo me enajena!



AL PIE DE LA CRUZ[1]

Mulier, ecce filius tuus.
(Joann. XIX, 26.)

¡Cuadro de horror que aterra á la Natura
Y al alto cielo de estupor suspende!
¡Clavado en cruz, agonizante pende
Todo un Dios saturado de amargura!
Hostia propicia ante el Eterno Padre
Y en suplicio el más bárbaro y prolijo,
Ve morir á su hijo
María, la más tierna y santa madre.
Jesús en ella fijo
Y ella fija en Jesús, son sus amores
Mutuo resorte del penar profundo:
Que, al mirarse, acrecientan los dolores
De un martirio sin nombre y sin segundo.

¡Pobre madre!... retuércese transida
En los espasmos del dolor. Quisiera
Mil veces dar la vida
Y alejar de Jesús la muerte fiera.

---

[1] Composición que mereció accésit en el Certamen celebrado por la Academia Bibliográfico-Mariana de Lérida en 1901.

Heroico afán que en su impotencia hiere
Al pecho maternal con nueva espada;
¡Y aun le queda á la madre desolada
El dolor de vivir, viendo que muere
La prenda de su amor, prenda adorada!

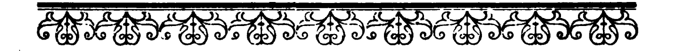
Yo fuí el sayón que desgarró sañudo
El cuerpo de esa víctima inocente;
Yo quien de espinas coronó su frente
Y en ese leño le clavó desnudo.
Yo el miserable que en su furia pudo
Ese rostro escupir, que el cielo adora;
Yo hendí sus carnes y rasgué sus venas;
Yo soy, dulce Señora,
La causa de su muerte y de tus penas.
¿Qué merece mi infame alevosía?...
. . . .
¡Y Jesús, olvidando su agonía,
(¡Oh castigo de un Dios para el malvado!)
Teniendo el rostro fijo
En mí, representándome el Amado,
Mira, *mujer*, te dijo,
Le encomiendo á tu amor: *ese es tu hijo!*

¡Oh dolor de infinita tiranía!
Morir por mi pecado á Cristo plugo,
Y quiere ¡oh sacrificio de María!
Que le reemplace en el amor materno
Un monstruo de impiedad, su cruel verdugo!
¿Yo en lugar de Jesús, de tu hijo tierno?

¿Yo de tu amor objeto peregrino?
¿El reo del infierno
En el santuario del amor divino?...
Venza el amor á tu indecible pena;
Y pues Jesús lo ordena
Y es su amor el amor de tus amores,
Por hijo adopta al pérfido asesino:
¡Hijo soy de tus penas y dolores!

Soy tu hijo, Señora;
Hijo que, lleno de dolor, contrito
A tus plantas implora
El perdón de su crimen infinito.
Perdónale, María;
Al verte llorar, llora;
Perdona á este tu hijo, Madre mía.

¡Virgen de los Dolores!
Ya que al llorar santificaste el llanto
Y es el llanto el imán de tus amores,
Contempla mis contínuos torcedores.
No me abandones al mortal quebranto;
Y pues tanto llorar y amargo duelo
Te costó reengendrarme para el cielo,
Defiéndeme, María;
Resguárdame en los pliegues de tu manto;
¡Muestra que eres mi Madre, Madre mía!

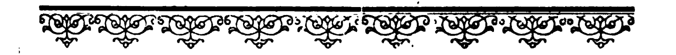


YO, PECADOR.....

—PADRE: Yo me confieso; perdón imploro.
En el nombre bendito del Dios que adoro
Concededme, os lo ruego, plena indulgencia
E imponed á este ingrato la penitencia.
—Vete en paz; yo te absuelvo, pues te arrepientes
Y el haberle ofendido tanto lo sientes.
Dirás en penitencia durante el día
Diez veces á la Virgen: *Ave, María.*
—¿Qué me decís, oh Padre?
—Hijo, que reces
Hoy el *Ave María* sólo diez veces.
¿Te parece eso mucho?
—Me volvéis loco;
¿Esa es la penitencia?
—Pues es bien poco.
Del infierno eras digno, pobre cuitado!...
—¿Que salude á la Virgen? ¿yo que he pecado
Y merezco el infierno?... ¡Dios de clemencia!
¡¡Si eso es darme la gloria por penitencia!!
Venid, venid á Cristo los pecadores:
¡Mirad si Dios es bueno, si es todo amores!

Enclavado y sin sangre por mis agravios,
Hasta en hieles amargas mojó sus labios;
Y Él me impone, en retorno, por esas hieles
Que pronuncie yo un nombre que sabe á mieles!
¡Que salude á la Virgen, su madre pura,
Y el nombre de María, todo dulzura,
Almibare mis labios con su ambrosía!...
¡Oh, qué dicha! ¡mil veces *Ave María!*
¡Y mil veces bendito, Dios de clemencia,
Que me dais miel del cielo por penitencia!





LA VOZ DE MI MADRE

Entre las luchas de la humana vida,
Herido el corazón, doliente el alma,
Un dulcísimo acento me convida
Con dicha eterna, con perenne calma.

«Sube—me dice;—tu infinito anhelo
»No se sacia en un valle de amargura:
»Sube á la cumbre del celial Carmelo;
»Sólo aquí encontrarás paz y ventura.

»Aquí se ensancha el corazón humano
»Y vivífico aroma se respira.
»¡Oh qué cerca está el cielo soberano!
»¡Qué estrecho el mundo desde aquí se mira!

»Sube, si quieres, como yo lo quiero,
»Que el sombrío dolor no te circuya;
»Si ansías ser feliz, sube; te espero;
»Soy la Madre de Dios y Madre tuya.»

¿Mi Madre?... ¡Sí, mi Madre cariñosa!
La predilecta del Eterno Padre,
La que es del Paracleto amada Esposa,
La Madre de mi Dios... ¡esa es mi Madre!

¡Mi Madre! envidie mi inefable suerte
El cielo que por Reina te venera.
Aunque de niño comencé á quererte,
Amarte más y más mi alma quisiera.

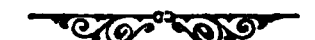
¡Madre mía! Permíteme, Señora,
Que así te llame siempre noche y día:
¡A un pobre pecador que tanto llora
Le es tan dulce llamarte *¡Madre mía!...*

¡Madre mía! Tú sabes que te adoro
Porque eres quien ahuyenta mi quebranto;
Porque siempre de amor hallé un tesoro
Escondido en los pliegues de tu manto.

¡Madre mía!... que siempre lo repita,
Y en tu amor maternal mi ansia se apague,
Y en tu amor, de placer fuente infinita,
De infinitas dulzuras me embrïague.

No halle límites, Madre, mi ternura;
Crezca mi amor en perdurables llamas;
Y en tu amor condensando mi ventura,
No te deje de amar como tú me amas.

Pronuncie yo tu nombre en mi agonía:
¡Que tu nombre bendito, Madre tierna,
Más que bella esperanza, es garantía
De eterno cielo de ventura eterna!



LAS VEJIGAS

(FÁBULA)

A un fanfarrón, por apuesta,
Le dijo un viejo de seso:
—Te doy diez libras de peso
Y no subes esa cuesta.

—¡Vaya! exclamó el petulante;
Cargadme cien, si queréis,
De cualquier modo, y veréis
Cómo subo en un instante.

—Toma, replicó el anciano,
Cien vejigas de aire llenas;
Poco pesan, pues apenas
Siento su peso en la mano.

Cargó con ellas el mozo,
Y, ciego en su petulancia,
Con enfatuada arrogancia
Subía lleno de gozo.

Aplaude uno, después ciento,
Valentía tan supuesta;

Y le ven subir la cuesta
Con tan bravo cargamento.

Á la cumbre sin fatiga
Llegaba ya... cuando fuerte
Sopló el cierzo de tal suerte
Sacudiendo las vejigas,

Que el fanfarrón perdió el tino;
Burlóse la muchedumbre,
Y rodó desde la cumbre
Revuelto en su torbellino.

Aprenda bien este cuento
Aquel que escritor se llama
Y osa subir á la fama
Con libros llenos de viento.





EL PERIODISTA CATÓLICO

Si San Pablo volviera al mundo, sería periodista.
(Monseñor Keteller).

¡OH siglo diez y nueve! coloso de la Historia,
Pigmeo en tus venturas, gigante en tu ambición:
Tan grande en tus miserias cual en tu excelsa gloria,
De luz y de tinieblas revuelta confusión.

Soberbio en tus conquistas, de los futuros pasmo,
Y mudo ante el misterio que tu razón no ve,
Convulso te retuerces en agitado espasmo
Rugiendo con la duda, cantando con la Fe.

No puedo definirte, porque eres un abismo
Donde reluchan ciegos el odio y el amor,
Y mézclanse en vorágine de crimen y heroismo
El barro de la tierra, del cielo el esplendor.

Mas ¡ay! que en el combate del lodo con el alma
Un grito prepotente repite la impiedad;
Y vibra el crimen rudo la victoriosa palma,
Y hiélanse desnudas la Fe y la Caridad!

Al tiempo en que el tirano promulga inicuas leyes,
Levántase del pueblo la sorda indignación;

Y estalla la anarquía contra los altos reyes,
Minando los cimientos de toda institución.

Las turbas se concitan feroces y harapientas
Dando alas al deseo, como alas al pensar;
Y hollando la Justicia, desbórdanse sangrientas
A demoler altares y tronos derrumbar.

Y hermanos con hermanos, rindiendo infame culto
Al egoismo impío, del torpe goce en pos,
Guerrean traicioneros; y el crimen queda inulto,
Y el mundo al cielo escupe moviendo guerra á Dios.

Mas Dios suscita genios de férrea fortaleza.
Sin más armas ni escudo que la invencible Cruz,
El escritor católico levanta la cabeza,
Contra el error lanzando torrentes de alba luz.

Y, conminando, yérguese contra el feroz tirano,
Las leyes repitiendo del santo Sinaí:
«¡Dios es Rey de los reyes, de todos soberano;
Tú existes para el pueblo, no el pueblo para ti!»

Y luego con sus voces al popular tumulto
Atronador se impone, cual genio superior;
Y ahogan sus acentos el infernal insulto
Que el desenfreno intenta lanzar al Creador.

No tiembla ante las iras que con su voz provoca,
Ni humíllase ante el déspota, ni teme á bajo ardid;

Por Dios y por la Patria, que de continuo invoca,
Luchando va sin treguas, intrépido adalid.

Imagen de un apóstol, él es la sal del suelo
Que evita entre los hombres la insana corrupción;
El faro de los pueblos, el porta-voz del cielo,
Del general concierto motor é inspiración.

La prensa es la palanca más grande y la más fuerte;
El eje en donde gira la sociedad actual:
Ella es germen de vida; ella es causa de muerte;
De bienes portadora, generatriz del mal.

Por eso el periodista católico merece
Loor de quien camina de la Justicia en pos:
¡Ay del que le amordaza, calumnia y escarnece!
¡Reo es de lesa patria; conspira contra Dios!!

Alienta en los combates, oh Santo Salesiano,
Al campeón que lidia por la inmortal Verdad,
Y cuando caiga herido sosténgale tu mano,
Y á Dios contigo cante por una eternidad.





AL CORAZÓN DE JESÚS

¡Oh Corazón de mi Jesús bendito,
Abrasado en amor por los mortales:
Manantial de esperanzas eternales,
De venturas sin fin centro infinito!

Tú expiaste en la cruz nuestro delito,
Abriéndonos las puertas celestiales;
Tú rompiste los hierros y dogales
Con que al mundo amarró dragón precito.

Si tuyo es todo el mundo y Tú le has hecho,
¿Quién por Rey absoluto no te aclama?
¿Quién tiene más legítimo derecho?

Si es tu ley toda amor ¿quién no se inflama?
¡Reina, reina, Jesús, aquí en mi pecho!
¡¡Sólo sea mi Rey quien tanto me ama!!





AYES DE ULTRATUMBA

I

¡Ay de mí! Viví afanosa
Con mil cuidados prolijos
Sacrificada á mis hijos
Y á mis deberes de esposa.
Recuerdo eterno en mi losa
Grabaron cuando morí:
¡Eterno recuerdo, sí,
Á tan buena esposa y madre!...
¡Y ni los hijos ni el padre
¡Ay! se acuerdan ya de mí!!

II

Su suerte unida á mi suerte,
Fué la ilusión más querida;
Por hacer feliz su vida
Desafiara á la muerte.
Si yo llegase á perderte
¿Podría vivir sin tí?
Así decía; morí,
Y fué inmenso su dolor;

Pero mi esposa, mi amor,
¡Ay! no se acuerda de mí!

III

Era toda su alegría
Y el encanto de sus ojos,
Y al enterrar mis despojos
¡Qué de lágrimas vertía!
Yo creí que se moría
El día que me morí.
¿Olvidarme yo de tí,
hijo de mi corazón?
Así dijo en su aflicción,
Y... no se acuerda de mí!

IV

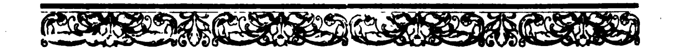
De sus empresas testigo,
De sus secretos arcano,
Más que amigo, era un hermano
Para mi querido amigo.
Su afecto para conmigo
Lo expresó cuando morí
En una corona así:
A MI AMIGO INOLVIDABLE.
Y aquel amigo entrañable...
¡Ay! no se acuerda de mí!

V

Así en doliente gemido
Pobres almas se lamentan;

Y sus angustias se aumentan
Viendo nuestro ingrato olvido.
¡Que al vibrar triste sonido
En los espacios desiertos
Para mantener despiertos
Recuerdos tan naturales,...
Hay desdichados mortales
Que no rezan por los muertos!



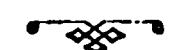


EL SABIO Y EL NECIO

(FÁBULA)

¡Eureka! Arquímedes grita
Lleno de alegría santa:
¡Venid á ver el prodigio
Que inventó mi ciencia vasta!
Un numeroso gentío
Súbito corrió á la plaza
Sediento de oir al sabio
Aquella invención tan rara.
Sobre un encerado entonces
Comenzó el sabio en voz alta
De su asombroso problema
A dar solución exacta.
Y lo hizo ver tan palpable,
Fueron las pruebas tan claras,
Que un necio exclamó enseguida
Con presuntuosa arrogancia:
—¡Puf!... eso es tan natural
Que cualquiera lo inventara.
¡Vaya un invento!... creí,
Como tanto cacareaba,

Que había encontrado el modo
De hacer letras en el agua.
Oyólo el sabio y le dijo
Con una sonrisa amarga:
—Si te parece que es poco
Mi invento, de buena gana
En el agua haré yo letras
Si en una cesta traes agua.
—Eso es pedir imposibles.
—Pues espera en hora mala;
Que pronto vuelvo y verás
Confundida tu ignorancia.
Desapareció el filósofo;
Quedó en silencio la plaza
Estupefacta de oir
Promesa tan extremada.
Presto volvió el gran Arquímedes
Con una cesta tapada
Y mostró al necio un gran hielo
Con estas letras grabadas:
Toda invención es muy fácil
el QUID *está en inventarla.*





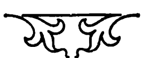
REINARÉ EN ESPAÑA

¡DIOS mío! por tu España se pasea
Ebria y procaz la *Libertad* tirana,
Y pone en manos de la turba insana
Ruda piqueta y destructora tea.

En ver cargar la mina se recrea;
En alentar á la impiedad se afana;
Y, de Tí blasfemando, mira ufana
Cómo la mecha de la mina humea.

¿Y habrás de consentir, Corazón tierno,
Que se hunda España y que menguados seres
Canten el triunfo del maldito Averno?

¡No! lo espero, Señor, por ser quien eres:
O Tú dejas de ser un Dios eterno,
O serás Nuestro Rey ¡porque Tú quieres!





¡QUÉ MIRADA..!

Mientras el aire hiende con eco funerario,
Como un quejido lúgubre, de la campana el son,
Para labrar á un muerto su lecho cinerario,
Glacial sepulturero desecha en el osario
Los huesos calcinados que arranca el azadón.

Me causa escalofríos la tétrica faena;
Los ecos que producen los huesos al chocar,
Son frases misteriosas que anuncian mi condena:
«¡Oh reo, sentenciado también á misma pena:
Mañana, no sé cuándo, aquí te han de enterrar!»

«¡Esto eres!», me repiten á cada azadonazo;
Los nervios se agarrotan y tiemblo de pavor.
De lo que fué mortaja despréndese un retazo;
Entre él y envuelto en tierra descúbrese un pedazo
De cráneo amarillento que exhala sucio hedor.

Alzó el sepulturero la horrible calavera;
Con impasible calma y estóica frialdad
Contémplala un instante de estúpida manera,
Y la golpea luego para que arroje afuera
El barro que rellena su vana cavidad.

Después... en el osario produjo ruido seco
Entre otras calaveras fatídica al caer.
Aun vibra en mis oídos aquel sonar á hueco,
Y repercute en mi alma, como un conjuro, su eco
Que me hace, al recordarlo, de horror palidecer.

Saltando entre otros cráneos quedó de tal manera,
Que sus vacías órbitas clavadas dejó en mí.
¡Parece que animada la fea calavera,
Helándome la sangre con su mirada huera,
Reíase del mundo, reíase de mí!...





¡OH... LA CIENCIA!

TALLE justo, inglesa bota,
Voz de atiplado sonido,
Cuello alto, lentes... denota
Ser todo un chico de *nota*
Por lo fino y re-la-mi-do.

Haciendo cien contorsiones
Y estudiadas cortesías,
Entra en los ricos salones
Donde da sus recepciones
La Marquesa ciertos días.

Este joven de *gran tono*
Locuaz á Darwin abona,
Probando á don Homobono
Que el hombre viene del mono
Y la mujer... de la mona.

— ¡Oh .. la ciencia!... El darwinismo
Está *haciendo gran furor.*

Vive en el oscurantismo
Quien el antropomorfismo
Ponga en duda; sí, señor.

Por propia generación
Y espontánea autogonía...
La fortuita vibración
De la materia en acción
Formó el prototipo un día.

Por mil causas cosmológicas
Convertido en chimpancé,
Cambió en series fisiológicas
Sus fases antropológicas,
Y el mono, al fin, hombre fué.

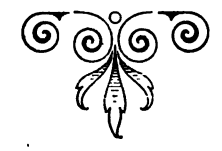
Es una ley permanente
La *caracterización;*
Ascendiente y descendiente
Variarán en accidente;
En esencia iguales son.

Y si no, don Homobono,
Fijad la atención en mí;
Y, como un cono á otro cono,
Me veréis igual al mono;
¿A que me véis? ¿á que sí?

Mamífero, vertebrado,...
Hasta mi ángulo facial,

Algo más perfeccionado,
Me hace, bien analizado,
En todo á un gorila igual.

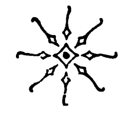
—Viéndote á tí me lo explico,
Respondió don Homobono,
Y de mi opinión no abdico:
¡Llevará un solemne mico
Quien no te tenga por mono!





EL DUELO

Que el duelo es reparador
Es salvaje disparate.
¡Buscar quien á uno le mate
Para vindicar su honor!
Si es que salgo vencedor,
¿Conseguiré ser decente,
Si no lo soy realmente?
Y si, siendo el ofendido,
Saco el cráneo dividido
¿Qué gané por imprudente?





LA ANUNCIACIÓN

¡MARÍA!... lleno el corazón del hombre
De inefable, purísima alegría,
Invoca tierno tu bendito nombre
Venero de sublime poesía.

De tus labios, dulcísima señora,
Pendió la dicha del esclavo suelo.
Tu lengua fué la llave que en buen hora
Abrió las puertas del perdido cielo.

«Hágase» dijo el Creador potente,
Y brotó de la nada la luz pura.
«Hágase» dijo tu bondad ardiente,
Y Dios bajó desde la excelsa altura.

Y así quebraste la servil cadena
Que al mundo en férreo lazo sujetaba,
Y en gozo se trocó la eterna pena,
Y libre fué la humanidad esclava.

¡Mísera humanidad! puesta de hinojos
Y de suprema gratitud rendida,
Torna á María los dolientes ojos,
Mar insondable de ventura y vida.

María fué la sonriente aurora
De un nuevo día, tras de luto eterno:
Ella fué de la gracia portadora,
Ella fué vencedora del infierno.

Arrebatados en absorto pasmo
En tan solemne y memorable día,
Repita nuestro férvido entusiasmo:
¡Salve, Madre de Dios! ¡Ave, María!





EL ETERNO POEMA [1]

¡Misero chi non ama!
(A. Manzoni.)

Alcese el genio y soberano gire
Por la más grande y levantada esfera,
Y á sus pies doblegado invicto mire
Cuanto contemple en su triunfal carrera.
Ciérnase audaz, cual águila altanera,
En el zenit del insondable abismo;
Ni á su vuelo raudal halle barrera
Ni lazos que no rompa su heroismo.
Ese genio, libérrimo, absoluto,
Jamás se verá libre de sí mismo:
Hostia de caridad ó de egoismo,
Al amor rendirá dulce tributo.

Que es la ley del amor tirana hermosa
Que todo lo subyuga y arrebata:
La expansion substancial do se dilata
La genitiva fuerza misteriosa.

[1] Composición que obtuvo la *Flor natural* en los Juegos Florales celebrados en Burgos el dia 4 de Julio de 1902.

¡Amor! ¡amor!... universal esencia
Donde la causa primordial anida:
El calor en que el germen de la vida
Se incuba despertando á la existencia!

Dejad, dejad que la exaltada mente
Como en alas de un vértigo inaudito,
Se lance con empuje prepotente
El piélago á sondar de lo infinito.
¿Veis las miriadas de átomos sutiles
Vibrando en incesante movimiento
En el rayo solar que se ha filtrado
En lóbrego aposento?
Añadid sin cesar miles y miles,
Y aun no habréis comenzado,
Lleno ya de fatiga el pensamiento,
Los soles á contar que en luz inundan
La insondable extensión del firmamento.

¡Abismos de grandezas y armonía
Do se pierde la humana inteligencia;
Arcanos de eternal sabiduría
Ante los cuales la terrena ciencia
Se humilla anonadada y se extasía!
¿Y dó el centro remoto
De la atracción universal? ¿en dónde
La primer fuerza del motor se esconde?
¿En dónde el punto cardinal ignoto
En que se apoya el eje que potente
Imprime giros en cadencia varia

A esa inmensa, compleja maquinaria?
¿Surgió al acaso la materia bruta,
Y ella á sí misma se prestó la fuerza
Que fatalmente su influencia ejerza
Y en rara cohesión y orden diverso
Los mundos eslabone
Y en su quicio mantenga al universo?

Todo pregona un Dios. Su hálito augusto
Fecundó las entrañas de la nada;
Brotó calor su divinal mirada;
Y á su acento robusto
De eterno, irresistible poderío,
La nada estremecida
Abrió su seno y ensanchó el vacío;
Nació la luz, y despertó la vida.

Todo es fruto de amor. Enamorado
De su propia hermosura, á Dios le plugo
Del amor doblegarse al blando yugo;
Y su amor, por sí mismo fecundado,
Brotó bellos amores,
Cual brotan de la luz los resplandores,
Y explosión de su amor fué lo creado.

¡Amor! ¡amor!... latido de ternura,
Espíritu vital del que recibe
Ser y energía cuanto alienta y vive
En los próvidos senos de Natura!
¡Oh llama bendecida!

Sin tí no se concibe
El risueño irradiar de la ventura:
Tú solo eres la vida:
Dios es de amor inextinguible hoguera:
Himno es de amor la creación entera.

Dios es amor; y de su amor destello
Es del orbe la mágica armonía:
Todo lo grande, lo inmortal, lo bello;
Lo que en la luz del refulgente día
Y de la noche en la sublime calma
Misterioso habla al alma,
Como habla al alma mía,
En el santo lenguaje
De la santa, impoluta poesía.
Dios es amor, y del amor sagrario.
¿Queréis un testimonio más cumplido
Que esas antorchas fúlgidas, inmensas,
Que simulan ser lámparas suspensas
De la cúpula etérea de un santuario?
¿Aun queréis más amor? ¿más todavía?...
¡Ved la sangre de un Dios, de amor vencido,
Enrojecer la cumbre del Calvario!!

¡Amor! ¡amor!... dulcísimo elemento
Do la vida se nutre y hermosea:
Ambiente universal donde aletea
La aspiración de cuanto tiene aliento.
El amor es al ser, como es al ave
El aura tibia y suave,

Como es al colorido
El rayo de la luz que le procrea,
Como el éter sutil es al sonido,
Como al pecho el latido,
Como es el verbo á la latente idea.

Arrancad el amor de cuanto existe,
Esa pasión que todo lo sublima,
Y el orbe tornaráse horrenda sima
De noche eterna, cuanto estéril, triste.
Sin esa hermosa, bendecida llama,
Repugna y se resiste
La existencia de Dios. Un Dios que no ama
Es negación del ser; absurdo fuera;
Sin arder en amor, Dios no existiera.

Y si Dios es amor, y quien más ama
Más á Dios se avecina,
Mirad al hombre que en amor se inflama:
Su amor ennoblecido le proclama
Augusto ser de filiación divina.
De Dios privilegiada criatura,
Como imagen de Dios, de Dios á ejemplo,
Su pecho abre al amor sagrado templo;
Y el corazón en holocausto santo
Abrásase en vivífica ternura,
Y el amor constituye su ventura,
Cifra de su ambición, todo su encanto.
Viviendo para amar, de amor fallece,
Y de ese fallecer vida recibe;

Fénix que en su ignición rejuvenece,
Muere de amores y de amores vive.

¡Que la vida es amar! Muerte ó victoria;
Pasiones que levantan ó deprimen;
Adelfa del dolor, laurel de gloria;
Acciones que ennoblecen y redimen.....
Su origen es amor, y amor su norte;
Una historia de amor es cada historia;
Todo, y á veces hasta el mismo crimen,
Señuelo que mintió calma y venturas,
En amor tiene su fatal resorte:
¡Que también el amor hace locuras!

¡Oh sol, testigo del nacer humano!
Tú que contaste la primera gota
Que vertió en su clepsidra el oceano,
Y verás consumirse, grano á grano,
El arenario que tus giros nota:
¿Qué fué la Humanidad? ¿cuál fué su infancia?
¡Con cuánta gentileza y arrogancià
Comenzando tu rápida carrera
Te erguiste de los astros soberano
En aquella mañana placentera!
Sorprendiste á la tierra sus hechizos;
Y al recibir con tu mirada pura
Tu sonrisa primera,
Encendióse el rubor de su hermosura;
Y al desatar tus rubicundos rizos
Y envolverla en tu hermosa cabellera,

Saltaron sus entrañas de ternura.
Y á tus gratas caricias despertaron
Los pájaros, las auras y las flores,
Y llenando el espacio de armonía
Y de nubes de aroma y ambrosía,
A ensayar empezaron
Un himno de infinita poesía.

En medio de concierto tan risueño
Que al mismo Creador embelesara,
Adán sacude el apacible sueño;
Y tierna y pura, de belleza rara,
Absortos de placer vieron sus ojos
La hermosa realidad que en dulce ensueño
El ángel del amor le revelara.
Gentil, encantadora criatura;
Gracioso alarde del poder divino;
Compendio delicado y peregrino
De todas perfecciones y hermosura.
Angel oculto en sonrosado velo
Tan bello como el alma que encubría;
Dulce perfume del amor del cielo;
Supremo encanto del terreno suelo;
Concreción de la excelsa poesía.

El primer hombre y la primera bella,
Cual de imán atraídos,
Se acercan; él y ella
En su mutuo embeleso sorprendidos,
Se miran sonrientes;

Y al chocar en el cruce sus miradas,
Establecen eléctricas corrientes
En sus pechos ardientes
Y en sus almas de amor enajenadas.
¡Deliquio sin igual, indescriptible!
Germinan las más dulces ilusiones;
Saltando de emoción irresistible
Se embriagan de placer los corazones.
De aromas y de luz un remolino
Los envuelve á los dos en bello caos;
Un acento divino
Dice en la altura: *¡Amaos!;*
La creación contémplalos suspensa
Solemne instante; y luego,
Roto ya el dique á la ternura inmensa,
Mientras Dios los bendice, los dos seres
Funden sus almas del amor al fuego.
¡Oh explosión inefable de placeres!
Las criaturas todas
Van celebrando tan felices bodas
Con nueva entonación jamás oída
Y júbilo sin par..... ¡Canto primero
Del eterno poema de la vida!

Y el beso que estalló en el Paraíso
Repercute á través de las edades,
Como una nota de infinitos ecos
En los cóncavos huecos
De intrincadas, desiertas soledades.
Lenguaje de uniforme fonetismo,

Aunque rico en variadas inflexiones,
En el fondo será siempre lo mismo:
Natural y espontáneo simbolismo
En que expresan su amor los corazones.

¡Amor! ¡amor! esencia soberana,
Del bien origen, de los justos norma:
Espíritu que informa
Todo el proceso de la vida humana.
En las grandes conquistas y ambiciones;
En las nobles empresas colosales;
En el rudo luchar de las pasiones
En pos de acariciados ideales;
En el férreo tesón con que batalla
Marino audaz; en la bravura fiera
Con que el soldado hiere
Entre el ronco estallar de la metralla,
O abrazado á un jirón de su bandera
Dando un viva á la Patria heroico muere,...
En todo del amor veo el secreto:
De todo es el amor fuerte amuleto.

Con mi ardiente mirada de poeta
La Humanidad abarco y su destino:
Su carrera presiento y adivino,
Y en visión intuitiva de profeta,
Testigo prematuro,
Contemplo en lo pasado lo futuro.
Siempre la Humanidad, ora levante
Altares á monstruosas teogonías;

Ora en más claros, venturosos días
Al arte bello y á la ciencia cante;
Ora celebre lauros y trofeos
Y tribute en suntuosos mausoleos
Al genio, al vencedor debida ofrenda,
No hará más que añadir nuevos primores
A la eterna romántica leyenda
Do en el fondo palpitan los amores.
¡Siempre en acción constante
La *Divina Comedia*, y siempre, siempre,
Su amor á Beatriz cantando el Dante!

¡Que la vida es amar! Hero y Leandro,
Cuya inmortal historia
Canta la espuma inquieta
Que os sirviera de sábana mortuoria:
Fiel Romeo, poética Julieta,
De tierna como trágica memoria:
Amantes de Teruel,... vosotros todos
Que en varios tiempos con diversos nombres
Celebraran los hombres
Modelos, en amar, del heroismo:
¿Qué habéis sido? ¿qué sois? ¿Nuevo poema?
No; variaciones sobre el mismo tema:
¡Amor! ¡eterno amor!... ¡siempre lo mismo!

Siempre ese afán de hidrópicos ardores;
Siempre ese anhelo de infinita calma;
Siempre ofreciendo y mendigando amores
Y en tierna esclavitud rendir el alma.

¿Quién vive sin amar? Despierta el niño
Entre abrazos y besos maternales,
Y paga con sonrisas celestiales
El cariño en que enciende su cariño.
Radiante de placer llega la aurora
De la edad juvenil cándida y bella,
¡Hermosa edad que para dicha de ella
Su misma dicha y brevedad ignora!
Y entre nimbos de luz y gasas de oro
Un sublime ideal vago se esfuma:
Citerea que surge de la espuma
Ofreciendo de amor rico tesoro.
Peregrina visión que nos hechiza
Y nos subyuga á su adorado imperio;
Beldad que nos seduce y electriza
Dejando vislumbrar áureo misterio
Que la mente agiganta y poetiza.
Bendita sombra que apacible avanza
Al compás con que marcha la existencia;
Multiforme expresión de la esperanza
Que, siendo de la vida imán y esencia,
Un cielo nos señala en lontananza.
Ilusión de la luz de nuestros ojos
Ó sugestión de nuestro anhelo mismo
Reflejando á placer nuestros antojos,
Siempre el amor ardiente
Será ledo espejismo
De cuanto en sueños se forjó la mente.

¡Amor! ¡eterno amor! Ved el secreto

En que el deseo de vivir se funda;
Pasión que el alma de placer inunda
Buscando siempre el codiciado objeto.

¡Y qué bello es amar! Doquier se aspira
Esa esencia que todo lo embalsama;
Todo de amor suspira;
Todo murmura á mis oidos: ¡Ama!
El bosque en melancólicos rumores,
La fuente bullidora en sus murmullos,
La tórtola en nostálgicos arrullos,
El silfo susurrando entre las flores.....
Todo me habla de amores;
Todo á amar me convida
Libando el néctar de tan rico aroma;
Todo me dice en misterioso idioma
Tan vario como suave
Que el amor es el alma de la vida.
¡Ay desdichado del que amar no sabe!

¡Sí, desdichado! En el horrendo abismo
Donde el monstruo del mal vive aherrojado
Y es perpetuo verdugo de sí mismo,
¡Porque no puede amar es desdichado!
Que infierno con amor no fuera infierno:
En un cielo el amor le convirtiera;
Como el cielo, de amor venero eterno,
Desterrado el amor, cielo no fuera.

¡Amad! porque el amor nos vivifica;
¡Amad! pero sabed que al alma imprime

Carácter el amor: mancha y redime;
El amor, cuando es puro, purifica;
El amor, cuando es santo, santifica;
El amor nos sublima, si es sublime.

Mirad cuán desdichada criatura
La bella castellana de Magdalo!
Un ángel era, sí, por su hermosura,
Pero, torpe en amar, era ángel malo.
Con las alas manchadas, no podía
Tender hacia la altura;
Y delirando en su deseo inmundo,
Cuanto más se agitaba, más se hundía
De su tedio y miseria en lo profundo.
Pero trueca su amor, y en un instante
Sus alas cobran vigoroso vuelo,
Y Jesús, todo amor, le brinda un cielo
De eterna dicha, de placer constante.
¿Cómo un Dios á la impura Magdalena
Que el mundo arroja despreciable escoria,
La perdona dulcísimo y la llena
De todas las delicias de la Gloria?
Yo de los labios de Jesús lo escucho:
«¡La perdona mi amor porque amó mucho!»

¡Oh Dios de inmenso amor! Tú que encendiste
En mi alma de tu ser una centella
Y, muestra de tu amor no menos bella,
Este gigante corazón me diste:
Perdóname también, y un amor dame

Tan grande como tú, cual tú bendito;
Un amor que transcienda á lo infinito
Y hasta á mis propios enemigos ame.
¡Quiero amar! ¡quiero amar! y es tal mi anhelo
Que abrasara en amor toda la tierra.
¡Ah! si al dejar el miserable suelo
Este aliento inmortal que en mí se encierra,
En la eterna región que se adivina
De la bóveda azul tras ese velo
No he de poder amar,... ¡Bondad divina!
¡Aniquila mi ser!... ¡¡no quiero el cielo!!





¡MATER DOLOROSA!

Oh Virgen entre todas la más pura,
Oh Virgen entre todas la más bella,
Del errante mortal fúlgida estrella,
Amor aquilatado en la amargura:

De la vida en la lóbrega negrura
Tú indicas el camino con tu huella;
Tu nombre es almo faro que descuella
Del mar terreno entre la bruma obscura.

Si es que apuraste con tus labios rojos
El lleno cáliz de la pena impía;
Si hollaste de este yermo los abrojos;

Si sabes qué es llorar, Virgen María,...
Una lágrima sola de tus ojos
A este pobre dedica, Madre mía.



EL OASIS

CAMINA la sedienta caravana
Por vasto yermo de abrasada arena,
Y forja en su ilusión ¡ilusión vana!
Un lago vislumbrar de agua serena.

Redobla el paso con afán creciente
Hacia el lago que finge el espejismo,
Y, cansada de andar, ve solamente
Desierto por doquier, siempre lo mismo.

La fresca linfa codiciada tanto,
Huye y se aleja cuanto más avanza;
Y sigue á la esperanza un desencanto,
Y al nuevo desencanto otra esperanza.

Y camina y camina, los despojos
Dejando atrás del compañero muerto,
Y en balde buscan los febriles ojos
El lago azul que dibujó el desierto.

¡Feliz si el simun con fragor no zumba
Arrastrando de arena las montañas,

Y no le ofrece calcinada tumba
De su furia en las cálidas entrañas!

¡Y más feliz si en su mortal congoja,
Secas las fauces y asfixiado el seno,
Le brinda una palmera en grácil hoja
El jugo singular, de vida lleno!

Así el hombre en el yermo de la vida
De sueño en sueño enloquecido avanza
Persiguiendo la dicha apetecida
Que risueña columbra en lontananza.

Y arrastrado por ciego torbellino
Entre dudas y amargos desengaños,
Sigue anhelante el árido camino
Fingiendo gozos y llorando daños.

Y gira en paroxismo delirante
Tras la deidad que fascinó su mente;
Y, fatigado de volar errante,
Tórnase en humo se ilusión fulgente.

De mentido placer dorada copa
Con hidrópico afán tal vez apura;
Y cuanto más se embriaga en su ansia loca,
Más le abrasa la ardiente calentura.

¡Ilusión! ¡ilusión! menguado fruto
Que engendra el insensato devaneo:

¿Qué dejas en el alma?... triste luto,
Y un inmenso vacío en el deseo.

¡Dicha!... de un sueño concepción liviana,
Vapor de embriaguez, forma ficticia;
Sombra que huye al ardor con que se afana
Quien tu imposible posesión codicia.

La escueta realidad con rostro huraño
Se burla de la fiebre en que vivimos,
Y nos clava el arpón del desengaño
Al abrazar la dicha que fingimos.

Y helada el alma, envenenado el pecho,
Nuestros días devora el dolor fuerte,
Y se retuerce el corazón, deshecho
En los espasmos de continua muerte.

¿Cómo un mundo tan mísero y pequeño
Llenar esta ansiedad ilimitada?
El hombre es inmortal, y es vano empeño
Saciar el infinito con la nada.

¡Delirio insano de la humana mente
Buscar del mundo entre las turbias olas
La dulcísima calma que presiente
Un alma grande cuando sueña á solas!

Gigante soy, como de Dios imagen;
Mi noble corazón es un abismo:

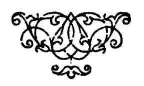
Ni hay elementos que mi vuelo atajen,
Ni reposo hallaré más que en Dios mismo.

Si no existe en el yermo de este suelo
La inmensa dicha que mi pecho ansía,
Busque un oasis mi infinito anhelo:
¡El dulcísimo nombre de María!

¡María!... hermoso, bendecido asilo;
Del proscripto mortal bella esperanza.
¡María! luz y senda y peristilo
Que conduce á la eterna bienandanza.

¡María!... No hay en la universa tierra
Ni aroma, ni rumor, ni poesía
Que puedan compararse á lo que encierra
El tiernísimo nombre de María.

Sea mi oasis tan sublime nombre
Donde halle siempre refrigerio y calma,
Hasta que deje la mansión del hombre
Y vuele á Dios, aspiración de mi alma.





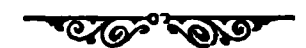
¡NO ES POSIBLE!

¡María!... la sonrisa peregrina
Que de su amor en el inmenso abismo
Dibujó contemplándose á sí mismo
El Ser Supremo en su visión divina.

¡Oh gráfico reflejo y simbolismo
De la Suma Bondad única y trina!
Creación que á lo eterno se avecina
Porque eres del Señor bello espejismo:

Si Dios tu afán y tu deseo abona;
Si nunca niegas tu dulzura extraña
Al que á tí confiado se abandona;

Si es timbre hermoso que tu gloria entraña
Ser nuestra Madre y singular Patrona,
¿Te olvidarás, María, de tu España?





MEMENTO

Epílogo de la vida:
Cuatro paladas de tierra
Y una mortaja que encierra
La grandeza más cumplida.
¡Cuánta ilusión fementida
Enloquece á los humanos!
Todos sus delirios vanos
Y sus febriles antojos
¿Qué son? podridos despojos,
Sucio montón de gusanos.

¡Oh! sin creer lo que creo,
Teniendo de sí conciencia,...
No comprendo la existencia
Del desventurado ateo.
¿Qué es su vida? Un devaneo
Que fingió la calentura;
Una insensata locura
De afán y dolor esclava:
Vida engañosa que acaba
En la hedionda sepultura.

¡Soñar mentido placer
En un mundo de dolor:
Acicate y torcedor
De irrealizable querer!
Si esto es el humano ser;
Si es su fin la tumba helada;
Si se reduce á la nada
Vida que en llorar estriba,...
¡No merece que se viva
Una vida tan menguada!

¡Pesadilla que devora
Sus ensueños delirando,
Para despertar llorando
En la fosa aterradora!
Vida tan ruin y traidora
No es posible; una de dos,
Ó de esta existencia en pos
Hay algo más que la muerte,
Ó es el castigo más fuerte
De la maldición de un Dios.

No; yo espero otra morada,
Destino más elevado.
¡Dios no me hubiera creado
Tan grande para ser *nada!*
Esta ansiedad sublimada
Que transciende á lo infinito,
No es el dogal del precito
Arrojado á negro infierno;

Es presagio de lo eterno
Que el dedo de Dios ha escrito.

De Dios imagen y hechura,
Para Dios debo existir;
Mi verdadero vivir
Comienza en la sepultura.
Este es valle de amargura;
Breve paso, dolor fuerte;
Enigma de ignota suerte;
Prisión de sombras cubierta
Que tiene su angosta puerta
En el dintel de la muerte.

Un problema pavoroso
Cuya exacta solución
Ó es eterna salvación
Ó es un infierno horroroso.
Que lo dude desdeñoso
Ó lo niegue por quimera,
Ha de ser, quiera ó no quiera;
Muy en breve lo he de ver;
¡Tarde será para creer
Esperar á que me muera!

¿Y es posible que yo viva
En olvido tan insano,
Sin pensar que está en mi mano
Tan tremenda disyuntiva?
Se me escapa fugitiva

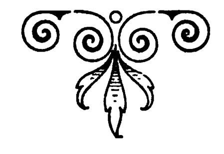
La existencia miserable:
Es una sombra impalpable
Que se está desvaneciendo;
¿Y, necio, me estoy riendo
Ante un Juez inexorable?

A mi fin llegando voy;
La muerte con fría saña
Me acecha con su guadaña
A cada paso que doy.
Entre vida y muerte estoy;
Y, si bien se dilucida,
Siendo el *presente* mi vida,
Más que en vida estoy en muerte:
Que el *presente* huye de suerte
Que su *llegada* es ya *ida*.

Aborrezco el oropel
De este mundo engañador:
Un destino superior
Me está guardado tras él.
Es efímero y cruel
El goce que brinda el suelo;
Cifre mi infinito anhelo
En infinita ventura;
Allende la sepultura
Eterno sonríe un cielo.

Si la existencia es tan breve
Y tan tremendo el infierno,

Tan estricto el Juez eterno
Y la muerte tan aleve,
El hombre alejarse debe
De la ilusión transitoria;
Fíe en Dios, y en su memoria
Presente en toda ocasión
Tenga esta santa lección:
¡Muerte, Juicio, Infierno, Gloria!





LA ARAÑA Y EL GUSANO DE SEDA

(FÁBULA)

Cierta araña tramaba
Con gran presteza
Entre espino y espino
Su extensa tela.
Vecino suyo,
Un gusano tejía
Sutil capullo.

Entraron en disputas
Y hubo belenes
Sobre quién trabajaba
Más hábilmente.
Y tal fué el ruido,
Que Jove ante su trono
Los llamó á juicio.

Una vez en presencia
Del dios tonante,
Este dijo:—¡Silencio!
¡No sulfurarse!

¡Calma, señores!
Buenas obras son pruebas,
No muchas voces.

—Señor: (la araña expuso)
Si en eso estriba,
Mira la obra en que apoyo
La prueba mía.
—Y yo la fundo
(Dice el otro) en la seda
De mi capullo.

—Es verdad, doña araña,
(Júpiter dijo)
Que en tejer mucho y pronto
Sois un prodigio.
Bien has probado
Que haces más en un día
Que éste en un año.

Mas pregunto: ¿qué valen
Todas tus telas
Ante un hilo tan solo
De suave seda?
Quede de adagio:
Vale más poco y bueno
Que mucho y malo.



EL SERAFÍN DE ASÍS

AL dulce despertar de la mañana
Sonriente aparece el horizonte;
Orlas de luz y de encendida grana
Ciñen la cumbre del altivo monte.

Entre jirones de cendal deshecho
Descúbrese y levántase la aurora,
Como virgen que surge de su lecho
Soñando en la ilusión que la enamora.

Sacude el aura con sus alas suaves
De los seres vivientes la pereza,
Y en ritmos varios las pintadas aves
Cantan de Dios la sin igual grandeza.

Del pardo Alvernia en la empinada cumbre
La silueta de un hombre se divisa:
El sol naciente la primera lumbre
Vierte sobre él y su contorno irisa.

De rodillas, inmóvil la mirada,
Ambas manos alzadas con anhelo,

Semeja una visión petrificada
Emblema de los éxtasis del cielo.

Pensó en los goces del revuelto mundo;
La falsía miró de sus venturas;
Y, agigantado, con desdén profundo
Despreció de este mundo las locuras.

A un alma grande, para amar nacida,
La asfixia el aire del mezquino suelo,
Y siente la nostalgia de otra vida
Y vuela en busca del ansiado cielo.

Bien se vislumbra la grandeza inmensa
De Francisco de Asís. Tan grande es su alma,
La llama de su amor es tan intensa,
Que, fuera de su Dios, no encuentra calma.

Amor que de amor vive, de tal modo
Que, arrobado, se olvida de sí mismo;
Es todo de su Dios, y Dios su todo:
¡Un abismo abismado en otro abismo!

«Jesús, mi Dios, que por mi bien moriste:
Quiero abrasarme en tus divinas llamas,
Y padecer igual que padeciste,
Y amarte, Jesús mio, como me amas.

«Renueva en mí tu redentora historia;
Ser escarnio del mundo es mi delirio:

Padecer por tu amor, mi inmensa gloria;
Mi dicha, los tormentos del martirio.

«Dame estar, como tú, crucificado,
Y apurar de tu cáliz la amargura.
Mi cuerpo, como el tuyo, taladrado,
Sea una imagen de tu imagen pura »

Dijo Francisco. Serafín fulgente
Clavado en una cruz desciende luego;
Sus manos y sus pies, su pecho ardiente,
Despiden rayos de celeste fuego.

Francisco, en serafín transfigurado,
A la viva impresión de cada llama,
De manos y de pies y del costado,
A imagen de Jesús, sangre derrama.

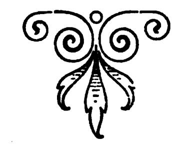
¡Oh! no hay colores en el mundo obscuro
Para pintar tan sublimada escena.
¡Qué deliquio de amor inmenso y puro
Embriágale á Francisco y le enajena!

Fundido en el volcán de amor tan tierno,
Francisco ha traspasado su destino,
¡Es retrato mortal de un Dios eterno!
¡Viviente imagen del amor divino!

Agita la visión sus alas vagas,
Y de los aires á través se aleja;

Del divino Jesús las rojas llagas
En Francisco de Asís impresas deja.

Mientras este portento sucedía,
Se oyó una voz en el absorto cielo:
«Si una silla Luzbel dejó vacía,
Un nuevo serafín vendrá del suelo.»





A LA REINA DEL CARMELO

(SONETO)

¡Oh nubecilla nacarada y pura
Que, presagio de insólita alegría,
El fogoso profeta viera un día
Surgir del vasto mar en la llanura!

Nubecilla que alzándose á la altura
Se va extendiendo en la región vacía,
Y de su seno generoso envía
Fecundas aguas á la tierra dura.

En tí confía el agostado suelo;
Tus raudales vivíficos desata,
Mística nube del gentil Carmelo.

Tu seno fecundísimo dilata,
Y desciendan copiosas desde el cielo
Tus gracias en continua catarata.



CUENTO

Un orangután *sabiondo*
Fué á visitar un museo,
Y entrando á ver los retratos
Que en cierto departamento
Se exhibían, de hombres célebres
Por la virtud y el talento,
Llegó á un ángulo apartado,
Y en frente, como un espectro,
Se destacó ante sus ojos
Una efigie en cuerpo entero.
—¿Y es posible, exclamó al punto,
Que el pueblo sea tan necio
Que entre los grandes coloque
A un monstruo tan negro y feo?
¡Mirad qué cara de idiota!
¡Qué pedazo de mastuerzo!
¿Cómo en tan pequeño cráneo
Puede caber gran cerebro?
Si se le ve que es un bestia,
¿Cómo pasar por un genio?
Ó el mundo se ha vuelto loco,

O, vamos, que no lo entiendo.
—*¡Ta day!*, le dijo un baturro
Que escuchó el razonamiento:
Ese cuadro no es tal cuadro;
¿No lo ves? es un espejo.
Y ese animal que en él miras
¿Quién ha de ser?... Pues tú *mesmo.*





ÍNTIMA

En el vértigo profundo
De esta vida fementida,
Guarda el alma dolorida
Todas las penas de un mundo,
Todo el dolor de una vida.

Si tras fugaz ilusión
Busco la anhelada calma,
Se enloquece mi razón,
Se me asfixia el corazón
Y se me intoxica el alma.

Quien las causas me demande
Júzgueme, si quiere, loco;
Pero en mi favor invoco
Que es mi corazón muy grande
Cuando es el mundo tan poco.

¡El mundo!... ¿qué fué jamás?
Teatro de sueños vanos.
Cuanto fingen los humanos

¿Qué ha de ser? lodo no más
Que se convierte en gusanos.

No hay pecho sin una herida
Que ardiente sangre no vierta;
Ni hay quien no arrastre la vida
Sin una ilusión perdida,
Sin una esperanza muerta.

Vivimos, si esto es vivir,
Creyéndonos que vivimos;
Cuando, de tanto sufrir,
En un continuo morir
Nuestra vida convertimos.

Mis deseos son cadenas
En que me atormento fiero:
Soy mi propio carcelero:
Peno en sofocar mis penas,
Y muero en pensar que muero.

Y me abismo en el abismo
En que, huyendo de él, caí;
Y, ciego en mi paroxismo,
Soy verdugo de mí mismo
Sin poder huir de mí.

¡Oh! no juzguéis devaneo
Cuando pienso de esta suerte;
Ved que, en contra del deseo,

Esta realidad la veo
Por los ojos de la muerte.

Ilusiones pasajeras,
Fantásticas concepciones,
Esperanzas lisonjeras,...
¡Si sólo fuerais quimeras!...
¡Si fuerais sólo ilusiones!...

Pero ¡ay! que no siendo nada
Engendráis tan gran vacío,
Que la pobre alma apenada
Se ve en sí misma enterrada
Como en un sepulcro frío!

Flores de ledos colores
Que fascináis peregrinas
Brindando ensueños de amores:
¿Cómo siendo vanas flores
Os tornáis reales espinas?

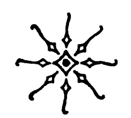
¡Malditas siempre seáis!
Mas... no!... ¡benditas mil veces!
Que si gran dolor me dais,
El bien que me ocasionáis
Es compensación con creces.

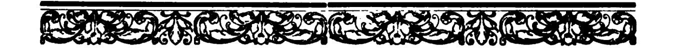
Tuviera por centro inmundo
El goce inseguro y breve,
Ni mi deseo profundo

Presintiera mejor mundo
A donde el alma se eleve.

Si al incierto pie no hiriera
El punzante abrojo hirsuto,
Mi alma los ojos no abriera,
Y viviría y muriera
En la estupidez del bruto.

¡Arriba! ¡arriba! pequeño
Y fecundo es el penar
Mirando á un cielo risueño.
La vida es un breve sueño
De un eterno despertar.





FLORES Á MARÍA

MÍSTICA rosa de inefable aroma;
De toda gracia y hermosura llena;
Más pura que el candor de la azucena
Que baña el sol cuando en Oriente asoma;

Nada hay digno de tí; ni árabe poma,
Ni los perfumes de floresta amena,
Ni el que el embalsama la región serena
Del sacro Horeb en la empinada loma.

Mas si abrojos parecen á tu planta
Las flores que ofrecémoste de hinojos,
Míralas con bondad, oh Virgen santa,

Y en flores tornaránse los abrojos:
¡Que todo lo hermosea y abrillanta
Una mirada de tus dulces ojos!





EL NIÑO Y EL LAGO

(FÁBULA)

Es una tarde de estío.
Un fuego canicular
Hace pensar en la mar
Para darse un baño frío.

—¡Qué fastidio! ¡qué calor!
Es insufrible del todo.
¿Quién, leal, me dará el modo
De amortiguar este ardor?

—Yo,—contestó al inocente
Un bello y tranquilo lago
Enviándole un halago
Envuelto en plácido ambiente.

—Tengo miedo: que de fijo
En tí la muerte hallaría.
—No tengas miedo; en mí fía,
El lago falaz le dijo.

Mi llano y sereno fondo
Bien en mi faz se retrata;
Bajo mi cristal de plata
Ninguna maleza escondo.

Y en su tersa linfa pura
Fingiendo leda sonrisa,
Añadió:—Lánzate aprisa;
Goza la ansiada frescura.

El niño, incauto, guiado
Del lago por la apariencia,
En él perdió la existencia
Entre una zarza enredado.

Tú, que por su afable calma
Amigo á cualquiera crees,
Sabe que la cara no es
Siempre el espejo del alma.





EN EL GÓLGOTA

¿Y puedo, cielo santo,
Mirarle en esa cruz clavado y yerto,
Y por mis ojos á raudal no vierto
De ardiente lava acongojado llanto?
Y aun fuera inmerecido beneficio
Poder llorar mi horrenda felonía:
¡Yo mismo he sido el alevoso rudo
Que así he puesto á mi Dios en tal suplicio!
Contémplale, alma mía:
Su purísimo cuerpo está desnudo,
Escarnio y mofa de la plebe impía;
Por innúmeras llagas sangre vierte;
En hórrida agonía
Lanza el postrer suspiro...
¡Al Autor de mi vida doy la muerte!
¿Y así, insensible, agonizar le miro?
¿Y miro ¡ay! á esa madre sin ventura
Abrazarse transida al vil madero,
Sin llorar mi maldad y su amargura?
¡Llorar! poco es llorar ¿por qué no muero?

¡Día tremendo!... El astro se obscurece;

Desátase el furioso terremoto,
El cedro cae roto,
La mar con sus rujidos ensordece.
Quebrántanse los riscos; la tormenta
Con espantosa conmoción revienta;
Rebraman los airados elementos,
Trepidan las montañas,
Conmuévese la tierra en sus cimientos
Mostrando sus entrañas.
El cielo se ennegrece,
El eje universal cruje y vacila,
Todo tiembla y oscila...
¡Muere Jesús!... ¡El Creador perece!...

¡Horror!... ¡horror!... ¿El soberano dueño,
El autor de mil mundos, tú, Dios mío,
Dar la vida en suplicio tan impío
Por salvar á este mundo tan pequeño?
¿Y eres Aquél, á cuya voz potente
Ni aun la nada insondable se resiste?
¿El Ser que por sí vive únicamente
Y el que alienta y mantiene cuanto existe?
¡Tú morir?... ¿Y que sea yo el verdugo?
¡Tú padecer tan afrentosa muerte
Por libertarme del tirano yugo
Que yo mismo forjé por ofenderte?...
Si un mundo te ha ofendido,
¿Tú, siendo el Juez, expías el pecado?
¡Habla! ¡habla!... y el mundo maldecido
Quedará para siempre aniquilado.

¡Habla tú, Dios eterno!
Si tu justicia expiación desea,
Sufra el culpable tu iracunda tea
Y ardan mil mundos en horrible infierno.

Pero ¡ay! que no bastara
A lavar de los hombres el delito
Un mar de sangre, no; se necesita
A una ofensa infinita
Que el tormento también sea infinito!
¡Llora mortal, el cielo está de luto! ..
Cúmplese tu justicia, Dios eterno:
¡Muere Jesús en holocausto tierno!...
¡Que no se pierda de su sangre el fruto!



AL NIÑO ANTONIO DE BARRERA É IBARRECHE

(CILINDRO IMPRESIONADO PARA SU FONÓGRAFO)

Tú no sabes, Antoñito,
Por qué, si me fijo en tí,
Reconcentrándome en mí,
Te miro de hito en hito.
En un abismo infinito
Piérdese mi pensamiento;
Y al ponderar un momento
Lo que eres y lo que soy,
Comparo el ayer con hoy
Y placer y pena siento.

Pena que el alma me llena
Por el placer que perdí;
Placer, por el que hay en tí
Que ignoras lo que es mi pena.
¿No entiendes?... ¡enhorabuena!
Ni lo llegues á entender;
No sepas cómo ha de ser
Que al mirarte, hermoso niño,

Y al besarte con cariño
Sienta amargura y placer.

Sigue en perpetua inocencia
Con tu envidiable ignorancia.
¡Por un día de tu infancia
Diera toda mi experiencia!
No envidies mi amarga ciencia:
Que es mi saber padecer.
Cuando yo llegué á saber
Lo feliz que era inocente
Fué que entonces, de repente,
¡Ay! lo dejaba de ser.

En tu inocencia sencilla
Consérvete siempre Dios,
Y sólo del bien en pos
Vuele tu alma sin mancilla.
El dulce candor que brilla
En tu semblante sereno
Jamás le empañe el terreno
Soplo del mundo cruel.
¡El mundo brinda con miel,
Y esa miel ¡ay! es veneno!

No veas más, Antoñito,
Que el cariño de tu padre,
Las caricias de tu madre,
De abuelita y abuelito.

Y de ese placer bendito
Que á tu padrino recrea,
Tu vida llena se vea,
Siendo así plácido ensueño
Cuyo despertar risueño
Entre los ángeles sea.





¡ARRIBA...!

(Á MI QUERIDO AMIGO D. PEDRO EGUILLOR)

LÁSTIMA grande el corazón me inspira
Que no logra elevarse sobre el suelo,
Ni ambiciona escalar en raudo vuelo
Más esferas que el polvo en que se mira.

Sin amor y sin fe, lánguido gira
En la prisión de su rastrero anhelo:
Gusano vil que en lodazal de hielo
Su escondrijo, al labrar, rígido espira.

¡No!... la vida es creer; sentir la pena
Que nos causa este círculo mezquino
Cuya atmósfera asfixia y envenena;

Y, columbrando perennal destino,
Romper robustos la servil cadena
Y buscar la región de lo divino.





NOSTALGIA [1]

Fecisti nos, Domine, ad te; et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te.
(Div. Augustinus.)

GIGANTE soy; mi corazón se siente
Por sí mismo impulsado á lo infinito;
Necesito saciar mi afán ardiente,
Anegarme en placeres necesito.
Un cetro sin rival y una corona;
Un suntuoso palacio, cual la mente
Sabe fingirle en su delirio ciego,
Mansión de los deleites que ambiciona
Este mi grande corazón de fuego.
Torbellinos de esencias y luz pura;
Doquiera deslumbrándome un tesoro;
Gloria, poder, amor... todo á porfía
Rodeándome en nimbos de ventura.
Del báquico festín las copas de oro
Derramen entre flores su ambrosía:
Celébrelo en torrentes de armonía
De bellas hadas voluptuoso coro.

[1] Composición premiada en los Juegos Florales de Zaragoza celebrados el 17 de Octubre de 1902.

Leda nube de aromas y reflejos
Envuélvame en mi dicha embriagadora;
La beldad más sublime y seductora,
Lejos de astío y de zozobras lejos,
Sea á un tiempo mi sierva y mi señora.
En íntimo deliquio ella me inspire
Cuanto á mi orgullo y mi pasión halague;
Bríndeme el opio que indolente aspire
Y en mis ansias me anegue y embrïague.
Sonriendo me diga sus antojos,
Y todo á mis deseos se doblegue;
Y que vean sus ojos y mis ojos
Cuanto á inventar la fantasía llegue.

¿Quién se opone á mi afán? Tiemble la tierra
Al ronco retumbar de mis cañones,
Y á mi acento, conjuro de la guerra,
De rodillas se postren las naciones.
Sujeta á mi capricho la victoria,
Mi voz sea el principio de las leyes,
Y tenga en medio de mi inmensa gloria
Por reino el mundo, por vasallos reyes.

Y aun es poco al deseo delirante
Que á mi fogoso corazón agita:
Mi ambición es sin límite, infinita,
No sabe el corazón decir: ¡Bastante!
Insaciable en mi hidrópico ardimiento,
En vano, en vano intento
El abismo llenar del pecho mío:

Realizado el más loco desvarío,
Con más anhelos de gozar me siento;
¡Y cada vez... el pecho más sediento!
¡Y cada vez... el pecho más vacío!

¿Y no he ser feliz? Dicha infinita
Codicio con ardor inextinguible,
Y una fuerza suprema, irresistible,
Al centro de mi afán me precipita.
¿Seré, acaso, maldito Prometeo
Que, amarrado á la roca del destino,
Me devore frenético el deseo,
Y que este desear tan giganteo
Que raya en lo sublime, en lo divino,
Constituya mi vida y mi verdugo,
Mi mismo corazón y mi asesino?

¡Oh! me rebelo á tan precita suerte!
Del placer plenitud apetecida,
¿Serás fantasma por mi ardor fingida?
Si te sueño ¿por qué no poseerte?
¿Y cómo siendo vida de mi vida
Has de ser causa de constante muerte?

Fortuna: oye mi voz; cede á mi empeño;
Esclava obedeciendo á mi albedrío,
Traduce en realidad todo mi sueño;
Pródiga dame cuanto loco ansío;
Sea del mundo el absoluto dueño,
Cuanto abarque mi anhelo sea mío.

Mas ¿qué veo? Nervioso escalofrío
Me hiela el corazón y me anonada:
En medio de mi plácida carrera
De flores peregrinas matizada,
Holló mi pie vacía calavera
Que en mí clavando su mirada huera
Prorrumpe en muda, horrible carcajada.

«¡Insensato! detén la fantasía;
Fija tus ojos en mis ojos huecos:
De este cráneo en los cóncavos resecos
Tu mismo sueño se agitó algún día.
¡Gloria, poder, amor!... vana quimera
Que se pierde en las sombras del osario;
La mujer más hermosa y hechicera
Y el genio que brilló en más alta esfera
Se hundieron en su lecho funerario,
Y son... ¡mírame bien!... ceniza... nada...
¡Pobre loco!» Y siguió la calavera
Su sarcástica, horrible carcajada.

«¡Pobre loco!»... ¿Locura es este anhelo
Que tan sublime concepción me inspira?
¿Todo mísero barro de este suelo,
Todo insana ficción, todo mentira?..
¡Oh ciencia! con tu rígido escalpelo
¿Qué descubres? ¿materia solamente?
¿No vislumbras un *algo* en lontananza?
¿Ha de ser loco ensueño mi presente
Y una tumba el confín de mi esperanza?

¡Nacer para morir!.. ¡materia todo!
¡Un momento soñar, y de repente
Lo que de lodo fué tornarse en lodo!...
¡Oh cruel, oh brutal materialismo!
Si eres tú la verdad que á mi despecho
De toda mi ilusión te enseñoreas,
Déjame que llegando al paroxismo
Te diga, en mi furor rasgando el pecho:
¡Miserable verdad, maldita seas!!

¡Maldita, sí, maldita!...
¿Pero tan ciego estoy que no vislumbre
La vivífica lumbre
De una esencia infinita?
No podrá nunca la materia inerte
Brotar el más sencillo pensamiento;
No podrá lo que en sí tan sólo es muerte,
Ser de la vida el primordial sustento.
¿Quién rasgó las entrañas de la nada
Y formó el admirable firmamento,
Esa cúpula inmensa, gran portento,
De millones de estrellas tachonada?
¿Quién agita ese mar que airado ruge?
¿Quién da furia á la rápida tormenta,
Rayo á la nube que estallando cruje,
Fuego al volcán que aterrador revienta?
¿Quién á la vasta creación sustenta
Y con la misma poderosa mano
Con que enfrena el furor del oceano,
Próvido viste al pájaro de pluma

Y cuida del más ínfimo gusano?
¿Quién es, sino un potente soberano
De infinito saber, de bondad suma?

¡Yo creo en Dios!... suprema inteligencia,
El numen increado cuyo aliento
Prestara al universo la existencia.
¡Yo creo en Dios!... indefinible esencia
Que tiene lo infinito por palacio;
El ser cuya eternal sabiduría
Enaltece la mágica armonía
De esos mundos que pueblan el espacio.
¡Yo creo en Dios!... ordenador potente;
El orbe está de su grandeza lleno;
Reflejo es de su luz el rayo ardiente,
El eco es de su voz el ronco trueno.
Desde el sol refulgente
Al infusorio ruin, allá perdido
Del ancho mar en el profundo seno,
Todo me habla de Dios, y no hay sonido
Que adoración á Dios no me demande.
¡Qué bueno es Dios, pues lo creado es bueno!
¡Qué grande es Dios, pues lo creado es grande!

¡Yo te adoro, Señor! De tí recibo
Esta luz que en mis ojos centellea;
Esta fuerza genial con que concibo
Tan asombrosa y gigantesca idea.
Tú sellaste tu imagen en mi frente,
De grandeza inmortal, ejecutoria;

Y tú me has dado corazón ardiente
Capaz de ambicionar tu misma gloria.

¿Y esta regia, excelente criatura
Con la imagen de Dios ennoblecida,
Quien tiene aspiración de eterna vida
Ha de acabar en fría sepultura?
¡No! que Dios, de bondad inmenso abismo,
No me hiciera tan grande para en breve
Aniquilar un alma que se atreve
A no querer más centro que Dios mismo!
Soy más que barro del mezquino suelo;
Por eso en este mundo no hallo calma;
De un edén que perdí siento el anhelo,
Dulce nostalgia que devora el alma
Porque mi gloria es Dios, mi patria el cielo.

¡Creo en Dios! en el Dios del Paraíso
Que mi padre primer perdió en mal hora;
En el Dios que su sangre redentora
Por mí verter en el Calvario quiso.
¡Creo en Dios!... Desparece la penumbra
Que envolvía á mi ingénita esperanza:
A través del sepulcro se columbra
La región de la plena bienandanza.
No es mi existencia pasajero día
Que se hunde para siempre en noche obscura;
¡Soy inmortal!... ¡qué bien me lo decía
El anhelo sin fin que yo sentía
De eterna vida, de eternal ventura!

De la muerte sujeta al yugo eterno
La degradada Humanidad gemía;
Sus vicios en salvaje idolatría
Llegó á adorar. El monstruo del averno,
Angel rebelde que perdió la Gloria
Lanzando al Creador reto de guerra,
Parecía gozarse en su victoria
Mostrando á Dios la conquistada tierra.

«¡Ha pecado!—rugió.—¡Mío es el hombre!
Borrada ya su filiación divina,
Sólo merece de *precito* el nombre
Y el fuego de tu cólera divina.
Si eres Suma Justicia, es trance fuerte
Que la estirpe de Adán sea mi esclava;
Si la ofensa hecha á un Dios jamás se lava,
Digno es el hombre de perpetua muerte»

Dijo Luzbel. Y Dios... Dios, apiadado,
Por verme de la muerte rescatado
Dejó la majestad del alto cielo,
Descendió por mi amor al bajo suelo
Y cargó con la pena del pecado.

¡Oh misterio de amor! Se necesita
Divina sangre que vertida sea
Y apacigüe la cólera infinita
Que irritaron los míseros mortales,
Y el Hijo en que el Eterno se recrea
Baja al mundo y derrámala á raudales!

¡Epopeya más grande y portentosa
Que, no una, un millón de creaciones!
¡Todo un Dios confundido entre ladrones
Recibiendo en la Cruz muerte afrentosa!
¡Oh delirio de amor incomprensible
Que espanta á la Natura y la suspende!
Escándalo, blasfemia inconcebible
Si ese Jesús que moribundo pende
No es el Hijo de Dios. Si no lo fuera,...
Sería ¡vive Dios! más increible
Que, hombre tan sólo, como Dios muriera.

Pero es Dios; me lo dice la Natura
Temblando al contemplarle en la agonía;
Me lo dice al tornarse en noche obscura
La esplendorosa luz del mediodía;
El crugir en la abierta sepultura
Del rígido esqueleto; de las peñas
El hórrido chocar, de pena ejemplo;
Aquel velo que rásgase en el templo;
La turba que va huyendo con espanto
Del horroroso drama,
É hiriendo el pecho con mortal quebranto
Ante prodigios tan tremendos clama:
«¡En verdad que era Dios hombre tan santo!»
Me lo dice... ¡triunfaste, Fe bendita!
Me lo dice Jesús, Dios verdadero:
¡Que Dios, el mismo Dios ser necesita
Quien muere cual mansísimo cordero
Y por propia virtud se resucita!

Vencida está la muerte y el infierno.
Doquier de Libertad se escucha el grito:
¡El hombre es inmortal! Un cielo eterno
Le sonríe, en placeres infinito.
El soberbio Satán suscita en vano
De la Cruz contra el lábaro bendito
Un tirano feroz y otro tirano:
Hirvientes se alzarán cien mil calderas;
Rugirán en el circo hambrientas fieras;
Correrá por doquier sangre á torrentes
De indefensos varones,
De vírgenes y niños inocentes;
Pero, hartos los famélicos leones
Y apagadas con sangre las hogueras,
Triunfante se erguirá bañada en gloria
La redentora Cruz, ¡la Cruz bendita,
Del infinito amor prenda infinita,
Proclamando de Cristo la victoria!

Cayó el tirano del soberbio solio,
Dominando la Cruz el capitolio
Será luz del deber y del derecho;
El mundo en ella inspirará sus leyes,
La ostentarán los héroes en el pecho,
En su corona la pondrán los reyes.

¡Oh Cruz, nuestra esperanza salvadora!
¡Oh Fe, nuestro consuelo y alegría!
¡Ay desdichado quien la Cruz no adora!
¡Ay desdichado á quien la Fe no guía!

¡Atrás, ciencia sin Fe!... ciencia menguada
Que enloqueces, arrastras y envenenas,
Y forjas, en tu afán desesperada,
De torpe esclavitud férreas cadenas!
Luchando en el vacío de la nada,
Sin el calor de caridad divina
Que aliento y gozo y esperanza infunde;
Sin la luz de la Fe que te circunde
De vivos, celestiales resplandores,
Una bestia serás ¡bestia ilustrada
Que despéñase en dédalo de horrores!

Hay algo más que escudriñar los senos
De esta esfera que, si es rico palacio,
Molécula es, no más, que en el espacio
Se pierde entre mil soles de luz llenos.
Hay algo más que la materia inerte
Que, agitada en continuas vibraciones
Y formando sin fin combinaciones
Do el germen de la vida se despierte,
Dé energías á nuevos corazones
Para hundirlos después en fría muerte.

Y sublimado por tan alta idea,
De iluminada ciencia hermoso fruto,
Surge inmenso deseo que aletea
Tendiendo irresistible á lo absoluto.
¿Y quién calmar tan insaciable anhelo?
¿Quién llenar un abismo tan profundo?

¿De qué nos vale conquistar un mundo,
Si no sabemos conquistar un cielo?

¡Atrás, ciencia sin Fe!... ídolo impío,
Helada esfinge, á mis clamores muda,
Tú dejas siempre el corazón vacío
Reluchando sin treguas con la duda.
¡Atrás, ciencia sin Fe!... tu rostro espanta;
La tea alumbra tu infernal *progreso;*
La dinamita tus conquistas canta;
É incapaz de arrastrar víctima tanta
El carro de la muerte cede al peso.

Sí; que yo he visto de Progreso en nombre
Tronos hundir y demoler altares;
Allanar los hogares;
Diosa llamar á la *Razón* del hombre;
En sangre enrojecer la guillotina;
Y, alzada en hombros de la fuerza bruta,
Adorar á una infame prostituta,
Imagen fiel de la Razón *divina!!*...

¿Por qué tembláis, oh falsos redentores
Que explotasteis del pueblo la ignorancia?
¿Os amedrenta vuestro triunfo en Francia
En medio de siniestros resplandores?
Ébria de sangre vuestra innoble gente,
¿Miedo os infunde su resuelta empresa?
¿Teméis que, rota la robusta presa,
Os arrastre también la gran corriente?

Dejad á la canalla ¡es consecuente!
Dejadla que prosiga su camino
Y complete su bárbara conquista.
Si es mentira que existe un ser divino;
Si el gozar de este mundo es su destino,
Sucumba el que á su empuje se resista:
¡Es lógico el puñal del asesino
Y el cobarde valor del anarquista!

¡Mentida Libertad! tu vida es corta;
Tu hija, la Anarquía, ha de perderte;
Recibirás, cual víbora, la muerte
Del monstruo mismo que tu vientre aborta.

Y entretanto la Cruz que tú combates
Seguirá enhiesta por virtud divina,
Como roca insensible á los embates,
Dominando á los siglos y su ruina.

¡Salve, oh Cruz!... sacro emblema de victoria,
Manantial de esperanza y de consuelo,
Antorcha que iluminas este suelo,
Nuncio feliz de perdurable gloria.
¡Salve, oh Fe!... perfume que embalsamas
El aire sofocante de la vida,
Y aliento das al alma dolorida
Y en el inquieto corazón derramas
La dulce paz con que Jesús convida.
Genio del bien: con tu encendido beso
La creadora inspiración inflamas;

Y do esparces tus vívidos fulgores
Se cubren de portentos y primores
Las sendas verdaderas del progreso.
Testigos nuestras viejas catedrales
Con sus torres hendiendo lo infinito,
Filigranas sutiles é ideales,
Vaporosos encajes de granito.
No labor de mortales;
Se me antoja que son trozos de velo
Que algún querube alado
Dejara en las agujas desgarrado
Al bajar presuroso desde el cielo
Á adorar á su Dios sacramentado.

¡Oh Fe, bendita Fe! Tú las pasiones
Ennobleces del hombre y le agigantas;
Tú renuevas la faz de las naciones
Con el calor de inspiraciones santas.
Los hierros del esclavo tú quebrantas,
Y diciendo en ardientes efusiones
Á siervos y á tiranos
«Amáos, sois iguales, sois hermanos,»
Tú fundes en tu amor los corazones.

¿Qué hay de grande sin tí? ¡Oh! quién pudiera
Tanto timbre cantar, tanta victoria!
Intentarlo mi lengua agravio fuera
Y mancilla del brillo de tu gloria.
Las catacumbas sólo, esa mortuoria
Región donde el espíritu cristiano

Diera comienzo á su inmortal historia,
El colmo son de heroicidad tremenda:
Un sublime poema sobrehumano
Que apenas cabe en ideal leyenda.

Y siguen las innúmeras legiones
De mártires que vuelan al tormento
Y entonan sacros himnos de contento
Mientras vierten la sangre á borbotones.
Y surgen invencibles campeones
Que, dejando su patria y sus hogares,
En alas de la Fe cruzan los mares,
Y traspasan desiertos y montañas,
Y del bárbaro buscan los aduares,
Y buscan del salvaje las cabañas,
Y van regando con su sangre el suelo
Por conquistar á su verdugo un cielo.

Mirad á esa mujer, si no es un ángel,
Arrostrar los peligros de la guerra;
Y cuando tiembla la medrosa tierra
Al hórrido tronar de la metralla,
Vedla correr á do la bomba estalla,
Vendar la herida al infeliz soldado,
Infundirle valor y ánimo fuerte
Sin cuidarse que súbita á su lado
La amenaza otra bomba con la muerte.

Es obra de la Fe que en tanta hazaña
Alentó del Cruzado el noble pecho;

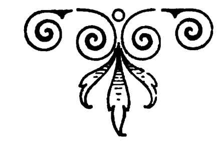
De aquella Fe por la que, siendo estrecho
El viejo mundo á la piadosa España,
Tocara Dios la frente de un gigante
Y en medio del océano profundo
Brotara virginal un nuevo mundo.

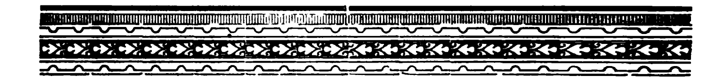
¡Oh Fe, sagrada Fe, que has realizado
Las más grandes iliadas y odiseas,
Y de lauros, trofeos y preseas
Á mi patria querida has abrumado:
¿Quién reniega de tí, si tú hermoseas
Los ásperos caminos de este suelo
Y en las horas de angustia nos recreas
Con la esperanza del futuro cielo?
¡Fe que mi madre en amoroso anhelo
Con besos me encendió... ¡bendita seas!

Ah! sonreid con desdeñoso ceño,
Incrédulos, al ver mi fe sencilla.
Sé que todo en el mundo es muy pequeño;
Sé que todo es relámpago que brilla
Y desparece rápido: un ensueño
Tan vano y engañoso como breve.
¿Qué fué del genio que asombró á la Historia,
El gran Napoleón?... ¡es polvo leve
La mayor cifra de la humana gloria!

¡Arriba, corazón! ¡arriba, arriba!
Aquí tu excelsa aspiración se estrella;

No merece esta vida que se viva;
Todo es ficción y desengaño en ella.
¡Arriba, corazón! padece y ora:
El insondable abismo
De la inmensa ansiedad que te devora
¿Quién le puede llenar?... ¡Solo Dios mismo!





EL HUMO Y LA MUJER

Del humo desprendido de la hoguera
Fórmase densa, tenebrosa nube,
Que poco á poco se dilata y sube
Hasta perderse en la azulada esfera.

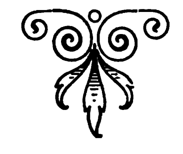
Y á cada capa que del éter hiende,
Contemplo que la nube vagarosa
Va adquiriendo los tintes de la rosa
Y es más brillante cuanto más asciende.

Es de ver que al compás con que del suelo
Alejándose va, más se dilata,
Y se trueca en vellón de nívea plata,
Sutil encaje que festona el cielo.

Ya no es el humo de la tierra obscura;
Es un límpido espejo transparente;

Es un nimbo de luz resplandeciente,
Trono de nácar donde el sol fulgura.

La mujer es lo mismo que la nube:
Cuanto más de este mundo se levanta,
Más hermosa aparece y más encanta,
Y ángel se torna si hasta el cielo sube.





EL TIEMPO

¡Eheu fugaces,
Postume, Postume, labuntur anni!
(Horacio.)

PROMETEO verdugo de tí mismo
Que vives devorándote sañudo,
Titán sublime que en inmenso abismo
Vertiginoso te despeñas rudo:
Monstruo cruel que con silencio mudo
Al paso con que rápido caminas
Huyendo de tu vida vas viviendo,
Por virtud de tu muerte renaciendo,
Trocando imperios y hacinando ruinas:
Detén, detén un punto tu carrera;
Díme lo que eres.... ¡luego!
Antes que en la vorágine ligera
En que ciclón sin freno te desatas,
Se me escape este aliento que tú, ciego,
Apenas concedido, me arrebatas.
¡Un instante, no más! que yo te mire
Antes que envuelto en tu furor espire
Al empuje fatal con que me hieres.

¡Oh, Tiempo! ¡oh, genio que sin tregua giras
Burlando así mi ardiente pensamiento!
Fénix que naces á la vez que mueres!
Tú mismo te devoras en tus iras;
¡Ni dispones de un mísero momento
Para decirme súbito lo que eres!

¿Eres del río el curso arrebatado
Que al mar, de do salió, corre incesante
Para tornar á recorrer lo andado
Sin parar un instante?
¿Eres errátil y fugaz estrella
Que va á perderse en el vacío obscuro?
¿Eres del rayo la veloz centella,
Que á no verla se esconde á mi mirada?...
¡Oh, Tiempo: habla, detente!
Tu pasado no es nada,
Ni es nada tu futuro;
¡Y tu fútil, brevísimo presente
No dura fugitivo
El instante en que loco te concibo!

Sucumbieron mil pueblos y naciones
Al soplo asolador de tu destino;
Y de nuevo cien mil generaciones
Empujándose en raudo remolino
Surgieron en veloces sucesiones.
En vano pudo en movediza arcilla
Algunos nombres escribir la Historia:
Pasaron, y con ellos su memoria,

Cual desparece luego
La ráfaga amarilla
De un puñado de pólvora en el fuego.

¿Qué eres ¡oh Tiempo! en tu existencia breve?
Imagen del más frío escepticismo;
Una línea invisible que se mueve
Separando á un abismo de otro abismo;
La expresión del *no ser;* sombra fingida;
Un saludo á la vida
Que se hiela en los labios de la muerte;
Una insana quimera
Que abandona á vacía calavera;
Un... ¡Adios!... ¡te he perdido
Para una eternidad, ¡oh sombra vana!
Como yo, de igual suerte
Mil mundos morirán sin conocerte!...
¡¡Sarcasmo horrible de la ciencia humana!!





PENSAMIENTO

De un poderoso del mundo
Descubrí la tumba helada.
¡Qué luz en su horror profundo!
¡Cuánto ví no viendo nada!





LOS DOS CIEGOS

(FÁBULA SABIDA)

AUNQUE ciegos los dos de nacimiento,
Conocían tan bien su pueblecillo,
Que, gracias á su instinto y á su tiento,
Jamás les fué preciso lazarillo.

El claro rayo del febeo coche
De nada á nuestros ciegos les servía;
Y siéndoles igual día que noche,
Lo mismo iban de noche que de día.

Una tarde, ya el sol tras del ocaso,
Cada cual mendigando su sustento,
Los dos ciegos juntáronse al acaso
Á la entrada de un próximo convento.

Llenaron bien la *andorga* los mendigos
De garbanzos y arroz nadando en grasa;
Y juntitos los dos, cual dos amigos,
Se dispusieron á volver á casa.

—«La noche será obscura», dice el lego,
Y ya que no tenemos lazarillo,
Bueno es (propuso un ciego al otro ciego)
Que encendamos mi pobre farolillo.

—Eres muy ciego; la ceguera misma.
¡Vaya una necedad más extremada!
Si por ciego te rompes tú la crisma,
¿De qué te sirve ese farol?... de nada.

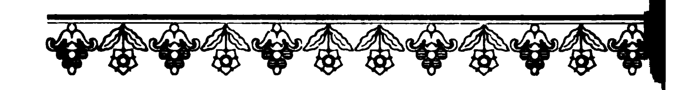
Repuso el del farol con doble idea:
—Más ciega es tu ceguera, según creo;
Si yo enciendo esta luz no es porque vea,
Sino para que vean que no veo.

Así puedo ir seguro por la calle
Sin que nadie en las sombras me atropelle,
Y en cualquiera peligro que yo me halle,
Me avisarán para que no me estrelle.

Entraron en la aldea. Uno de prisa
Al doblar una esquina, á bocajarro,
Cediendo el paso al que á la luz divisa,
Al otro ciego le arrolló en el barro.

No lo olvidéis, ¡oh ciegos ignorantes!
Que entráis sin luz alguna en discusiones:
Ó que no sabéis nada haced ver antes,
Ó tendréis que sufrir mil revolcones.





Á LA PINTURA [1]

EXALTADA la mente gigantea
Al soplo de la musa creadora,
Sorprender la belleza encantadora
En que el Numen supremo se recrea;

Jugar con lo invisible que aletea
En ese ambiente donde el ángel mora,
Y robando reflejos á la aurora
Dar al sueño color, forma á la idea;

Combinar con los mágicos pinceles
Los radiantes matices de Natura,
Completar el afán de Paxiteles

Y añadir hermosura á la hermosura.....
Ese es el arte del divino Apeles;
La ambición del poeta: la *Pintura.*

---

1 Soneto laureado con accésit en el Certamen celebrado en Alcoy el 28 de Abril de 1900.



COMUNICACIÓN ESPIRITISTA

Escuchad con atención
Lo que en franca relación
Me va Allán Kardec dictando,
Mientras me estoy arrascando
En la oreja un sabañón.

Cansado de andar errante
Por el espacio profundo,
Me reencarné, Dios mediante,
En un *bicharraco* inmundo
Que crió un pobre estudiante.

No se supo la lección
Cierto día mi habitado,
Y el maestro, de un coscorrón,
Me dejó rehabilitado
Para otra reencarnación.

Por vez tercera, de nuevo
Bajé al mundo una mañana,
Y (á decirlo no me atrevo)

Salí de un pequeño huevo
Hecho y *torcido* una rana.

Un mes canté el *¡Roque! ¡Roque!*
Y un Roque por maravilla
Respondió á mi voz sencilla;
Y, burlado el alcornoque,
¡Zas! me convirtió en tortilla.

Después fuí pulga; habité
Entre galas y entre andrajos,
Sustos sin cuento pasé,
Hasta que, al fin, terminé
Entre uñas con mis trabajos.

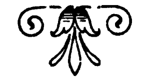
Luego fuí gallina, loro,
Escarabajo, cangrejo,
Rata, murciélago, toro,
Chimpancé, lombriz, conejo,
Y, después, perro de un moro.

Y en premio de tanto azote
Que siendo perro sufrí,
Logró mi espíritu en dote
Animar á un hotentote
Y... hotentote me morí.

Después renací poeta,
Filósofo casquivano,
Fuí ciega con pandereta,

Monja, sastre, anacoreta,
Ama de cría y gitano.

Mi perfección se avecina.
Hoy estoy por mi fortuna
Y por permisión divina...
¡Bailando con Proserpina
Una mazurka en la luna!





LA LEGIÓN DE HONOR

¡SANTO inmortal de Loyola!
Gigante que en sí condensa
Toda la grandeza inmensa
De la nación española.
Sí; que es tu hermosa aureola
De tan grandes proporciones,
Que, á no sobrarle blasones,
Tu nombre á España bastara
Para que nunca envidiara
Las glorias de otras naciones.

Sol fulgente y diamantino
De los montes euskaldunas:
Ser en cuyo ser adunas
Mezcla de humano y divino:
Que en consorcio peregrino
Siendo tu anhelo el de Dios,
De su gloria siempre en pos,
Lograste en tu heróica historia
Fundir tu gloria en su gloria
Formando una entre las dos.

Fuera ridículo empeño
Querer bosquejarte, oh santo:
¡Tan grande eres, vales tanto...
Y yo tan bajo y pequeño!...
¿Cómo formar tu diseño?
Al no hallar comparación,
Sólo abarco la extensión
De tu ciclópea grandeza
Humillando la cabeza
Y elevando el corazón.

Torpe la impiedad procura,
Aunque sus artes redoble,
Empañar tu imagen noble,
Siempre hidalga, siempre pura.
Que tu colosal figura
Sobre tan rudos afanes,
Como en brazos de titanes
Surge arrogante hasta el cielo,
De caballeros modelo,
Espejo de capitanes.

Alzando el patrio estandarte
Con intrépido valor,
Te impones al invasor
En el navarro baluarte.
Nada es capaz de arredrarte;
Más el peligro te alienta;
Y cuando á tus pies revienta
La bomba y tumba te ofrece,

Más tu pecho se enardece,
Más tu valor se acrecienta.

Con el muro á un tiempo mismo,
De la bomba al choque horrendo
Envuelto en polvo y estruendo
Al ir rodando al abismo,
Con extremado heroismo,
Ébrio de bélica saña,
Mientras tu sangre te baña
Y al fondo te precipitas,
Levantas la voz y gritas:
«¡Muero por Dios!... ¡Viva España!»

Corazón tan singular,
Un alma tan generosa
Para empresa más gloriosa
Los quería Dios guardar.
Es muy poco batallar
Por la honra de una nación;
Hay más empeñada acción
Donde encontrar mayor palma:
¡Las tempestades del alma,
Las luchas del corazón!

Y ahogó un rugido iracundo
En sus cavernas Satán;
¡Dios te elige Capitán
De su legión en el mundo!
Legión de honor sin segundo,

Vanguardia heróica y valiente
Que del ocaso al oriente
En continua y cruda guerra
Tremolara por la tierra
Su enseña resplandeciente.

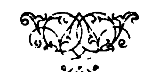
¡Gran Compañía en verdad
Cuyo escudo en la batalla
Es un corazón que no halla
Dique á su fe y caridad!
Calúmniete la maldad;
Búrlese en impío alarde
Del santo fuego que en tí arde;
Brillarás más vivamente:
¡Tanto más vale el valiente
Cuanto más le odia el cobarde!

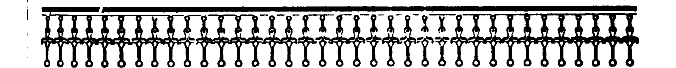
¿Buscan sabios?... mil lumbreras
Brotan de tu rico seno
Que tienen el mundo lleno
De honras imperecederas.
En las celestes esferas
Y en las ramas infinitas
Que á la ciencia están prescritas,
Apenas habrá progresos
Donde no se hallen impresos
Cien nombres de jesuítas.

¿Quieren santos?... sus fulgores
Ostentan en los altares

Los mártires á millares,
Á miles los confesores.
Cállense los detractores:
Enmudezca la falsía:
Tú eres, ¡oh gran Compañía!
Por tu ciencia y santidad,
Alma de la sociedad,
Su vida, su luz, su guía.

¿Y cómo no, si has nacido
Del amoroso costado
De un Dios que muere inmolado
Por redimir al caído?
Serás lo que siempre has sido:
Invencible en la campaña;
Astro que jamás se empaña;
Grande y santa cual tú sola;
¡Al fin... hija de Loyola,
Orgullo y honor de España!





Á NUESTRA PATRONA

La Concepción sin mancha de María;
El gran prodigio de que Dios se ufana:
La belleza, de todas soberana,
Concreción de la suma poesía;

La hermosura en que el Cielo se extasía;
La que el poder y la bondad hermana;
Quien prestó al Creador su forma humana...
¡Esa es la Reina de la patria mla!

Virgen santa, que tienes por corona
La gloria de ser Madre del Eterno,
Que á tu amor sus amores eslabona:

¿No es igual tu poder que tu amor tierno?
¡Muestra que eres de España la Patrona:
Salva al pueblo español; vence al Infierno!





AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

ODA

Caro mea vere est cibus, et sanguis meus vere est potus.
(*Joan.* VI, 52)

EXCELSO arcángel, desde tu áureo asiento
Con tu espada de fuego ven y toca
Mi pecadora boca;
Pásala por mi labio
Purificando mi terreno aliento
Para que pueda con menor agravio
Cantar tan admirable Sacramento.
Elevado querub, templa mi lira
Y en ella deposita esos raudales
De arpegios y de acordes celestiales
Que el trono del Altísimo te inspira.
Y tú, encendido serafín, desciende;
Y de esa hoguera que tu ser inflama
Una vívida llama
En este pobre corazón enciende.
Angeles todos, moradores bellos
De la eterna mansión de la ventura:
Prestadme los clarísimos destellos

De la alma luz que en vuestro edén fulgura;
Prestadme esos torrentes de armonía,
Esos himnos de mística dulzura
Remolinos de aroma y melodía,
Esa tierna, infinita poesía
Que allá en vuestros alcázares se encierra;
Porque todos los sones de la tierra,
Los trinos de canoros ruiseñores,
Los lánguidos rumores
Del aura jugueteando en la espesura,
Los ecos de los mares,
Los arrullos, ensayos de cantares,
Que la brisa modula entre las flores;
Las notas cadenciosas de la fuente
Que entre perlas se quiebra y se desata,
La leda catarata
De cambiantes que un sol de oro fulgente
Vierte en el lago de brillante plata;
Cuanto puede fingir la inquieta mente
Del arte en los delirios creadores;
Cuanto puede soñarse en este suelo
En hechizos, en luces, en colores,...
Todo es pálido y triste, débil canto,
Incapaz de llegar al que es del cielo
Eterna admiración, eterno encanto.

¡Oh gloria, oh luz del santo Paraíso!
De Sabaoth delicia y embeleso,
Hijo de Dios que en sin igual exceso
Verter su sangre por los hombres quiso!

¡Miradle!... ahí está preso
De arrobado deliquio en las prisiones.
Miradle sonreir... ¡cómo nos mira!
Sólo amor apetece;
Únicamente por amor suspira,
Amor nos pide, por amor fallece.

¡Oh prodigio insondable! ¡oh gran portento!
El autor de mil mundos soberano;
Quien de soles bordara el firmamento;
El que sustenta con potente mano
Cuanto en la inmensa creación se agita,
Prendado de mi amor, mi amor reclama,
Y, derretido en abrasada llama,
Todo por mí su corazón palpita!

¡Ay! amándome tanto,
¿Por qué, por qué mis ojos á torrentes
No vierten sin cesar acerbo llanto?
¿Por qué no se desgarran de quebranto
Mis entrañas ardientes?
¿Por qué ¡oh cielos! un áspero cilicio
Mis carnes no tortura?
¿Por qué no me intoxica la amargura?
¿Por qué no pago en eternal suplicio,
Donde mi sangre sin piedad derrame,
Mi negra ingratitud, mi culpa infame?

Tú me diste, Señor, un mundo hermoso
Venero de placer y de armonía;

Un sol esplendoroso
Que se alza altivo alborozando al día;
Una alba luna que en la noche umbría
Preside ese espectáculo grandioso
De inefable, sublime poesía.
Todo lo hiciste para mi regalo:
El mar soberbio que iracundo brama
Ofreciéndome perlas y corales;
La aurora que oro y grana desparrama
Por la tierra y espacios siderales;
Vistosos y pintados animales;
Pájaros mil de múltiples colores
Que los campos alegran con sus trinos;
Valles cubiertos de olorosas flores,
Alturas con paisajes peregrinos.
¡Todo hermoso, admirable, sonriente!...
Y para Rey de tan gentil morada,
Me diste un corazón grande y vehemente,
Volcán de nobilísimas pasiones;
Esta elevada frente
Do brotan prodigiosas concepciones;
Esta regia mirada
Que irradia vivo fuego
Y esta alma con tu imagen adornada,
Para que siempre te adorara ciego.

¡Y te llegué á ofender!... ¿Y no hubo un rayo
Que mi ingrata existencia aniquilara?
¿Ó á tu diestra embargó letal desmayo
Que el fragor de tus iras sofocara?

Un rugido de bárbara alegría
Dejó escapar el cavernoso averno,
Y la muerte sus alas extendía
Á sumergirme en el dolor eterno.
Pero al verme el Señor en su amor tierno
Entre las fauces del tartáreo abismo,
Vindica su justicia
Á muerte condenando á su hijo mismo,
Entre Él y mi maldad hostia propicia.

¡Y allí está, en un pesebre, el Rey del cielo!
¡Un niño, que es un sol, pobre y desnudo!
¡Y es una noche del invierno crudo,
Y están las nubes lloviznando hielo!
Vedle allí, de su madre en el regázo;
La sonrisa entreabrió sus labios rojos;
Y levantando el tiernecito brazo,
Nos dice en la dulzura de sus ojos:
«Por vuestro bien, por redimir al mundo,
Á este extremo llegó mi amor profundo.»

¿Mas no basta á expiar mi culpa fea
Que todo un Dios, que adora el Paraíso,
Humillado se vea
Al dolor de nacer? Se hace preciso
Sangre que apague la fulmínea tea;
Y pues la ofensa á un Dios es infinita,
También se necesita
Que infinita en valor la sangre sea.

Cruza, cruza, Jesús, por el desierto
De tu vida, de abrojos erizada;
Ya la hora es llegada;
¡Ansía el mundo ingrato verte muerto!

¡Oh!... ¿dónde, dónde encontrará mi labio
Lenguaje en que expresar trance tan fuerte?
«¡Pueblo mío! ¿en qué pude yo ofenderte,
Ó en qué pudo mi amor causarte agravio?
¿No soy todo bondad?... ¿Por qué se irrita
Tu pecho contra mí de tal manera?»
Y el pueblo ¡pueblo inícuo! «¡Muera! ¡muera!»
Ébrio de saña, enronquecido grita.

«¡Muera, sí, muera!» en rencoroso empeño
Repite sin cesar la turba aleve
Escupiendo aquel rostro peregrino
Que el cielo apenas á mirar se atreve!
Y Jesús, arrastrando enorme leño,
Sube, empujado por la infame plebe,
Del Calvario fatídico á la cumbre;
Y allí interpuesto, de la Cruz pendiente,
Entre el suelo inclemente
Y el cielo que en su horror niega su lumbre,
El autor de la vida... ¡oh alma mía,
Llora anegada en tu dolor profundo!
¡¡Un Dios exhala en hórrida agonía
El suspiro postrer que salvó al mundo!!

¡Oh Jesús! ¡oh delicia del Dios fuerte!

Toda tu sangre derramar te plugo
Por rescatarme de la eterna muerte,
¿Y aun amas al que ha sido tu verdugo?
Sí; yo, torpe, raquítico gusano,
Armé mi diestra de tajante acero
Y á tí, Bien de mi vida, en vil madero
Te dí la muerte con furor insano.
Yo taladré esas manos que sostienen
La inmensidad del universo entero;
Yo apagué esa mirada de clemencia;
Yo acibaré esos labios de do tienen
Tierra y cielos pendiente su existencia;
Y, apartado tu espíritu divino
De tu cuerpo desnudo,
¡Sacrilegio final! mi rudo brazo
Tu pecho taladró con hierro agudo.

¡Moriste! La Justicia está vengada.
La esclava Humanidad, ya desatada
De las cadenas que forjó el infierno,
De par en par abiertas
Ve del edén las diamantinas puertas.
¡Glorioso redentor! El Padre tierno
Te espera complacido:
Salvaste al hombre; enmudeció el profundo;
Tu misión has cumplido;
Sube á los cielos; abandona al mundo.

«Voy á mi Padre, sí; mas yo no os dejo:
Mi amor es infinito, voraz llama,

Y aun es poco morir; mi amor reclama
Amaros más y más; no, no me alejo.
Antes que cumpla el redentor destino
Que á la tierra me trajo; antes que muera,
Este pan es mi cuerpo, y este vino
Mi sangre es verdadera;
Comed, bebed,... mi corazón se abisma
En encendida, arrebatada hoguera:
Quiero unirme á vosotros de manera
Que sea vuestro ser y vida misma.
Venid á mí; seré vuestro alimento;
Aquí me retendrá mi amor profundo
Sin faltar un momento
De entre vosotros hasta el fin del mundo.»

Así dijo el Cordero inmaculado,
Cercano ya al tremendo sacrificio;
¡Y no excluyó al discípulo malvado
Que, haciendo en sí mis veces y mi oficio,
Allá en su negro corazón avieso
Ansiaba darle de traición el beso!

¡Oh amor! ¡oh amor! cielos; pasmáos;
Confundíos, mortales;
De lo alto moradores eternales,
Adorad tal misterio,... anonadáos.
¡Un Dios á mí, tan baja criatura?
¡Oh monstruoso prodigio de ternura!
¿Cómo unir mi humildad á su grandeza?
¡Oh vértigo de amor!... ¡oh desvarío!

¡No cabe ni aun pensarlo en mi cabeza,
Ni sé cómo alabarte, Jesús mío!

Te veo con la Fe. Velo nevado
Oculta de tu gloria los fulgores
Y en la hostia sacrosanta aprisionado
Me brindas con dulcísimos amores.
Sí; yo te veo en el sagrario estrecho
Prisionero de amor... ¡cómo suspiras!
¡Con qué ternura, mi Jesús, me miras
Mostrándome de amor herido el pecho!
«Ven, hijo mío, ven; tengo un tesoro,
Una fuente de dichas inefables:
Ven; quiero darte por un «yo te adoro»
Un abismo de bienes perdurables.
Dame tu corazón; yo soy tu amigo,
Tu tierno padre, tu mejor hermano:
Por tí bajo del cielo soberano
Para hacerte feliz y estar contigo.
No me desoigas, ven; tengo en mi mano
Más que puede soñar tu ardiente anhelo;
Amándome es el modo
De hallar la dicha que atesora el cielo;
Poseyéndome á mí, lo tienes todo.
¿Á qué rebuscas con zozobra y pena
Placeres en que el alma se envenena?
Ven á mí, hijo querido:
Mi amor tan sólo satisface y llena.
Ven, ven, por tí se abrasan mis entrañas;
El infierno vomita fieras sañas;

Yo soy la paz, la verdadera vida;
Esa es fugaz, su gozo fementido;
Ven á mí: que no quiero ver perdida
Un alma que mi sangre ha redimido.
Ven, alma cara, y en mi pecho anida;
Corresponde al amor con que te llamo;
¿Dó hallarás un amante más sincero?
¿Quién te puede amar más que lo que te amo?
¿Quién te puede querer más que te quiero?
Sólo ansío tu bien; ¿qué necesito
De tí, mi pobre y débil criatura?
Mas te amo con amor que es infinito,
Y... yo quiero colmarte de ventura.
Yo quiero unirme á tí con lazo estrecho,
Pero unirme por siempre, íntimamente:
Que yo more en tu pecho,
Que tú en mi pecho mores,
Los dos fundidos en el fuego ardiente
Del inmenso volcán de mis amores.»

¡Oh mi Dios y Señor! .. ¿no me confundo?
El Santo, el Sumo, el Creador potente
Que arrancó de la nada á lo profundo
Ese universo hermoso y sorprendente:
Esos vastos abismos insondables
Do ruedan con magnífica armonía
Á miriadas los mundos admirables
Que en luz anegan la región vacía:
Tú, Numen inmortal, Rey soberano
Cuyo trono es el cielo esplendoroso,

Cuya voz es el trueno fragoroso
Y el rayo cetro de tu augusta mano,
¿Tú, Señor, deponer tu poderío
Y el amor mendigar de este gusano?
¡Oh sublime, divino desvarío!
¡Oh milagro de amor! ¡oh excelso arcano!

¡Hombres! ¡hombres! ¿qué hacéis? Un Dios se humilla
Á ser, preso de amor, vuestro alimento.
¿Impasibles estáis? .. El firmamento
Retiembla al contemplar tal maravilla;
Lleno de hondo pavor, oculto el rostro,
Dobla el ángel la trémula rodilla.
¡Oh mortales, venid!... En uno junto
Todo el fuego de vuestros corazones;
Condensadas las más vivas pasiones
De todos nuestros seres en un punto;
Ni unida á nuestro amor la santa hoguera
En que el puro querub le adora ciego,
Ni que fuego la tierra se volviera,
Ni que mil mundos se volvieran fuego,
Fuera bastante amor, fuego bastante
Con que amarle en retorno, cual nos ama
De nuestro Dios el corazón gigante.

Allí está... ¡solo!..., en derredor penumbra.
Hornacina estrechísima le encierra.
Apenas mustia lámpara le alumbra.
¡Y es el Rey de los cielos y la tierra!

¿Cómo así, mi Señor, tan solitario?
¿Por qué no se disputan á porfía
Los hombres tu divina compañía
Estáticos al pie de tu sagrario?
¡Oh negra ingratitud! ¡Ay! todavía
Se repite la escena del Calvario!!...

Yo también, mi Jesús, también yo he sido
Un sacrílego Judas. En mi seno
Mil veces te he tenido
Y mil veces, Señor, te arrojé lleno
De improperios y escarnio... ¡Y aun me ofreces
Sonriendo tu amor!... ¡y aun apeteces
Darme tu corazón!... ¡á mí, que ingrato
Volví á crucificarte tantas veces!

No me llames, Señor; deja que se hunda
Tan procaz pecador en el infierno:
Que mi ser para siempre se confunda
En las mazmorras del horror eterno.
No me llames, Señor; ¿cómo acercarme
Yo tan vil, tan ingrata criatura?
¿Cómo no avergonzarme
Ni morirme de angustia y amargura?

¡Ay! quisiera verter sangriento lloro
Y borrar mi impiedad y alevosía.
¡¡Perdón, Jesús amable!!... yo te adoro
Con toda la efusión del alma mía.

14

A tí voy, mi Jesús, pues tú lo quieres;
Abrásame, amor mío, en ese fuego;
Haz de mí, dulce Bien, lo que quisieres:
Desde hoy por siempre el corazón te entrego.
¡Oh!... yo anhelara en mi deseo ciego
Los corazones de los hombres todos
Para amarte, Señor, de cuantos modos
Ha inventado el amor más encendido.
Ven á mi corazón, Dueño querido:
Y ya que por mi amor te has humanado,
Mi pecho con el tuyo confundido,
Quede yo por tu amor divinizado.

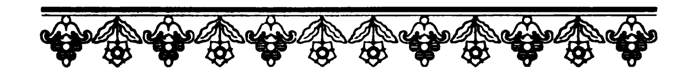
¡Ya estás dentro de mí!... No te separes;
Abrásame en tu hoguera;
Jamás, mi buen Jesús, me desampares;
Haz que viva en tu amor y en tu amor muera.
¡Ya eres mío!... ¡qué gozo!... Almos querubes,
Ángeles todos del Empíreo santo:
Venid en vuestras sonrosadas nubes;
Adorad en mi pecho á vuestro encanto.
¡Ya eres mío!... y pues quieres que te pida
Cuanto en sus ansias mi deseo entraña,
Yo te ruego... ¡que reines en España,
En esta patria mía tan querida!

Sea tu corazón su fuerte egida;
Amarte sin cesar su bella historia;
Tu amor su hermoso lema;

Tu amor su heróico, su constante emblema;
Tu amor sus timbres, su brillante gloria.

Reina en España, sí; sé nuestro dueño.
Y embriagados con tu amor ardiente,
Sea nuestro vivir un dulce sueño
Cuyo precioso despertar risueño
Sea amarte en el cielo eternamente.





Á MARÍA EN SU ASUNCIÓN

Impulsado por las alas
De hermosísimos querubes,
Un trono de blancas nubes
Hiende la etérea región.
En nimbos de luz y aromas
Se destaca la figura
De la gentil criatura
Reina de la creación.

Dejando fúlgida estela
Va alejándose del suelo,
Y rásgase el alto cielo
Mostrando su inmensidad.
Entre miriadas de arcángeles
Y encendidos serafines
Brilla en los sumos confines
La Divina Majestad.

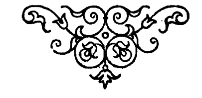
No hay mágicos coloridos
Para pintar esta escena:
¡El mismo Dios se enajena
Todo abrasado en amor!
Dijérase que á los cielos
Leve penumbra envolvía,
Y hoy les nace nuevo día,
Nuevo sol deslumbrador.

Cantad, moradores bellos
De las empíreas mansiones:
Llenad con vuestras canciones
La insondable inmensidad.
Legítimo es vuestro gozo,
Pues ya tenéis desde ahora
Á vuestra Reina y Señora;
Cantad alegres, cantad.

Pero, en tanto, el triste suelo
¿Qué hará sumido en sus males?
¿Á quién los pobres mortales
Volverán en su dolor?
Cuando me rasguen el alma
De este yermo los abrojos
¿Á quién tornaré los ojos
En demanda de favor?

No; renazca mi esperanza:
Que Jesús al morir dijo

Que me tuvieras por hijo
Y yo por mi madre á tí.
¡Mi madre!... ¡y eres la Reina
Del cielo, y de Dios encanto!
Quien tal es y me ama tanto
¿Podrá olvidarse de mí?





¡ES TARDE!

Sudor frío en el rostro macilento,
Lívido el labio, el pecho comprimido,
Entrecortado el estertóreo aliento
Por horrible quejido.
Los turbios ojos de letal mirada
Retratan todo un mundo de amargura;
Al pie se abre la estrecha sepultura;
Falta poco... un instante... un *¡ay!*... un nada.

Tarde es para pensar. Aterradores
Ahuyentan mil espectros toda calma;
Asfixia, congestión, fieros dolores;
Ahogado el pecho, envenenada el alma.
Tarde es para pensar. Pasó la vida
Entre el ruido brutal de las pasiones;
La razón, por la pena obscurecida,
Sólo engendra monstruosas concepciones.
Tarde es para pensar. Vivas serpientes
De cien formas extrañas
Con afilados y sañudos dientes

Desgarran fibra á fibra las entrañas.
Huracanes de negros pensamientos
Exaltan la demencia;
Rudos remordimientos
Atormentan acerbos la conciencia.
Ciego, desesperado,
El loco moribundo
Batalla en el furor de su impotencia;
Desasido del mundo
Y á la bárbara inercia abandonado,
Lucha consigo mismo
Entre las fauces del eterno abismo.

¡Terrible reluchar! No hay esperanza.
Hiélase el corazón; el cerebro arde;
La muerte á pasos de gigante avanza...
«¡Confesión! ¡Confesión!...» ¡Maldito!.. es tarde!

Suprema convulsión; postrer rugido;
Sordo trueno estallando en la cabeza...
¡Muere! ya el tiempo es ido.
¡Un infierno sin fin para tí empieza!





EL CÉFIRO Y LA PEONÍA

FÁBULA

IBA un cefirillo
De ilusiones lleno
Por jardín ameno
Susurrando amor.
«La flor que me brinde
Más dulce ambrosía,
De noche y de día
Tendrá en mí un cantor.

Ébrio con su aroma,
Cantaré sus galas,
Con mis suaves alas
Yo la meceré;
Y en tiernos gemidos
Y en blandos arrullos
Sus bellos capullos
Yo columpiaré.

Mostrad vuestro seno,
Matizadas flores,
Y por mis amores
Ofrecedme olor.
Á la flor más bella,
De más ambrosía,
De noche y de día
Cantaré mi amor.»

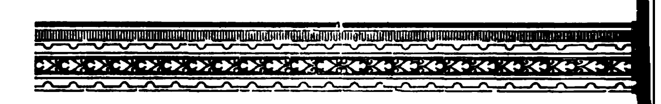
Así el cefirillo
Su afán exhalando,
Fuése deslizando
Por todo el pensil.
Y todas las flores
El cáliz abrieron
Y aroma ofrecieron
Al viento sutil.

Una peonía
Díjole hechicera,
Surgiendo altanera
De entre las demás:
«Yo soy la sultana
Del pensil ameno;
Te ofrezco mi seno;
Ven, feliz serás.»

Loco el cefirillo
Las alas repliega;
Tal beldad le ciega,

Y júrale amor.
De aroma sediento
Sobre ella se posa;
Mas... ¡flor tan hermosa
No tenía olor!

Tenga esto presente
El incauto joven,
Y así no le roben
Afecto y quietud:
Vana es la belleza,
Vana es la hermosura
Sin la esencia pura
Que da la virtud.



LA REINA DE LAS FLORES

Brilla más leda la aurora;
Más plácida es la mañana;
La campiña se engalana
De exuberante verdor.
El sol difunde á torrentes
Su luz por la limpia esfera:
La naturaleza entera
Rebosa vida y amor.

Como sonrisa de un ángel,
Como el ósculo de un niño,
Como el maternal cariño,
Como la ilusión primer,
Muéstrase Mayo entre galas
Derrochando poesía:
¡Es que es el mes de María,
Del cielo encanto y placer!

Es que María es la rosa
Reina de todas las flores:

La madre de los amores;
La gloria del Hacedor.
Es que María es la virgen
Venero de la dulzura,
Dechado de la hermosura
Que embelesa al Creador.

Y en explosión sorprendente
Trinos, gorgeos, rumores,
Luz, aromas y colores
Forman inmenso raudal:
Que acordes los seres todos
Para cantar á María
Lanzan toda la armonía
Del concierto universal.

Y en medio de ese concierto
Que tierra y espacios llena,
¡María! doquier resuena
Por el cerúleo confín.
No es sino el eco lejano
Que repercute en el suelo,
Del himno que alza en el cielo,
De gozo ébrio, el querubín.

¡María! susurra el aura;
¡María! modula el ave;
¡María! responde suave
La vacía cavidad.
¡María! en ritmos diversos

Cantan la noche y el día,
Y en ecos sin fin *¡María!*
Repite la inmensidad.

Y abren sus broches las flores
Y el ambiente se embalsama;
La vida en amor se inflama
Por insólita emoción.
Todo es belleza y hechizos;
Todo es placer y alegría;
¡Es que es el mes de María,
De la pura Concepción!

¡María! nombre dulcísimo
Que encierra todo un poema!
Siempre para mí fué tema
De tiernísimo cantar.
Y presta á mis pobres rimas
Tal armonía este nombre,
Que puede mi canto de hombre
Al del ángel igualar.

Porque el nombre de María
Lo endulza y sublima todo:
Mis labios de térreo lodo
Se purifican con él;
Y al pronunciarle, mi lengua
De tal sabor se satura
Que es amarga la dulzura
Del rico panal de miel.

Cantad, cantad á María,
Brisas, pájaros y flores:
Rendid constantes loores
Á la hermosa Concepción.
Yo también iré cantando,
Uniéndome á vuestro coro,
Á esa Virgen que yo adoro
Con todo mi corazón.

¡Señora! si por cantarte
Algún premio he merecido,
Concédeme el que te pido:
Que te cante hasta morir.
Mi último suspiro sea
¡María!... que de esa suerte
Será mi dichosa muerte
Albor de eterno vivir.





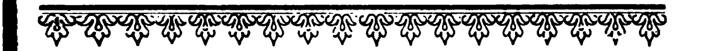
AL LUJO

FALSO brillo que ciega al que te mira;
Vano hechizo que arrastra al sucio crimen;
Cadenas de oropel que ahogan y oprimen,
Do muere el alma y la virtud espira.

Tu diosa-moda en inventar delira
Galas que eclipsan y locura imprimen;
Y mil necios sonríen mientras gimen
Velando su dolor con tu mentira.

Torna á la humana sociedad tu influjo
De hedionda carne en repugnante feria,
¡Mercancía embalada en un dibujo!

¡Y hay quien da el puro honor por vil materia,
Por fingir más honor!... ¡Maldito lujo,
Dorado pedestal de la miseria!



RICO TESORO

(CUENTO FANTÁSTICO)

I.

TABIQUE por medio, juntos
En sus lechos cinerarios,
Envueltos en los sudarios
Enterraron dos difuntos.

Un día temblor ignoto
Produjo sordo crujido,
Y con con fatídico ruido
El tabique cayó roto.

Ambos muertos despertaron,
Y las feas calaveras
Volviendo, sus cuencas hueras
De hito en hito se clavaron.

—¿Quién ha turbado mi sueño?
—Deja que igual te demande.
—Que soy un magnate, un Grande!...
—Y yo un mendigo, un pequeño.

—Mi noble alcurnia encumbrada...
—Permíteme que me ría;
¿Qué hay de tu tumba á la mía?
Un poco de barro... nada.

—¡Que así á un magnate un mendigo
Trate con toscos modales!...
—Todos somos aquí iguales
En estos reinos, amigo.

—Mi nombre guarda la Historia;
Fué mi esclava la fortuna.
—Yo no tengo historia alguna,
Ni ha de admirarme tu gloria.

—Mira arriba: ¿qué te enseña
Mi epitafio?
—¡Insensatez!
Si grande es mi pequeñez,
Tu grandeza es bien pequeña.

—¡Escrito en oro: «Aquí yace
El Muy Noble, prez y brillo...!»
—Mi epitafio es más sencillo,
Dice: *Requiescat in pace.*

—Honor, placer,... una orgía
Fué mi existencia en el suelo.
—Pues yo viví sin anhelo
Con mi pan de cada día.

—De flores y cintas llena
Verás mi urna funeraria.
—No me falte una plegaria
De un alma sencilla y buena.

—Ya verás hoy de qué suerte
Me honra estirpe esclarecida.
—El que tuvo honrada vida
No quiere honras en la muerte.

—¿Quién más rico que yo ha sido?
—Tal vez yo... ¡vete á saber!
—Fué muy grande mi poder.
—Pues bien poco te ha valido.

—¿Y aún osas hablarme así,
Andrajoso pordiosero?
—No te enfades, compañero!...
—¡Yo compañero de tí?

—Bien se ve; si en pobre caja
Pudro mis restos humanos,
Sucio montón de gusanos
Cubre tu rica mortaja.

Polvo los dos, cieno inmundo,
De muerto á muerto... vá *cero*.
Conque... ¡á dormir, compañero!
¡Á esperar el fin del mundo!

—¡Miserable!...
—Me es igual;

Con todo tu señorío
Serás compañero mío
Siempre, hasta el Juicio final.

—¡Qué humillación!
— Duerme en calma:
Quién sea más de los dos
Lo veremos cuando Dios
Nos vuelva á enviar el alma.

II.

De pronto, pasos inciertos
Se oyeron sobre las losas,
Y ambos muertos en sus fosas
Se callaron... como muertos.

Negro esclavo con primor
Cuelga corona esplendente
Que está diciendo á la gente:
«¡Aquí yace un gran señor!»

Cabe la hoya del mendigo
Póstrase humilde de hinojos,
Vertiendo llanto los ojos,
Un pobre, del muerto amigo.

Y mientras desparecía
El siervo del potentado,

El pobre, allí arrodillado,
Sollozando así decía:

«¡Amigo del corazón!
Bendígate el alto cielo,
Cual se lo pide el anhelo
De mi ferviente oración.

No corona, esta flor lacia
Te traigo;... no tengo cobre,...
Pues de ser, como tú, pobre,
Tengo la inmensa desgracia.»

—*¿Desgracia?*—lejano acento
Por la esfera retumbó,
Y de súbito rasgó
Luz brillantísima el viento.

Y, cual si fuera un conjuro,
Las blancas losas se alzaron,
Y las dos tumbas mostraron
Su fondo helado y obscuro.

¡Extraña visión!... Horrible
Salta un monstruo envuelto en fuego,
Y glorioso surge luego
Un varón, bello, apacible.

Absorto el vivo vacila
Presa de gozo y de pena:

Que si el placer le enajena,
Grande terror le aniquila.

Y escucha, mudo testigo,
Esta doble exclamación:
—¡Yo soy el rico Epulón!
—¡Yo soy Lázaro el mendigo!

III.

Tan sublime visión desvanecida,
Salió el vivo gritando: «¿Qué es el oro?
La pobreza de Lázaro es tesoro,
¡Tesoro eterno para eterna vida!»





LA ASUNCIÓN DE MARÍA

Veni de Libano, sponsa mea;
veni de Libano, veni, coronaberis.
(Cant. iv, 8.)

¿Quién es esa beldad encantadora
Que, en brazos de su amado reclinada,
La región de los aires incolora
Cruzando va, de aromas circundada?

¿Quién es, que el sol cual nunca esplendoroso
Á torrentes derrama sus destellos,
Besando, entre humillado y envidioso,
De esa virgen los nítidos cabellos?

¿Quién es, que ufana la Natura entera
Se inunda de placer y de alegría,
Y coros mil en la cerúlea esfera
Cantan himnos de insólita armonía?

¿Quién es esa doncella venturosa
Que en blanca nube se remonta al cielo

Dibujando una estela de oro y rosa,
Triste dejando al miserable suelo?

Ledos celajes de encendida grana
Bordan radiantes la triunfal carrera.
Nunca en Mayo se ha visto una mañana
Tan dulce, tan risueña y placentera.

Cataratas de luz deslumbradora,
Remolinos de aroma embriagadores,
Mil auroras que forman una aurora
De mágicos y vivos resplandores.

Y en medio de tan raro encantamiento,
Que arrebata y suspende á la Natura,
Á través de un girón del firmamento
Colúmbrase de Dios la mansión pura.

Y allá... muy alto... en la suprema cumbre
Que se hunde en los recónditos confines,
Un trono surge de rosada lumbre
En hombros de fulgentes serafines.

Allí está Dios; con ansiedad espera
Al puro objeto de su amor eterno:
Y el gozo que su gloria reverbera
Su ser abrasa en arrebato tierno.

«Ven del Líbano, ven, casta azucena:
Deja ese triste y miserable suelo:

Ven, de poderes y de gracia llena,
Á ser la Reina del inmenso Cielo.

Ven á mis brazos. Á tu nombre santo
Temblará de Satán la grey precita:
Tú serás todo mi sublime encanto;
Tu influencia en mi amor será infinita.»

Y de nuevo mil cantos celestiales
Por la insondable cavidad resuenan;
De perfume que gira en espirales
Los ámbitos sin límites se llenan.

Cual góndola ideal que el viento vago
Impulsa con dulcísimos suspiros,
Y el límpido cristal del manso lago
Corta bogando en caprichosos giros,

Así la bella, nacarada nube
Por alados querubes impelida
Por el piélago azul serena sube
Al centro eterno de la eterna vida.

¡Oh, feliz nube!... cuanto más te alejas,
Más en los cielos la alegría crece;
Pero ¡cuán desolados ¡ay! nos dejas!
¡Cuál la mísera tierra se obscurece!

¿Qué serás, oh mortal, sin norte y faro,
Del abismo en el piélago profundo?

Huérfano débil, sin materno amparo,
¿Qué serás en el yermo de este mundo?

Ruge Satán con furibunda saña:
De las pasiones el volcán revienta;
Cual de heno leve temblorosa caña,
Te arrastra entre sus furias la tormenta.

Todo es en derredor llanto y abrojos
La que era tu sostén subióse al cielo:
¿A quién volver los suplicantes ojos
En demanda de amparo y de consuelo?

¿Ya no te acuerdas, celestial Señora,
Cuando espirando con afán prolijo
Del Gólgota en la cumbre redentora
Por madre nuestra te dejó tu hijo?

¿Y así nos dejas en el valle obscuro
De estos azares que llamamos vida?
¿Y es tan férvido y grande tu amor puro,
Y así dejas á mi alma dolorida?

Cuando consuelo mi dolor reclame,
¿Á quién acudiré? Cuando el mar ruja,
Y la fragosa tempestad rebrame,
Y estalle el rayo y la barquilla cruja,

¿Quién ¡ay de mí! me tenderá una mano
Para guiarme al anhelado puerto?
¿Quién ¡ay! enjugará mi llanto insano,
De mi existencia en el erial desierto?

¡Alienta, corazón! La Virgen pura,
Al ausentarse de la humilde tierra,
Te ha dejado su amor y su ternura:
No temas de Luzbel la ruda guerra.

No temas, corazón, lucha valiente;
María te promete la victoria;
Es casi como Dios, omnipotente:
Ella es dueña del mundo y de la gloria.

Huyan, sí, mis temores y recelos;
La poderosa, la sin par María,
La Reina de la tierra y de los cielos,
La que es madre de Dios... ¡es madre mía!





EL NOMBRE DE MARÍA

¡María! Tanta dulzura
Este santo nombre encierra,
Que nada puede en la tierra
Compararsele con él;
Ni el aroma de la rosa,
Ni los gorgeos del ave,
Ni el rumor del aura suave,
Ni aun el sabor de la miel.

Es algo más que armonía,
Es algo más que dulzura,
Más que el sueño de alma pura,
Más que inocencia y candor.
Es la expresión con que supo
Dios, en sublimado exceso,
Traducir el embeleso
De su inmensurable amor.

Concentrada en ese nombre
Encuentra Dios su delicia,
Y la celestial milicia

Le repite sin cesar.
Y palpita, al pronunciarle,
De gozo el inmenso cielo;
De flores cúbrese el suelo,
Y todo convida á amar.

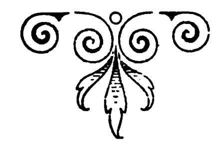
Es el nombre de María
Universal amuleto
Á cuyo influjo secreto
Se rinde la creación.
Y se embalsaman los labios
Al modular ese nombre,
Y se dilatan del hombre
Los senos del corazón.

Los que arrastráis esta vida
Hollando espinas y abrojos
Y ávidos giráis los ojos
De calma y consuelo en pos,
Invocad, pobres humanos,
Este nombre de *María;*
¿No os llenará de alegría
Si es la alegría de Dios?

Yo le pronuncio mil veces
Con fruición infinita,
Y al pronunciarle se agita
Estremecido mi ser.
Porque en este dulce nombre
Mi esperanza reconcentro

Y tan sólo en él encuentro
El centro de mi placer.

Que si es de los cielos gozo,
Es de la tierra el encanto;
Dios le ha dado poder tanto
Que no es posible mayor.
Es refugio del doliente,
Es del náufrago la guía,
Es como el sol es al día,
Gozo y vida, luz y amor.





LA PAZ

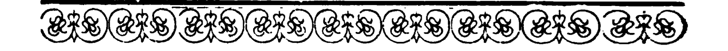
¡Salve, oh Paz! antorcha que ilumina
Las sendas verdaderas del progreso:
Angel bendito, á cuyo dulce beso
Estalla el gozo y la virtud germina.

Del placer mensajera peregrina,
Tienes al bien en tu regazo preso,
Y su abundancia en desbordado exceso
Nos muestra que eres bendición divina.

Furia siniestra que, del odio fruto,
Sembrando de cadáveres la tierra,
Alzas tu imperio en lágrimas y luto:

Huye al antro infernal, maldita Guerra,
Y deja que, al amor dando tributo,
Goce las dichas que la Paz encierra.





AURAS PRIMAVERALES

Radiante de placer y de hermosura
Despiértase gentil la primavera,
Cual virgen que soñando en su ventura
Nupciales galas con afán espera.
De los próvidos senos de Natura
Derrámase la vida por doquiera,
Y al ósculo de amor que el sol le envía
Inúndase la tierra de alegría.

Huyó el invierno y se borró su estrago;
La entumecida planta se estremece
Del aura tibia al generoso halago;
La inmensa creación rejuvenece;
Vibrando el polen por el aire vago
Esperanzas ubérrimas ofrece;
Bendición del amor de los amores,
El cielo es todo luz, la tierra flores.

Aleteando las brisas matinales
En sosegados y apacibles giros,

Aromas van pidiendo á los rosales
Meciéndoles con lánguidos suspiros.
Del arroyo al romperse los cristales
En lucientes topacios y zafiros,
Saltan perlas á ser leda guirnalda
De aureo botón en broches de esmeralda.

Todo es vida, expansión y movimiento;
Nuevos tonos de luz, nuevos primores;
Sonríe el azulado firmamento
Desatando cascadas de colores;
Y la fuente y el pájaro y el viento
En escalas de ritmos seductores
Preludian en acorde, alegre ensayo
El himno universal del mes de Mayo.

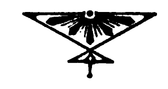
Y hay que agotar la mágica armonía,
Derrochar mil tesoros de hermosura,
Y á los cielos robarles su ambrosía,
Y al mundo embrïagarle de dulzura.
Que es Mayo el mes risueño de María,
La sola bella, la bendita y pura;
Y en honor de la que es Reina del cielo
Nada son los encantos de este suelo.

¡María! nombre peregrino y suave
Que encierra para mí todo embeleso:
Nombre que á mieles á mi labio sabe:
Nombre más dulce en sin igual exceso

(Si con él algo compararse cabe)
Que de una madre el amoroso beso!
¡Oh...! *¡María...!* dejadme que delire
Y que, ese nombre repitiendo, expire.

El pecho encuentra la anhelada calma,
Se embalsama el dolor, cura la herida,
Y horizontes sin fin ábrense al alma,
Y presiéntese el gozo de otra vida.
Amarte sin cesar sea mi palma,
Oh cifra de mis ansias bendecida;
Y en premio de mi amor, Señora, dame...
Que en tu amor más y más mi ser se inflame.

Á porfía celebren tus loores,
Oh virgen Madre del Amor Hermoso,
Auras, fuentes y pájaros y flores.
Cuanto existe en el mundo de armonioso
Forme endechas y cánticos de amores;
Y en medio de concierto tan grandioso
Que del orbe los límites rebase,
Hostia de amor mi corazón se abrase.





LA DAMA Y LA CARBONERA

FÁBULA

A una carbonera un día
Cierta envidiosa doncella,
Que por parecer más bella
Mil afeites discurría,

Le dijo:—¿Por qué razón
Te han de llamar *La Salada*,
Con esa cara tiznada
Del polvillo del carbón?

Con mucha pimienta y salsa
Respondió la otra discreta:
—Porque una sucia peseta
Vale más que una onza falsa.

La belleza artificial
Con su engañador encanto
Nunca podrá valer tanto
Como la que es natural.

AL HIJO DEL TRUENO

¿Es esta España la España
Que esclavizó á la fortuna
Y á la torpe media luna
Holló altiva con su pie?
¿Es la matrona arrogante
Digna de su antigua historia,
La que, abrumada de gloria,
De dos mundos reina fué?

¿Es aquella España invicta,
Aquella pujante España
Que para obrar tanta hazaña
Pequeña á la Europa halló?
¿La que levantó su trono
Con cien coronas de reyes,
Y á las naciones dió leyes
Y al mundo entero asombró?

¡Ay! la heroica vencedora
De las Navas y Lepanto
Sumida en amargo llanto

Recuerda el pasado ayer.
En vez de verdes laureles
Cíñenla agudos abrojos;
Y doquier torna los ojos,
Negrura ve por doquier.

Ya no es España la España
De quien el nombre tan sólo
Desde el uno al otro polo
Causara veneración.
Hoy está pobre, abatida,
Destrozados sus blasones,
Roto el manto en mil girones
Y herida en el corazón.

¿Quién, oh patria, te redujo
Á tan miserable estado?
¿Quién tu pecho ha desgarrado?
¿Quién te puso ese dogal?
¡¡Castigo de Dios!!... Si grande,
Si gloriosa fuiste un día,
Fué que Dios te conducía
Por tu carrera triunfal.

Si con tu espada quebraste
La agarena cimitarra,
Fué porque era la moharra
De tu bandera la Cruz;
Porque Dios te daba aliento,
Porque luchaba á tu lado

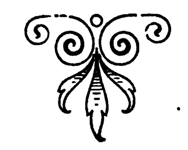
Como caudillo y soldado
Santiago en nimbos de luz.

Despierta, pues, patria mía:
Torna los ojos al cielo;
Allí sólo halla consuelo
Quien va de consuelo en pos.
La *Libertad* te hace esclava:
La Fe levanta y redime
¡Volverás á ser sublime
Cuando te vuelvas á Dios!

Vuelve á Dios, patria querida;
Él bondadoso te llama
Porque te protege y ama
Con un amor singular.
El mismo Jesús lo dice
Ansioso de rescatarte:
«¡Mucho más que en otra parte,
Quiero en España reinar!»

Y tú, inmortal Zebedeo,
De las Españas Patrono,
No dejes en abandono
Á esta tu amada nación.
Ven; con tu acero defiende
Á este pueblo infortunado,
Ya que Dios le ha confiado
Á tu guarda y protección.

Oh Santiago, Hijo del Trueno,
Cuyo nombre simboliza
Nuestra victoria en la liza,
Sé nuestro ángel tutelar.
Vuelva á ser lo que fué siempre
Esta mi patria querida
Á la sombra bendecida
De la Virgen del Pilar.





JESÚS Á SAN ANTONIO

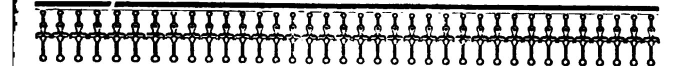
Si no es bastante descender del cielo
Por amor de los pobres pecadores;
Si aun es poco cargar con los dolores
Y las miserias del ingrato suelo,

En el delirio de mi inmenso anhelo
Rebosando el volcán de mis amores,
Quiero á fuerza de bienes y favores
Mover del hombre el corazón de hielo.

Siervo mío: en tus manos deposito
De mi amor el tesoro inagotable,
Venero de venturas infinito.

Acuda á tí el más pobre y miserable,
De razón ciega y pecho de granito;
Oye sus ruegos, y el milagro le hable.





LA VUELTA DEL SOLDADO

I.

TODAVÍA el uniforme
Con el polvo del combate,
Trocados en gozo inmenso
Tantas fatigas y azares,
Torna el soldado á su aldea,
Torna á abrazar á su madre.
¡Qué poco el vapor avanza,
Y cruza veloz los mares!
¡Qué tardo el tren se desliza,
Y casi es volar lo que hace!
Es que el tiempo, si se mide
Al compás con que ahora late
El corazón del soldado
Que en ansias férvidas arde,
Parece que se estaciona
Y es un siglo cada instante.
Llenas de color y vida
Preséntanse las imágenes
De aquella campiña alegre

Con sus huertas y olivares,
Y aquellas casitas pardas
Que parecen agruparse
Como tímidos polluelos
En derredor de su madre,
Á la sombra bienhechora
De la iglesia venerable.
Entre esas casas humildes
Bañadas de un sol radiante
Hay dos que, siendo pequeñas,
Encierran dichas tan grandes!...
   Volver á verlas ¡qué gozo!
Y atravesar sus zaguanes
Y allá al amor de la lumbre,
Sin zozobras ni pesares,
Embriagarse de amores,
De los amores constantes
Que dieron vida á su vida
Desde el día en que alejarse
Le vieron, para animoso
Lanzarse al rudo combate
Y por la honra de la Patria
Derramar su heroica sangre.
   Vuela, oh tren, vuélvete rayo;
Lleva pronto á esos hogares
La dicha que tanto anhelan
Con infinitos afanes
El corazón de una moza
Y el corazón de una madre.

II.

—¡Chica!—dirá el veterano
Cuando ella salga á esperarle,
Y en transporte irresistible
Corra hacia él anhelante,—
Aquí traigo, sobre el pecho,
Como tú me lo colgaste,
El doblemente bendito
Escapulario del Carmen.
No me acosté un solo día
Sin rezarle ni besarle,
Y cuando yo le besaba...
¡Pensaba en tí y en mi madre!
Toma; yo te lo devuelvo:
¿Te has asustado al mirarle?
Esa mancha, no te asustes,
Es una mancha de sangre;
¡Sangre mía!... Traidor plomo
Del enemigo cobarde
Vino á taladrarme el pecho
Y el corazón traspasarme.
Yo rodé al suelo exclamando:
«¡Valedme, Virgen del Carmen!»
Y... ya lo ves; una mancha
Como exvoto ante esa imagen,
Y una cicatriz honrosa
Que atestigüe lo que vale
Esta cruz que sobre el pecho
Ostento con noble alarde.»

III.

—¡Madre!—dirá el veterano
Cuando la anciana le abrace
Y embargada de alegría
No se canse de besarle,—
¡Madre! ya estoy á tu lado
Para nunca separarme.
¡Oh con qué anhelo esperaba
Llegara este hermoso instante!
¡Cuántas horas de vigilia!
¡Cuántos suspiros y afanes!
¡Cuántas lágrimas tus ojos
Habrán derramado, madre!
Pero, mira, aquí me tienes
Para nunca separarme.
No llores más; ¡otro abrazo
Y otro beso! que me saben
Como sabrán en la gloria
Las dulzuras celestiales.

IV.

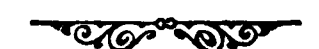
Al divisar á su pueblo
Allá en el fondo del valle,
El corazón del soldado
¡Con qué violencia late!
¡Bendito seas! exclama
Con emoción inefable.
¡Bendito seáis mil veces
Pobres, queridos hogares,

Cuna de mis ilusiones,
Objeto de mis afanes,
Que guardáis los dos tesoros
Para mí más apreciables:
¡El ángel de mis ensueños
Y el cariño de mi madre!
¡Oh! no hay tierra más hermosa
Ni pueblo que se te iguale;
Ni vegas como estas vegas,
Ni aire más puro que este aire,
Ni cielo como este cielo
Que envidiarían los ángeles.

V.

Con su guerrera ajustada,
Con su pantalón granate,
Con su gorra cuartelera
Inclinada hacia adelante;
Con su licencia en el seno
Y su cruz de plata mate,
Entra el soldado en la aldea,
Entre saludos y plácemes
Más ufano que un caudillo
Vencedor en cien combates.
Compañeros de la infancia
Que acudís á saludarle,
Muchachas, vecinos todos
Que os agrupáis anhelantes
Y le abrumáis á preguntas
Y no cesáis de mirarle:

Dejad que no se detenga,
Dejadle franca la calle:
Que al hijo de sus entrañas
Le está esperando su madre.
¡Su madre!... pobre ancianita!...
Vedla venir vacilante
Con los brazos extendidos
Muda de gozo inefable.
«¡Hijo mío!» «¡Madre mía!»
No hallan los labios más frases,
Y en abrazo prolongado
Se confunden hijo y madre.
Después... besos, muchos besos
Y dulce llanto á raudales
Y explosión indescriptible
De ventura inenarrable.
¡Oh codiciado momento
Fin de tantas ansiedades!
Nostalgia de largos días,
Noches de insomnio y afanes,
Fatigas del campamento,
Peligros de los combates,
Ausencia de eternos años
De penurias y de azares:
¿Quién se acuerda de vosotros
Ante una dicha tan grande?
¡¡Todo se borra y se olvida
Con un beso de una madre!!





EXPOSICIÓN DE CABALLOS

FÁBULA

Abrió un lugar que me callo
Un certamen en la plaza,
Para premiar al caballo
De más sangre y mejor raza.

Era el premio seis mil reales,
(Y no son muchas pesetas:
Que un certamen de animales
No es certamen de poetas).

Cada potro, de mil modos
Dice por su pelo y brío:
¡Yo soy el mejor de todos:
El premio debe ser mío!

—¡Por lo gallardo, el overo!
—¡El rodado, por lo hermoso!
—¡El alazán, por lo fiero!
—¡El tordo, por lo fogoso!

—¡El bayo para correr!
—¡Negro para poderío!
—¡Preferido debe ser
Por su resistencia el pío!

—¡Callad! —con feudal enojo
Relinchó un rocín, gran jaco
(Si no fuera tuerto y cojo,
Feo, raquítico y flaco).

Mi raza es de la gran Meca:
Tengo sangre del de Atila:
Mi bisabuelo es *Babieca* [1]
Cuyo renombre aun rutila.

Desciendo del que arrogante
Casi llegó á sacerdote; [2]
Soy hijo de *Rocinante*,
Orgullo de D. Quijote.

Luego el premio que hoy ofrece
Al mejor potro esta plaza,
¿Quién, como yo, lo merece
Por su sangre y por su raza?

—¡Cállese usted, so mostrenco!
Gritó el Alcalde Armengol:

[1] Caballo del Cid.

[2] Sabido es que Calígula tuvo intención de nombrar cónsul á su caballo *Incitato*, y hasta quiso agregarle al número de sacerdotes.

¿Dejarás de ser un penco
Aunque desciendas del sol?

Cojo y de tan mala traza,
¿Qué vale, oh cuerpo de alambre,
Que fuera tu padre hogaza
Si te estás cayendo de hambre?

Y yo añado á estas razones
Su deducción natural:
Nada son viejos blasones
Sin mérito personal.





BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN

SIN la faena ruda que al labrador fatiga,
Sin el helado invierno con sus rigores mil,
Agosto no tuviera diadema de áurea espiga
Ni orlárase de flores el sonriente Abril.

Sin los azares múltiples del férvido Oceano,
El codiciado arribo no se anhelara más;
Sin la prisión estrecha que lábrase el gusano,
En bella mariposa tornárase jamás.

Si la callada noche jamás tendido hubiera
Su misterioso velo por el azul confín,
El hombre ignoraría que la anchurosa esfera
De mundos rutilantes es piélago sin fin.

Así el dolor influye. Sin el crisol del duelo,
No aquilatara el hombre su excelsa aspiración,
Ni nunca vislumbrara tras el mezquino suelo
El nimbo de venturas que ansía el corazón.

¡Benditos, sí, benditos los ásperos abrojos
Que clávanse en mi planta, la vida al recorrer;

Si lágrimas amargas arrancan á mis ojos,
Al cielo la mirada me obligan á volver!

¡Bendito el desengaño que atarazó mi pecho,
Más noble en su crudeza que la ilusión falaz!
No engendra, no, esperanzas para abortar despecho:
Reprime afanes locos para encontrar la paz.

Destierra sugestiones del fementido mundo:
¡Qué sanas enseñanzas me dicta en el dolor!
Con el acento frío de su saber profundo
Me dice: «No te fíes del mundo engañador.

Como hoy lloras los sueños que ayer forjó tu mente,
Lo que hoy á soñar llegues mañana llorarás,
Y así el vacío inmenso de tu anhelar ardiente
Le harás mucho más grande cuanto tu anhelo es más.

No pienses en placeres. Cada hora es un guarismo
Que dobla con sarcasmo la suma del sufrir,
Y con engaños nuevos te empuja hacia un abismo
Que empieza donde acaba lo falso del vivir.

Reprima tu insensata fogosa fantasía
Sus incesantes giros, su rápido volar.
No hay goce en este mundo que dure un breve día:
Como traidor, sonríe para después matar.»

. . . .

¡Benditos, sí, benditos los ásperos abrojos
Que clávanse en mi planta, la vida al recorrer;

Si lágrimas amargas arrancan á mis ojos,
Al cielo la mirada me obligan á volver!

El llanto que derramo, del cielo es don sublime:
Que, si es castigo fuerte de torpe iniquidad,
Es vena de consuelos, es precio que redime,
Es fuerza que á Dios roba su paternal bondad.

Feliz, porque en mi lloro y en mis sentidas quejas
Borrando voy mis yerros y elevo el corazón.
¡Señor, yo te bendigo porque llorar me dejas!
Los que llorar no saben... ¡¡qué desdichados son!!





Á LA INMACULADA CONCEPCIÓN

¿Y eres tú, de los cielos Soberana,
La que de amor en lánguido desmayo
Su trono levantó cabe el Moncayo
Para ser Reina de la raza hispana?

¿Eres tú la invencible capitana
Que dió el triunfo á la enseña de Pelayo,
Y elegiste esta tierra para ensayo
De lo que vale la virtud cristiana?

¿Y puede quien de Reina así blasona
Ver sus reinos trocados en desiertos?
¿Qué madre á sus hijuelos abandona?

Á tí elevamos nuestros brazos yertos;
¡Sálvanos, si no quieres ser Patrona
De una nación de ruinas y de muertos!





¡SURSUM CORDA!

¿Qué tempestad te amedrenta
Ni qué temes, alma mía,
Si al esposo de María
Eliges por protector?
¡María!.. la Virgen pura,
Madre de Dios y del hombre;
Quien tiene por sobrenombre
«Madre del Hermoso Amor.»

José, fundido en la hoguera
Del amor con que á Dios ama,
Á los pecadores llama
Para colmarles de bien.
Socorrernos es su oficio;
Su afán, calmar nuestro duelo,
Protegernos en el suelo
Y llevarnos al Edén.

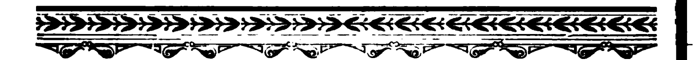
Si él mi ventura desea
Y su protección me brinda,
¿Habrá pena que me rinda
En el yermo terrenal?

¡Arriba! ¡arriba! alma mía:
Desafía al dolor fuerte;
Tu ser no acaba en la muerte;
Tu destino es inmortal.

Los dolores de la vida
Se han de trocar en ventura;
Germen de inmensa dulzura
Es la zozobra fugaz.
Alma mía: ora y batalla;
¿Qué es un instante de pena
Ante una esperanza, llena
De eterna ventura y paz?

Es muy pequeño y mezquino
El círculo de la tierra:
No te anonade la guerra
De vida tan corta y ruin.
Todo es efímero... sombra;
Eleva al cielo los ojos;
Son los mortales abrojos
Flores de eterno jardín.

Cree y espera, pecho mío:
De San José con la ayuda,
Saldrás de la lucha ruda
Digno de lauro eternal.
Lucha y ora: el llanto amargo
Que al pie de la cruz se vierte,
En aljófar se convierte
De una corona eternal.



LA CASITA DE NAZARET

CASITA humilde, nido de amores:
Del alto cielo los moradores
Piadosa envidia tienen de tí.
Raudos dejaran su trono de oro
Por gozar ellos del gran tesoro
Que ignora el mundo tener en sí.

Casita humilde, joyel precioso:
Dichosa guardas lo más hermoso
Que en cielo y tierra se puede ver:
María, la alma, la virgen bella,
José, su esposo, casto como ella,
Jesús, el Verbo del Sumo Ser.

Casita humilde, fuente escondida
De donde brota la nueva vida,
De donde fluye nuestra salud:
¿Quién no te admira? ¿quién no te adora,
Si todo es santo lo que en tí mora,
Si tú no encierras más que virtud?

¡Oh nazarena, santa casita,
Nidal de amores en donde habita
Todo el encanto del bello edén!
¡Feliz esclavo, si yo lo fuera
De tal familia, y en tí pudiera,
Casita humilde, vivir también.

Velando torpes vicios la vil hipocresía
Ó haciendo infame alarde de perversión el mal,
El depravado mundo febril se sumergía
En pútrido pantano de corrupción social.

Dictaba al mundo leyes la disoluta Roma;
Á su ominoso carro las razas sujetó;
Y, gráfico trasunto de la inmoral Sodoma,
Sus propias liviandades en dioses convirtió.

Los hombres divididos en siervos y tiranos,
Ninguno conocía la hermosa Caridad.
Blasfemia fuera entonces decir: «Somos hermanos;
De todas las virtudes la reina es la Humildad.»

Deshonra era el trabajo; gozar era el destino;
¡Væ victis! la divisa de toda aspiración.
Juzgóse á la venganza como placer divino,
Y ver sangre en el circo suprema fruición.

Como azucena entre abrojos,
Como oasis del desierto,
En el total desconcierto
Como excepción singular,

En Nazaret aparece
Sencilla, humilde, olvidada,
Una familia sagrada,
Una familia sin par.

Formando raro contraste
Con el corrompido mundo,
Halla lo alto en lo profundo
Y gozo en el padecer.
Se humilla siendo muy grande,
Huye de honras y riquezas;
Amor, trabajo y pobrezas
Constituyen su placer.

¿Y sabéis quiénes son?... No hay en el suelo
Lengua capaz de referir su historia;
Ni los mismos arcángeles del cielo
Saben cantar sus títulos de gloria.

Es María, la excelsa criatura
En quien la eterna Omnipotencia quiso
Los mares agotar de la hermosura
Que encierra el inefable Paraíso.

Es José, de los justos el dechado,
Que al querube más puro eclipsaría;
Según el corazón de Dios, formado
Para ser digno esposo de María.

Es Jesús, Dios de Dios, Dios infinito;
Quien llena los espacios con su nombre;
De la Virgen sin par fruto bendito
Para morir por la salud del hombre.

Sacra Familia, Trinidad terrena
Reflejo fiel de la que habita el cielo;
Sacra Familia, de virtudes llena,
Del doméstico hogar santo modelo.

¡Oh sacrosanto santuario
De amor y de fe encendida!
¡Oh vida de nuestra vida!
¡Oh fuente de redención!
Cincelado pebetero
De donde fragante nube
Constante á los cielos sube
La purísima oración.

Imán que atrae á la tierra
Las excelsas bendiciones;
De todos los corazones
Acueducto de salud.
¿Qué labio podrá cantarte,
Oh Familia sacrosanta,
Si el cielo en verte se encanta
Y se arroba en tu virtud?

¡Misterios sublimes! José conocía
Quién era la esposa que dióle el Señor:

El solar del honor y la hidalguía,
La patria de los héroes y los santos,
Tan grande en tus desdichas y quebrantos
Como grande en tu invicta bizarría.
¡España!... ¿Y habrá un hombre
Que pronuncie con cáustica ironía
El sacro nombre de mi patria amada?
¡Sacrílego procaz!... ¡lengua menguada!
¡¡De rodillas pronúnciase ese nombre!!

¡¡De rodillas!... que fué la cuna pía
De Loyolas, Guzmanes y Teresas.
¡De rodillas!... que en ella están impresas
Las huellas virginales de María!

Si hoy la contemplas infeliz matrona,
Bañado el rostro en angustiado llanto,
Hecho jirones el augusto manto
Y sin brillo su cetro y su corona,
La inmensidad de su dolor la abona;
Siempre el dolor es santo;
Siempre honrada ha de ser, si no temida,
La noble majestad; ella merece
Mayor respeto cuanto más caída.

Contrariada tal vez, jamás esclava,
Llegó á dictar á las naciones leyes;
El trono donde augusta se sentaba
Formábanle coronas
De cien vencidos reyes.

Temblaba á su presencia Europa entera;
El sol, al caminar en su carrera
Despertando á la vida nuevas zonas,
Heraldo fué, no más, de la bandera
Que unida con la Cruz no halló murallas,
Y, triunfante á través del mar profundo,
Sus victorias cantó por sus batallas,
Y estrecha halló la redondez del mundo.

¡Ay madre de invencibles campeones!
¿Qué fué de tu asombroso poderío?
¿Qué fué del rudo, del pujante brío
Que supo confundir á Napoleones?
Antigua vencedora de naciones,
Indecible dolor me causa verte:
Desceñida la regia vestidura,
Sentada entre las sombras de la muerte,
Semejas con la escuálida figura
De tu débil león, antes tan fuerte,
Muda estatua de fría sepultura
Do tus grandezas enterró la suerte!

Yo quisiera borrar de mi memoria
La causa de tu estado desvalido,
Y creer, patria mía, que has caído
Abrumada del peso de tu gloria.
Así lo diré al mundo. Esa matrona
Que parece velar en tumba helada,
Es tierna madre, de dolor transida;
No llora el esplendor de su corona:

18

Que llora tanta generosa vida
En aras de su honor sacrificada.
Y ese león que contempláis inerme,
No ha perdido su indómita bravura:
Es que, rendido, en su letargo duerme
Tras la ardiente y forzosa calentura.
Temblad si es que sacude su desmayo
Dando al aire la rígida melena;
Á su rugir de vibraciones bravas
Despertará la estirpe de Pelayo,
Se alzarán las legiones de las Navas,
Su nieve en fuego trocará el Moncayo,
Y desde el Ganges al soberbio Sena,
Desde Behring á la africana arena
Al mundo asombraría un Dos de Mayo.

¡Qué! ¿será, patria mía, que deliro,
La epopeya evocando de tu historia?
¿Será que yo te miro
Sirviéndome de prisma
El esplendor de tu pasada gloria?
¿Será sueño, no más, de mi ansia misma?

No; serás, patria mía, lo que has sido.
El sol en los eclipses no perece;
Más puro y más brillante resplandece
Cuanto más en tinieblas se vió hundido.
El hispano valor no se ha extinguido:
Hollando envidias y domando enconos

Volverás á surgir, oh patria mía,
Con tu antiguo esplendor, de gloria lleno,
Ó no son ¡vive el cielo! tus patronos
La Concepción sin mancha de María
Y el gran batallador Hijo del Trueno!





EN LA CORONACIÓN DE LA VIRGEN DE BEGOÑA

Beatam me dicent omnes generationes.

Los proféticos acentos
De la Virgen de Judea
Como una eterna odisea
Repercuten sin cesar.
En todas generaciones
Por Reina será aclamada:
«Á mí *Bienaventurada*
Por siempre me han de llamar.»

Y dichoso quien la alabe:
Que la amorosa alabanza
Será segura esperanza
De la eterna salvación.
Feliz quien tenga por Reina
Á esta Madre cariñosa:
Su vida será dichosa
Cual celestial bendición.

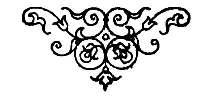
Por eso, cuando radiante
De inusitada alegría
Vasconia acude á María
Como á su gloria y su bien;
Cuando ofrece sus tesoros,
Fruto que el trabajo abona,
Para en preciosa corona
Ceñir la virgínea sien;

Cuando en Begoña congrégase
Y, doblando la rodilla,
Á la Virgen sin mancilla
La proclama Emperatriz,
El poeta y el filósofo
Dicen los dos de consuno:
«Si hay pueblos grandes, ved uno
Que es, cuanto grande, feliz.»

Grande y feliz, porque sabe
Conservar sus tradiciones
Y templar los corazones
Con el trabajo y la fe.
¿Y cómo no, si trabaja
Y, mientras trabaja, ora,
Y oro y virtud atesora
De la Virgen Santa al pie?

¡Sigue adelante, Vizcaya!
Que la Virgen de Begoña
Te libre de la ponzoña

De los vicios y el error.
Y pues tu Reina es María,
Sírvela; trabaja y ora:
¡El siervo de esa Señora
Es verdadero señor!





Á LA VIRGEN DEL CARMEN

(Á LA SRTA. MARÍA DE AZCUE Y GOROSTIZAGA)

Mil veces te canté, dulce señora:
Mil veces se perdió mi fantasía
Por las vagas regiones donde mora
La extática y sublime poesía.

Y recogí con insaciable anhelo
Cuantos tesoros de hermosura encierra
La presentida brillantez del cielo
Copiada en lo más bello de la tierra.

Y formé en los delirios de mi mente
Con todas las bellezas un conjunto.
Y hallé que el ideal más esplendente
Ni aun era de tu sombra fiel trasunto.

Orla es de luto la rosada aurora;
Bruma el fulgor de rutilante estrella;
Mancha es el sol que los espacios dora;
Negro borrón la concepción más bella.

Nada contigo comparable encuentro
De lo creado en el inmenso abismo.

¿Qué se puede igualar á la que es centro
Del amor y embeleso de Dios mismo?

De Dios espejo, de sus gracias arca,
Joyel donde guardó Dios sus antojos...
¡Cuanto la extensa creación abarca
No vale una mirada de tus ojos!

Á todo sobrepuja tu excelencia;
Del increado ser la más vecina:
Alarde de la Suma Omnipotencia....
¿Aun es poco decir? ¡¡Madre Divina!!

¡Madre de Dios!... Emperatriz del cielo:
De la Vida del mundo portadora:
Gozo y orgullo del terreno suelo:
De la insondable creación señora.

¡Madre del mismo Dios.... ser de los seres!
La Virgen entre todas la más pura;
La bendita entre todas las mujeres;
La más privilegiada criatura.

¡Y la madre de Dios es madre mía!
¡Y es la madre entre todas la más tierna!
¡Tú mi madre amantísima, María,
Gloria y encanto de la gloria eterna!

¿Quién es el ciego que infeliz se llama
Teniéndote por madre, alma Señora,

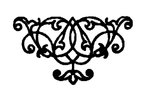
Si llena de su gracia Dios te aclama
Y en verte dar sus gracias se enamora?

Siempre te amé con singular cariño;
En tí fié mi vida y mi consuelo.
¡Mi madre me enseñó desde muy niño
Á invocar á la Virgen del Carmelo!

¿Y podré yo olvidarte, si tu nombre
Fué lo primero que aprendí en la cuna;
Si eres sostén del corazón del hombre;
Si, lejos de tu amor, no hay dicha alguna?

Aquí, sobre mi pecho suspendido,
Tu santo escapulario es mi esperanza;
Bálsamo dulce cuando gimo herido,
Iris que anuncia perennal bonanza.

Bendita seas, celestial señora;
Sé mi amparo y mi guía en este suelo;
Y, cuando suene de morir la hora,
No me olvides, oh Virgen del Carmelo.





Á JESÚS EN LA EUCARISTÍA

¿Qué más quieres hacer que lo que has hecho?
Tú mismo á mil tormentos ofrecerte
Hasta espirar en afrentosa muerte,
¿Y aun no estás, Jesús mío, satisfecho?

¡Oh! tu Divino Corazón, deshecho
En inmenso volcán, me ama de suerte
Que ansía unirse al mío en lazo fuerte
Y morar para siempre aquí en mi pecho.

Ven, sí, ven en tu amante desvarío;
Únete á mí, Jesús, de tal manera
Que se fundan los dos, tu ser y el mío.

Ven, Dios mío, y abrásame en tu hoguera;
Y, en tí mi amor, mi vida y mi albedrío,
En tu amor viva y por amarte muera.





EL AMOR[1]

Alpha et omega.

De mis anhelos móvil, de mis anhelos palma,
De él vengo y á él camino, de la ventura en pos;
Es alma de mi vida, la vida de mi alma,
El punto de mi origen, el centro de mi calma,
Emanación divina que me conduce á Dios.

¡Amor! ¿quién le define? Le siente el alma mía
Y en ese sentimiento se cifra mi existir;
Le siento, como siento la hermosa poesía,
Me inunda, cual me inunda la luz del claro día,
Bellezas que mi labio no sabe definir.

Amor soy yo, me dice meciéndose la cuna
De plácidos cantares al son arrullador;
Amor soy yo, me dice la macilenta luna:
Los pálidos reflejos que vierto en la laguna
Son ósculos ternísimos, y halagos son de amor.

[1] Composición laureada en los Juegos Forales celebrados en Córdoba el 29 de Mayo de 1903, consistiendo el premio en un magnífico reloj, centro de mesa, regalo de S. A. la Infanta Doña Isabel de Borbón.

Amor, dice la brisa con lánguidos rumores,
Soy yo, suspiro leve que vuela en el pensil,
Y obliga á que se inclinen besándose las flores
Y trémulas exhalen purísimos olores
Y embriaguen sus efluvios al sonriente Abril.

Amor soy yo, responde del sol el tibio rayo
Mientras jugando rasga la niebla matinal:
La entumecida tierra sacude su desmayo
Cediendo á mis caricias, y se bosqueja en Mayo
El mágico diseño de un mundo celestial.

Yo soy amor, contesta la gota de rocío
Temblando en la corola del cándido jazmín:
Á la abrasada planta que agosta el seco estío
Vivificante néctar con mi frescura envío;
Por mí rejuvenecen las frondas del jardín.

Yo soy amor, murmura la fuente cristalina
De perlas irisadas bordando el arenal:
Mi linfa es portadora de bendición divina:
De mí recibe el grano la fuerza en que germina,
Y trueco en paraíso lo que era triste erial.

Amor, la mar pregona, soy yo; seco mi seno,
El mundo tornaríase fatídico ataud.
Amor soy yo, repite rugiendo el ronco trueno:
El aire purifico, de insanos miasmas lleno,
Mantengo de los seres la vida y la salud.

De mil variados modos, con bello desaliño,
El sol, la brisa, el agua, la nube y el calor,
La madre en su regazo mostrándome su niño
Y el niño de su madre mostrándome el cariño,
De sí me dice todo que todo es puro amor.

¡Amor! pasión sublime de indefinible encanto;
Objeto que me atraes cual poderoso imán;
Aliento en mis empresas, sostén de mi quebranto;
El corazón me abrasas en holocausto santo;
De tí mis ansias vienen, y á tí mis ansias van.

Amor es de la vida la inagotable fuente;
Las criaturas todas efecto de amor son;
Y en el amor alientan, universal ambiente:
Que Dios es por sí mismo volcán de amor ardiente,
Y amor que de amor vive la extensa creación.

Amor fué la sonrisa que al mundo ornó de flores,
Y amor fué la asombrosa tragedia de la Cruz:
Que son uno en esencia los múltiples amores,
Como una es en esencia la luz de los colores
Y varios los colores que nacen de la luz.

Amor lo abarca todo cual círculo infinito
Que gira, por sus radios, de un punto en derredor;
Y Dios es ese centro que llena ese circuito,
Y todo lo creado, que está en Dios circunscrito,
Irradiación hermosa de su infinito amor.

¡Amor! único impulso de todas las acciones;
Esencia soberana del absoluto Ser;
Fluído misterioso de eternas vibraciones,
Magnética corriente que en suaves inducciones
Animación y vida despierta por doquier.

Sin tí, ni la existencia del mismo Dios concibo;
Tu bendecido influjo me agita sin cesar;
Por tí vivo muriendo y en tí muriendo vivo:
Que de la dulce muerte que por amar recibo,
Recibo nueva vida tan sólo para amar.

De goces inefables entre ideal cohorte
Amor es de las almas el soberano rey;
De todos los latidos amor es el resorte;
De todos los afanes amor el solo norte;
Su imperio es absoluto y universal su ley.

Inspiración que inflamas la mente del poeta;
Encantador arrullo del alma virginal;
Beldad que viertes luces, del genio en la paleta;
Aspiración que en éxtasis arrobas al asceta;
Calor vivificante del seno maternal.

¿Qué pecho, siendo noble, no goza en poseerte?
¿Y qué, sin tí, sería del pobre corazón?
Si no se aniquilaba, que fuèra ansiada suerte,
¡Qué triste viviría la vida de la muerte!
¡Terrible desventura! ¡Divina maldición!

Señor, bendito seas, que de la hermosa llama
Que abrasa de tu seno la excelsa inmensidad,
Me has dado esta centella que el corazón me inflama:
Permíteme que te ame como tu pecho me ama;
Derrítame en su lumbre tu santa caridad.

Que nada más amable que tú, Señor, existe:
Y ya que en mí alimentas tan férvida pasión,
Que no profane el fuego sagrado que me diste;
Arráncame del alma lo que á tu amor resistê;
Tu amor sea mi dicha, mi mismo corazón.

¡Amor de los amores!... que por amor respire;
Que amor sea mi vida, y amor todo mi ser;
Que sólo por amarte mi corazón suspire;
Que sólo por amarte mi ánima delire;
¡Tú solo eres el digno de todo mi querer!

Aunque es fuego volcánico, mi corazón es frío
Y es poco, aunque es tan grande, para poderte amar:
Si quieres, Bondad Suma, que te ame como ansío,
Ó el corazón me ensanchas, ó dame, dueño mío,
Los corazones todos que puedes tú crear.

Mirad si Dios es bueno; mirad si es todo amores;
Mirad si no merece mi eterna gratitud:
Por mí formó ese cielo de luz y de colores;
Por mí llenó la tierra de encantos y primores;
Por mí creó del orbe la inmensa magnitud.

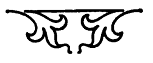
Y me atreví á ofenderle ¡yo, mísero gusano!
Y en vértigo de amores su cólera trocó,
Y, descendiendo humilde del trono soberano,
Bajó al ingrato mundo para llamarme hermano,
Y de mi amor en aras su sangre derramó.

¡Dios mío! ¿qué más puedes hacer que lo que has hecho?
¿Es poco dar tu sangre por redimirme á mí?
¡Amor no dice: *basta!* ¡No se halla satisfecho;
Y quiere en mí fundirse; morar aquí en mi pecho;
Hacerse todo mío; divinizarme así!

¡Oh vértigo de amores de un Dios tan bueno y pío,
Volcán inconcebible de inconcebible ardor!
¿Hay más que puedas darme, si todo eres ya mío?
¡Pero aun queda tu madre... y en dulce desvarío
Me das por madre mía la madre de tu amor!

. . . .
. . . .

¿Y habrá quien se resista, mi Dios, á tu amor tierno
Y en íntimo deliquio no adore tu bondad?...
Si premias al que te ama con un edén eterno,
El que su amor te niegue... merece horrible infierno;
¡Alimentarse de odio por una eternidad!





¡Y ES POSIBLE?

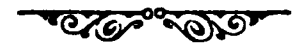
(SONETO)

¡Oh loco! que comprendo mi demencia
Y no quiero salir de mi locura:
Y viendo que es muy fútil é insegura,
Sueño creer que es eterna mi existencia.

¡Oh ciego! que á la luz de la evidencia
Ver no quiero la negra sepultura
Á do ruedo cual peña, de la altura
Arrojada con ruda violencia.

¡Oh necio, voluntario excepticismo!
Y un infierno me espera!... El trance fuerte
Acércase veloz;... tal vez hoy mismo,

Un instante no más... y, polvo inerte,
Me hundiré para siempre en el abismo!...
¡Y aun me río, insensato, de la muerte!





EL SANTO DE TODO EL MUNDO

Zelus domus tuæ comedit me.
(Psal. LXVIII, 10.)

SANTO admirable, colosal figura
Que en el cenit inmenso de la Historia
Con prodigiosa brillantez fulgura
Llenando el mundo con su excelsa gloria.
No; no es un genio que en osado vuelo
Penetra en el alcázar de la fama
Y eclipsa un día al aturdido suelo
Con los raros destellos de su llama;
Que, cien coronas refundiendo en una,
Arrastra como á esclava á la fortuna
Y del mundo se erige en soberano.
El *sofo* ilustre, el singular tirano,
Cuyos famosos nombres,
Admiración y pasmo de los hombres,
Fueron la cifra de una edad, ¿qué han sido?
¿Qué se hizo de su gloria?
¡Relámpago fugaz, estruendo vano!
Apenas si esculpieron su memoria
En epitafio breve,

Cuando ¡oh miseria del orgullo humano!
El tiempo la borró con mano aleve.
¡Todo en el mundo es ido!
Devóralo entre sombras el olvido!

No es la gloria de Antonio pasajera;
Imponiéndose al tiempo y al espacio,
Entre nimbos de luz y de topacio
Más se dilata y crece,
Con más fúlgidos rayos reverbera.
Siglos y zonas su triunfal carrera
Salva su heróica, su perenne fama.
Si atónito le admira el *siglo trece*
É insigne Taumaturgo le proclama
Por sus grandes portentos y bondades,
Al compás con que ruedan las edades
Y se trueca la faz de las naciones
Más el mundo le aclama,
Y el Héroe Franciscano
Adquiere más gigantes proporciones.

No es de Padua exclusivo patrimonio
De legítimo honor el nombre santo
Del seráfico Antonio:
Hácele suyo el universo mundo;
Con idéntica fe y amor profundo
Rayano en el delirio,
El esquimal le invoca
Cual le invoca el egipcio y el asirio.
Su nombre sin cesar de boca en boca

Se repite de un polo al otro polo.
No es de Padua tan sólo
Ni aun de sólo el cristiano;
¡Es *santo universal* el Paduano!

Que sea *universal* á nadie asombre.
Perfecto imitador de Diós hecho hombre
Que por todos igual su sangre vierte,
Antonio á todos con su amor convida;
Y su vida en el suelo fué de suerte
Que por dar á un mortal la eterna vida
Fuera su dicha recibir la muerte.

Sí; que amaba á su Dios con toda el alma:
Que la gloria de Dios era su gloria;
Que vivir para Diós era su historia;
Que morir para Dios era su palma.

Y que un Dios, el autor de lo creado,
Quien nada necesita
Para en inmenso, inenarrable abismo
Gozar de la delicia que infinita
Le llena contemplándose á sí mismo:
Que un Dios que toda plenitud encierra,
Oculto bajo el pobre y mortal velo,
Descienda humilde del augusto cielo
Á ser escarnio de la impía tierra,
Y en un madero infame,
¡Oh deliquio sin nombre, sin ségundo!
Su sangre preciosísima derrame

Por dar su gloria al miserable mundo....
¡Delirio fué de amor! Delirio siente
El grande Antonio cuando á Cristo mira,
Y ébrio de amor que por amor suspira,
Derrítese en amor su pecho ardiente.
Á todas partes gira;
Quiere ganar los corazones todos
Que Dios amara de tan finos modos;
Y en incansable apóstol convertido,
Por doquiera desbórdase su celo:
¡Que no se pierda el fruto bendecido
De aquella sangre que nos vale un cielo!

Y vedle recorrer pueblos y aldeas,
Y de rara elocuencia entre raudales
Exponer las altísimas ideas
De Dios y de sus dones inmortales.
Miradle con sublime valentía
Hollar las vanas pompas mundanales,
Confundir el orgullo y la herejía,
Calmar con su mirada á los que luchan,
Despertar contumaces pecadores
Y arrebatar en célicos ardores
Las almas todas que su voz escuchan.

En premio del amor en que se anega
Antonio y con Jesús se identifica,
Parece que el Señor le deifica
Y su poder sin límites le entrega.
¿Qué no alcanza de Dios cuando le ruega?

¿Que fuerza ó qué elemento
No cede y se doblega
Del gran Antonio al imperioso acento?
El mar revuelto su furor sosiega,
El náufrago salvó playas remotas,
Y halla en el puerto el codiciado abrigo;
El preso mira sus cadenas rotas;
Encuentra amparo el infeliz mendigo;
Logra el enfermo la salud perdida;
Ni aun los brazos helados de la muerte
Se resisten de Antonio al poder fuerte,
Y su presa devuelven á la vida.

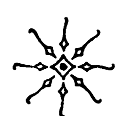
Pero si es grande en todo,
Su intenso celo por la Iglesia santa
Le ensalza y agiganta
De extraordinario modo.
¡Oh! con qué fuego sin cesar combate
Por la Esposa sin mancha del Cordero!
No se esconde y abate
Temiendo á los poderes de la tierra:
Puesta en Dios su esperanza,
Intrépido se lanza
Á morir por la Iglesia en ruda guerra.
Insta, increpa, conmina furibundo
Al insensato usurpador tirano:
Pregona los altísimos derechos
Que tiene como augusto soberano
El Vicario de Cristo en este mundo;
Y el tirano se humilla

Del sucesor de Pedro ante la silla.
¿Ha de estar Cristo, Rey de tierra y cielo,
Sin su propia y legítima corona?
¡Qué! ¿Dios mismo ha de ser en la persona
Que hace sus veces en el térreo suelo,
Esclavo de un infame reyezuelo?

El sanguinario y déspota Ezzelino
Que se ceba febril en la matanza;
El ciego y rencoroso gibelino
Que arde en sed de satánica venganza;
El soberbio Guyaldo
Que á Dios niega en la sacra Eucaristía;
Los secuaces de Waldo
Que arrojan en caótica herejíá
El germen del moderno socialismo,
Aliento de la bárbara anarquía...
Todos, y el César mismo,
Del grande Antonio ante la voz potente
Que arrastra con insólita elocuencia
Torrentes derramando de áurea ciencia,
Doblan confusos la orgullosa frente;
É invicta, centellante el claro brillo
De la inmortal corona,
Un himno universal la Iglesia entona,
Y de herejes Martillo
Al magno Taumaturgo le pregona.

¡Santo inmortal! Por siempre tu memoria
Cual gigantesco sol el mundo entero

Llenará con los rayos de tu gloria;
Desde el rey al humilde pordiosero,
Todos acuden á tus pies de hinojos.
Cantar el fecundísimo venero
De prodigios que brota de tus ojos,
Fuera empresa ilusoria;
Son tan grandes y fluyen en tal suma,
Que nunca habrá para escribirlos pluma,
Ni espacio encontraríase en la historia.
Enmudezco de asombro, Santo mío:
¡Un perpetuo milagro de milagros
Predica tu bondad y poderío!



¡.....!

¡Mirad! .. ¡Y es todo un Dios á cuyo acento
Radiante en luz se despertó la nada,
Y de miles de soles tachonada
Surgió la inmensidad del firmamento!

¡Miradle agonizar en cruel tormento,
Y apagarse el fulgor de su mirada,
Verter toda su sangre inmaculada...
¡Morir quien es universal aliento!

No extraño ¡oh Dios! que tu pasión cruenta
Sea escándalo á un mundo tan mezquino
Que de sangre y rencores se alimenta.

Que morir por trocar nuestro destino,
Dar la vida quien todo lo sustenta.....
¡Sólo cabe en un vértigo divino!





SUEÑO Y REALIDAD

(Á MI QUERIDO AMIGO EL DR. D. ANTONIO MIGUEL ROMÒN)

I.

¡Bello es el mundo! .. luz, aroma, flores,
Festines y algazara y armonía:
Todo un mar de embelesos y de amores
Sonríe por doquier al alma mía.

¡Bello es el mundo!... Encantadores seres
Brindan mil goces á mi afán profundo:
Embriáguese mi pecho de placeres:
¡Á vivir! .. ¡á gozar!... ¡Bello es el mundo!

Volar tras la ilusión fascinadora,
Apurar del amor la copa henchida,
Calmar la sed que al corazón devora,
Vivir para gozar ¡esa es la vida!

Conseguido un amor, otro amor quiero;
Alcanzado un afán, más mi afán crece;
La vida es un riquísimo venero;
Cuanta más dicha da, más dicha ofrece.

¡Á gozar!... Los edenes de Mahoma;
Todo aquel lujo que encerrara Tiro:
Cuanta molicie refinara Roma;
Cuantas delicias en la tierra miro.

¡Mucho más!... De oro caprichosos trenes;
Laberintos de aljófar deslumbrantes;
De alabastro y marfil bellos harenes
Cuajados de topacios y brillantes.

¡Mucho más!... El saber, el poderío
Que se puede juntar en todo el mundo:
Timbres, gloria, tributos... ¡cuanto ansío
En el delirio de mi afán fecundo!

Un abismo de incógnitas venturas
Abre á mi afán su inmensurable seno;
¡Mil años... cien mil años de dulzura!...
¿Aun más, oh corazón? ¿Aun no estás lleno?

II.

Ebria la mente, jadeante el pecho,
Agolpada la sangre en mi cabeza,
Á un ruido extraño abandoné mi lecho,
¡Y con mi sueño huyó tanta belleza!

Fatigado de tales sensaciones,
Salgo á aspirar la brisa de la tarde.
Agitanse anhelantes mis pulmones:
Palpita el corazón, el cerebro arde.

¡Cuánto he soñado, cuánto!... poseía
Cuanto finge la mente del poeta;
Cuanto pudo soñar mi fantasía;
Llegué de lo ideal hasta la meta.

¡Oh si fuera verdad tanta ventura!...
¡Gozar por miles, dilatados años
El colmo del placer y la ventura,
Muy lejos de traidores desengaños!...

Era el más sabio rey y el más potente,
Y en medio de mi hermoso desvarío
Logré cuanto ideó febril la mente...
Gloria, poder, amor... todo era mío!

¡Era feliz! mas... no; no estaba lleno
De mi afán el abismo sin segundo;
Cuanto más anheló mi ávido seno,
El abismo se hacía más profundo.

En mis ensueños de color de rosa
Las alas desplegó mi mente inquieta,
Y gocé en la mansión más deliciosa
Los éxtasis sublimes del poeta.

Y cuanto más gocé, quise más gozo;
Cuanto más poseí, más anhelaba;
Cuanto más apuraba el hondo pozo,
Más, más mi hidropesía se aumentaba.

Mi sed al apagar, más sed sentía;
Cuanto más se engolfaba el pecho mío,
Más el piélago inmenso se extendía
Y el pecho se encontraba más vacío.

¡Oh! soñar y soñar! siempre lo mismo
Agotado un raudal y mil raudales,
Más crece de mi afán el hondo abismo,
Y apetezco más grandes manantiales.

¡Y soñar y soñar!... ¿Dónde el fin se halla
Del abismo en que yo me precipito?
Cuanto más gozo invento, más batalla
Mi deseo en su dédalo infinito.

Velada entre celajes de áureo fuego,
Me sonríe halagüeña la esperanza;
Y vuelo, y cuanto más la sigo ciego
Mucho más rauda sin cesar avanza.

Me canso de volar. ¿En dónde anida
La gran felicidad que yo persigo?
¿Á dónde vas, oh dicha apetecida,
Que más te alejas cuanto más te sigo?

III.

Pasmado por insólito misterio,
Giré la vista en derredor temblando:
Me hallaba en el desierto cementerio,
¡Allí, *cuando mejor iba pensando!*

¡Horror! ¡horror!... Humana calavera,
Del viento repitiéndome el suspiro,
Fija en mis ojos su mirada huera,
Y más me mira cuanto más la miro.

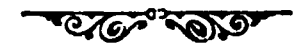
Parece que riendo tristemente
Adivina mi insano pensamiento
Y me dice: ¡Ya sé qué hay en tu mente:
Lo mismo que *yo* encierro ¡un poco viento!

Despierte esa razón aletargada;
El fin de tus delirios tan insanos
Se halla en el fondo de la tumba helada:
Míralo bien; ¿qué ves? .. ¡sucios gusanos!

Yo tuve como tú mi fantasía;
Tal vez fuí la mujer más hechicera;
Tal vez ser rey y sabio soñé un día;
Y hoy... ¿qué soy?... ¡una fea calavera!

De toda realidad mudo testigo,
Yo muestro la verdad bien descarnada.
Díme: ¿qué pude ser? ¿rey ó mendigo?...
Toda gloria y placer es humo, nada.

Despierta y oye, ciego delirante:
Si es un soplo la vida de este suelo,
¿Á qué sueñas placeres de un instante,
Si eternos te los brinda el Dios del cielo?



¡DESPERTEMOS!

Argue, obsecra, increpa.
(S. Paul.)

¿Por qué el poeta de robusto vuelo
No ha de cernerse en libertad augusta
Y mostrar la verdad, libre de velo,
En lugar de ocultarla porque asusta?

Hueros vates de gárrulo lirismo,
Eunucos de infecunda poesía,
Que encubrís el más frío escepticismo
Con galas de pueril guardarropía:

¡Plaza! ¡plaza! Dejadme que en mi canto
Ejemplo os brinde de viril aliento:
Que mi llanto no sea estéril llanto
Ni vano lamentar mi hondo lamento.

Sea siempre el acento del poeta,
No voz convencional, potente grito
Que muestre la verdad ruda y escueta,
Mentor de lo perfecto y lo infinito.

Y si hay que ahondar en la podrida llaga,
Ahondar con rigidez y mano dura;
Al paliativo que inocente halaga,
Prefiero el fuego que abrasando cura.

¡Ojalá que mi voz repercutiendo
Con prepotente y vigoroso brío,
Derpierte á ese león que está durmiendo,
Al león español, al pueblo mío!

Era reina de reinas. Dió á la Historia
Los más heroicos hechos; su bandera,
Doquier ondeando con fulgente gloria,
No vió ponerse al sol en su carrera.

Santiago, Hijo del Trueno, era en las lides
Caudillo de sus bravos capitanes;
Sus nobles hijos se llamaban Cides
Y Gonzalos, Corteses y Guzmanes.

Generosa en la paz, fiera en la guerra,
Era mi España, por su fe modelo,
El pueblo más ilustre de la tierra,
La nación más amada por el cielo.

Mas hoy... ¿quién la conoce en ese estado?
Aunque el dolor el alma me taladre,
Me atrevo á preguntar avergonzado:
¿Esta es mi España, mi querida madre?

¿Esta es la España que asombró á la Historia
Con la homérica fama de sus hechos?
¿Esta es la España cuya inmensa gloria
Llenó de orgullo á los hispanos pechos?

¿España tú, doliente, arrebujada
En ya raído y desgarrado manto,
Macilenta la faz y demacrada,
Y nublados los ojos por el llanto?

¿Tú mi España! y semejas triste viuda
En el dolor y la miseria hundida?
¿Tú! en el concierto de los pueblos muda,
Por inválida y pobre escarnecida?

Decir que eres mi madre me desdora.
Mas... ¡no! ¡mentí! ¡perdona, amada España!
Soy buen hijo que férvido te adora
Y en tu llanto y pobreza te acompaña.

No me avergüenzo de tu infausta suerte:
Que los hijos que tienen tu hidalguía
Adoran á su madre hasta la muerte,
Y es mi orgullo decirte: *Madre mía.*

Es un hijo bastardo y execrable
Quien reniegue de tí porque te vea
En estado tan pobre y miserable;
¡Es indigno de tí!... ¡maldito sea!

No me avergüenzo, no, patria querida;
No es rubor lo que enciéndese en mi frente

Al mirarte tan pobre y desvalida;
Es un santo furor, cólera ardiente.

Que son hijos malvados los que han hecho
Girones tu bandera y regio manto
Y te han herido en tu amoroso pecho
Y casi gozan en tu amargo llanto.

Espúreos que, cediendo á la falsía,
Traicionando á su fe y sus tradiciones,
Han hecho de su patria granjería;
De custodios trocáronse en ladrones.

Perdonadme tan cáustico lenguaje;
¿Á qué servirme de eufemismo vano?
Dejadme que desfogue mi coraje,
Y dejadme que os hable en *castellano.*

Ladrones, dije: que, á su medro atentos,
Abrieron al error nuestra frontera,
Y del trono minaron los cimientos
Y arrancaron la Cruz de la bandera.

De Libertad al grito que fascina,
El freno se rompió de las pasiones;
Y al hondo abismo de su propia ruina
Corrió el pueblo, sin fe, sin tradiciones.

No esperéis ya proezas ni heroismo.
El pueblo en su brutal soberanía

Pasará del monstruoso socialismo
Frenético á estrellarse en la anarquía.

Hambriento, encallecida la conciencia,
Sin fe, sin religión, sin ideales,
Perdida la católica creencia
De otra vida de dichas eternales,

Sus ídolos serán sus propios vicios;
Y uncido del cacique al férreo yugo,
Vendido irá á votar en los comicios
Por su mismo tirano y su verdugo.

¡Este es el eje en que el *progreso* estriba!
¡Este es el bien que la impiedad nos trajo!
¡Famélica ambición en los de arriba!
¡Corrupción vergonzosa en los de abajo!

Y profanado el templo de las leyes,
Sujeta la justicia al egoismo,
Con la corona de inmortales reyes
El honor nacional irá al abismo.

¿No lo veis? ¿qué le queda á nuestra España
De su antiguo esplendor y su grandeza?
¿Qué prestigio y honor su nombre entraña?
¿Habrá mayor deshonra y más pobreza?

¿Y esta fué de dos mundos la señora,
Y el solar del valor y la hidalguía?

¡Oh qué enlutada y congojosa llora!
¡Ay mi pobre y querida madre mía!

¡Menguados, que jugasteis con la suerte
De esta patria infeliz! Dios es testigo
De que es muy santo mi rencor de muerte:
¡En nombre de mi madre yo os maldigo!

Buenos hispanos, de abolengo puro,
Á quienes falsa libertad no engaña:
En el nombre de Cristo yo os conjuro
Á que salvéis á vuestra madre España.

Uníos; batallad con heroismo;
Dejad las intestinas disensiones;
Extirpad el fatal racionalismo;
Restaurad vuestras santas tradiciones.

¡Mirad que brilla la incendiaria tea!
¡Mirad que avanza con furor la ola!
Sois los más; aplastad á esa ralea
Indigna de tener sangre española.

Mas ¡oh! que ya con fruición contemplo
De hermoso despertar claros indicios:
¡Los que á Cristo proclaman en el templo
Le proclaman también en los comicios!

Sacudid la apatía y el desmayo;
Lanzáos con valor y ánimo fuerte:

Batallad, herederos de Pelayo,
Por Dios y por la patria hasta la muerte.

Si amáis á España como buenos hijos,
Libradla de tan bárbara agonía:
En vosotros sus ojos tiene fijos;
En vuestro amor, en vuestra fe confía.

De vosotros espera la victoria;
No ceséis, no ceséis en la campaña;
Por Cristo batallad y por su gloria:
Que el triunfo de la Cruz es el de España.



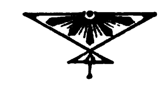


DOLORA

Ufana, de sus pollos circuída,
Al monte una perdiz iba subiendo;
Un tiro disparé: cayó sin vida,
Y los pollos huyeron al estruendo.

Cogí seis pajarillos en un nido
Y entre liga los puse, de tal suerte,
Que su madre, de amor el pecho henchido,
Por darles de comer halló la muerte.

En tales hechos con los ojos fijos,
Aunque la regla por mi mal me cuadre,
Una madre es —pensé— *para cien hijos,*
Y cien hijos no son para una madre.





EL TRIUNFO DE LA CRUZ[1]

Velut pelagi rupes immota resistit.
(Virgilii. Æneid. lib. VII, v. 586).

EL hijo de un humilde carpintero
Se llama hijo de Dios. Sin más legiones
Que unos pocos sencillos corazones,
Sin armas, sin prestigio, sin historia
Pretende conquistar el mundo entero
Cifrando su victoria
En dejarse clavar en un madero!...
¡Morir como un infame
Para cubrirse de infinita gloria!...
¡Que el mundo todo por su rey le aclame;
Que el mundo todo por su rey le tema;
Que el mundo todo le venere y ame,
Y que el mismo madero,
De la vil ignominia odiado emblema,
Á través de los siglos le proclame
Soberano inmortal, Dios verdadero!!...

---

1 Mención honorífica en los Juegos Florales celebrados en Zaragoza en Octubre de 1903.

Soñáralo en acceso de locura
El mayor de los grandes faraones;
Soñáralo en ardiente calentura
El genio de la guerra
Que al ronco retumbar de sus cañones
Sintió gemir bajo sus pies la tierra,
Y apenas tal demencia lograría
Ser en el mundo la irrisión de un día.
Que si puede el tirano
De la victoria conquistar la palma
Y alzarse de los pueblos soberano
Dominando del uno al otro polo,
¿Quién es capaz de conquistar un alma,
Rendir un corazón, uno tan solo?

Y atraer hacia sí los corazones,
Las almas sujetar á blando yugo,
Trocar las leyes, arrastrar naciones,
Y lograrlo ofreciéndose al verdugo...
¿Lo puede comprender la humana mente?
¡Paradoja monstruosa, inconcebible!
Pero ¡ah! que es realidad irresistible
Que brilla más que el sol resplandeciente.
¡Triunfó muriendo! Las naciones miran
Á la Cruz dominar bañada en gloria:
El nombre de Jesús llena la Historia;
En torno de la Cruz los siglos giran
Y los siglos pregonan su victoria.
¡En verdad que era Dios, Dios verdadero,
El hijo del humilde carpintero!

¡Oh! se empujan los días á los días;
Los siglos á los siglos se suceden,
Y coronas, imperios, dinastías,
Al rudo embate de los tiempos ceden,
Y se hunden para siempre en el olvido
Sin rastro que atestigüe lo que han sido.
Solamente un suplicio, la Cruz santa,
Á despecho de rabias y rencores,
En medio de infinitos resplandores
Dominando á los siglos se levanta.
Miradla cuán invicta se presenta;
Del triunfo de Jesús viva memoria,
En sí misma nos da la ejecutoria
De que un poder divino la sustenta:
¡Testimonio el más grande y decisivo
De que es Jesús el Hijo de Dios vivo!

Jamás dudéis, aunque veais que oscila
Á empuje de revueltos huracanes;
No os turbéis, si parece que vacila
Sacudida por brazos de titanes.
Pasarán tenebrosas las tormentas;
Cederán los furiosos aquilones;
En luchas enconadas y sangrientas
Se hundirán mil y mil generaciones;
Mas la Cruz, siempre firme y victoriosa,
Como el sol tras los negros nubarrones,
Se erguirá más radiante y majestuosa.
Cual vió Jesús bajo su augusta planta
Las olas resbalar de Tiberiades,

Así la Cruz, su enseña sacrosanta,
Verá cuál se deslizan las edades,
Mientras un eco en lo infinito canta:
«¡Ayer y hoy, por siempre de igual suerte,
Cristo Rey, domador de las maldades,
Triunfador de los siglos y la muerte!»

«La Iglesia nació ayer, clamó Juliano;
Es una niña que ahogará mi mano
Sin dejarla que exhale ni una queja.»
Y Voltaire exclamó: «De años cargada,
La Iglesia es una pobre inútil vieja;
Yo la haré que sucumba
De susto al estallar mi carcajada;
Yo su epitafio escribiré en su tumba.»

¿Y qué fué de la Cruz? Antorcha hermosa
Que alumbró las vigilias sepulcrales
De cuatro siglos, flota en los raudales
De sangre generosa;
Y, en tanto que descienden á la fosa
Tiranos y protervos detractores,
Se yergue cada día más radiante
Envolviendo en sublimes resplandores
Á la Iglesia, de Cristo cara esposa,
Inmortal como Dios, como Él triunfante.

Cayeron impotentes
Los déspotas Julianos,
Y en crujidos de dientes
Se truecan los sarcasmos volterianos.

Temblad, soberbios; aprended, tiranos:
Cesad, cesad en la insensata guerra;
El reinado de Cristo se avecina;
Es palabra de Dios; y cielo y tierra
Pasarán, pero no su voz divina.
¿No lo veis? ¿no lo veis? La Cruz sagrada
Horizontes sin límites domina:
La Cruz brilla en el alto Capitolio;
Rinde el guerrero ante la Cruz su espada;
Los Césares la ponen en su solio;
Ante ella se prosternan las naciones:
Y hasta el malvado ateo,
Barbotando á despecho maldiciones,
Repite al fin: «¡Venciste, galileo!»

¿Y á qué, Dios mío, el blasfemar inmundo
Contra esa prenda de esperanza y vida?
¿Á qué tal guerra de rencor profundo
Contra esa Cruz sublime y bendecida?
Horda secuaz de libertad mentida,
¿Á qué rebramas en tu afán menguado
Por arrancarla al pueblo que la adora?
En torno de los bienes que atesora
¿Qué le das á ese pueblo desdichado?
Sin el santo ideal que la Fe encierra,
Sin esperanza en el futuro cielo,
Limitado el confín de todo anhelo
Á los goces bastardos de la tierra,
Miradle cuál se agita;

Se desbordan en férvido oleaje
Las brutales pasiones,
Y en ímpetu salvaje
Á saciar su ambición se precipita
Con sed de sangre y con rencor de muerte.
¿Derecho?... la barbarie del más fuerte;
Sanción de toda ley... ¡la dinamita!

Siglo de oro, coloso de la Historia,
Gigante de ciclópeas proporciones
Que circundaste de asombrosa gloria
Como nunca lo vieron las naciones
Á esta España infeliz, tan grande un día:
Renazca esplendorosa tu memoria;
En mágico espejismo
Surja el retrato de la patria mía;
De este pueblo de indómito heroismo,
Nidal de la bravura y la hidalguía;
De este pueblo sublime sin segundo
Á cuyo nombre retemblaba el mundo.

El grito heróico que lanzó el Auseba
Lo oyó Granada en su mezquita mora,
Y fué el nuncio feliz de la alma aurora
Del siglo dieciséis. ¿Buscáis la prueba
De por qué resurgió mi amada España
Á ser de sus destinos la señora?
Mirad á su pendón; ¿no veis? ¿qué lleva?
¡Por moharra la enseña redentora!

Se arrojó por la Cruz á la campaña,
Y sólo por la Cruz fué vencedora.

¡Siete centurias de combate rudo!
¡Siete centurias de agarena saña!
¡Era de tanta gigantesca hazaña
Cual nunca el orbe contemplarlas pudo!
Dios vió á ese pueblo generoso y bravo;
Y á ese pueblo que oraba y combatía
Y, de su fe y su honor tan sólo esclavo,
Ni la altiva cerviz ni el fuerte acero,
Si no era ante la Cruz, jamás rendía,
Le escogió para ser su mensajero,
Y fué el pueblo de Dios la patria mía.

Y un puñado de intrépidos valientes
Herederos del temple de Pelayo,
Como él guerreros y como él creyentes
Que ni el miedo conocen ni el desmayo,
Se lanzan en endebles galeones
De un mar inmenso á las revueltas olas.
Con ellos va la Cruz. Nuevas regiones
Se ofrecen á las armas españolas.
Y el himno de victoria
Que-se escuchó en las Navas
Salvó las olas bravas,
Y en Arauco y Lima y en Otumba
Nuevos ecos de gloria
Despiertan sin cesar. Hórrida tumba
Halla el fiero turqués, de Europa espanto,

En las sangrientas aguas de Lepanto;
Y el Garellano, el Támesis y el Sena
Paran su curso con pavor, en tanto
Que de Ocaso al Oriente,
Del polo helado á la abrasada arena
Que el mar índico baña
No existe continente
Ni extrema zona ni región extraña
Do no flote la enseña de Castilla.
¡Todo lo llena España!
¡El mundo oye su voz, tiembla y se humilla.

Nuestro rey era emperador de reyes;
Nuestros sabios, del orbe los maestros;
De los códigos nuestros
La más culta nación copiaba leyes.
Sí; los grandes doctores de otras partes
A la española Atenas acudían.
Y en buenas letras, en las bellas artes
En que tantos ingenios florecían
¿Qué pueblo más ilustre y más fecundo?
¡Vive Dios! que no es gárrulo entusiasmo,
Huero lirismo de mi amor profundo
Todo el encomio que mi frase encierra:
¡El mejor libro, admiración y pasmo
Del universo mundo,
Un héroe manco lo escribió en mi tierra!

Esta mi España fué. ¡Gloriosos días
Dignos de ser cantados por Homero!

Y hoy... ¡qué estado más pobre y lastimero!
Para entonar mis tristes alegrías
A esta patria infeliz que tanto quiero,
No me basta el clamor de Jeremías.

Siglo de oro: pregona al mundo entero
La virtud y los bienes que atesora
La santa Cruz, de salvación estrella;
Cuál se engrandece el pueblo que la adora
Y cómo se hunde si se aparta de ella.
Cómo es la Cruz el rutilante faro
De la senda segura del progreso;
Cómo á su sombra y bienhechor amparo
Brotan laureles en copioso exceso.
Dilo muy alto y que tu acento vibre
Para ver si mi España resucita:
¡Con la Cruz... ¡siglos de oro, pueblo libre!
¡Sin ella... ¡esclavitud y dinamita!

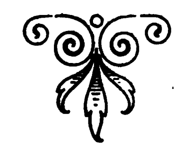
¡Libertad, libertad!... fruto bendito
Que brotó de la Cruz mediante el riego
De la sangre de un Dios! ¿quién es el ciego
Que con blasfema voz tu nombre invoca
Como propio derecho y atributo
Para extirpar con estulticia loca
El árbol mismo de que tú eres fruto?

¡Crimen de lesa majestad divina!
¡Crimen de lesa majestad humana!

¡Derrocar al que todo lo domina
Y nos hizo á su imagen soberana,
Y que esa misma libertad del hombre
Sea del hombre la mayor tirana! ..
¡Infamia horrenda! ¡aberración sin nombre!

¡Oh Dios, supremo rey, en cuya diestra
Se encuentra aprisionada la victoria!
No necesitas de la ayuda nuestra
Para sin mengua sostener tu gloria.
Siempre tu Cruz se ostentará triunfante
Por la eterna virtud de tu palabra;
Y el pueblo que la olvida un solo instante
Su propia ruina y perdición se labra.
Mas si es tu Cruz resurrección y vida,
De amor y libertad seno fecundo;
Si en ella está la salvación del mundo,
¿Qué pueblo ingrato de la Cruz se olvida?
Abrázate á la Cruz, patria querida;
No la apartes jamás de tu bandera.
Y si en nobles é hidalgos corazones
La vil ingratitud no halla cabida,
Despierta, amada España, y considera
Que del globo entre todas las naciones
Tú fuiste la elegida
Por el amor divino
Para ser defensora
De esa Cruz de los hombres redentora,
¡Oh cuán alto y magnífico destino!

¿Y será España infiel? ¡viven los cielos!
¿Renegar de su fe la patria mía?
¿De esa fe por la cual nuestros abuelos
Dieron su sangre generosa un día?...
¡Jamás! ¡jamás! Mientras que hierva pura
Sangre española en nuestro pecho ardiente,
Mientras un solo corazón aliente
En este suelo en que pisó María...
(¡Cómo el alma se ensancha y se alboroza
Y siente orgullo y complacencia extraña!)
¡¡La fe de Cristo vivirá en España
Mientras haya un *Pilar* en Zaragoza!!





DESCANSANDO

À MI QUERIDO AMIGO D. MARIANO GREOIET COLOMA

Vagué por el desierto de la vida
Fingiendo nimbos de placer y gloria,
De ilusiones y afán el alma henchida,
Llenando de recuerdos la memoria.

Inflamaba mi ser robusto aliento;
Mezquino todo, me sentí gigante;
Y en alas del altivo pensamiento
Mi deseo voló siempre anhelante.

¡Y qué inútil afán!... gloria, placeres,
Falsa dicha que ríes y embriagas,
Deidad del frenesí... ¡cuán vana eres!
¡Mucho más hieres cuanto más halagas!

El vértigo de insano desvarío
Era aguijón de mi febril deseo;
Y en mi pecho sentía más vacío
Cuando más aumentaba el devaneo.

Cansada la ardorosa fantasía,
Herido el corazón, transida el alma,
Condensando el dolor de una agonía
Lancé un suspiro por la ansiada calma.

Tornáronse las flores en abrojos,
En mustia realidad el áureo sueño;
Las lágrimas nubláronme los ojos;
Todo á mi paso lo encontré pequeño.

Como errante, agobiado peregrino
Que, sin aliento en su fatal jornada,
Se para en el ribazo del camino
A contemplar la longitud andada,

Así, triste, rendido, jadeante,
Juzgando el porvenir por lo pasado,
Y viendo lo engañoso de adelante
Por lo engañoso del camino andado,

Al pie sagrado de la Cruz bendita
Buscó descanso mi agitado pecho.
Sentí que mi ansiedad era infinita
Y que era el mundo á mi ambición estrecho.

Estrecho, sí, mezquino; el aire insano
De la mísera tierra, centro inmundo,
Asfixia al grande corazón humano
Que presiente las dichas de otro mundo.

Imagen es de mi ansiedad constante
Ese mar que á mi vista se dilata:

Brama y ruge y agítase tonante
Y en olas gigantescas se desata.

Mas ¿qué logra en su brava sacudida?
Pregonar la impotencia que le enfrena:
Su hirviente agitación cede rendida
Rumorosa á dormirse entre la arena.

¡Insensato anhelar en que me afano
Forjando en mi ambición pesado yugo!
¡Mi propio pensamiento es mi tirano;
Mi propio corazón es mi verdugo!

Sólo al fin de la vida está la calma,
No del mundo en el lóbrego circuito:
La inmensa dicha que codicia el alma
Se esconde en la región de lo infinito.

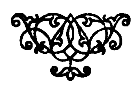
Aquí al pie de la Cruz mi alma se aquieta,
Aquí mi ardiente corazón respira;
Aquí mi fantasía de poeta
Por ámbitos sin fin plácida gira.

Musa cristiana que entre luz fulgente
El centro de mis ansias me señalas:
Tu soplo inflame mi exaltada mente;
Acaricia mis sienes con tus alas.

Los ritmos que yo arranque de mi lira
Sean preludio del cantar sonoro
Que entone al Creador que así me inspira,
Como el almo querub formando coro.

No más volar tras la ilusión terrena;
No más placer que en el sepulcro acaba;
El aire de este mundo me envenena;
No existe el alma para ser exclava.

De Dios imagen, para Dios creado,
Sólo Dios saciará mi eterno anhelo:
Fuego fatuo no más fué lo soñado;
Mi centro es lo inmortal, mi patria el cielo.





¡SALVE!

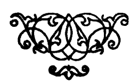
(EN EL QUINCUAGÉSIMO ANIVERSARIO DEL DOGMA DE LA INMACULADA)

Sublime criatura en que el Eterno
Agotó de sus dones los raudales
Para dicha y honor de los mortales
Y confusión perpetua del averno:

Mientras torpe Satán con odio interno
Se revuelve en sus antros infernales,
Tierra y cielos en cánticos triunfales
Te rinden de su amor tributo tierno.

De ese entusiasmo en la explosión extraña
Que llena los espacios de armonía,
La parte principal la toma España.

Y es que en tu pura Concepción, María,
Toda su gloria singular se entraña,
¡Salve, Patrona de la patria mía!





Á MARÍA

CUANDO de extrema palidez cubierto
Me retuerza convulso en la agonía,
Y en vano luz por la región vacía
Busquen mis ojos con girar incierto;

Cuando arrancado de mi pecho yerto
Hondo quejido por la pena impía
Ahóguese, ya falto de energía,
En la postrera contracción del muerto;

Entonces, cuando el santo crucifijo
Deje caer sobre mi seno inerte,...
Acuérdate que soy, madre, tu hijo.

Haz que mi labio á pronunciar acierte
El nombre de Jesús... ¡Yo sé de fijo
Que en vida eterna trocará mi muerte!



INDICE

ERRATAS

PÁGINA	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
108	7	...clavadas dejó en mí	... *en mí clavadas vi*
300	7	ventura	*dulzura*
319	2	alegrías	*elegías*

